



Del Génesis a Jesús



Campana
Católica de la
Comunicación



**CENTRO SAN PABLO
DE TEOLOGÍA BÍBLICA**

Leyendo la Biblia en el corazón de la Iglesia



Abreviaturas de los Libros De La Biblia Usadas en Este Texto, en orden Alfabético:

Abd.	Abdías	Jon.	Jonás
Ag.	Ageo	Jdt.	Josué
Am.	Amós	Jud.	Judit
Apoc	Apocalipsis	Jue.	Jueces
Bar.	Baruc	Jud.	Judas
1 Cor.	1º Corintios	Lam.	Lamentaciones
Col.	Colosenses	Lev.	Levítico
1 Cro.	1º Crónicas	1 Mac.	1º Macabeos
Cant	Cantar De los	Mal.	Malaquías
Dan.	Daniel	Mc.	Marcos
Deut.	Deuteronomio	Mt.	Mateo
Ecles.	Eclesiastés	Miq.	Miqueas
Eclo.	Eclesiástico	Nah.	Nahum
Ef.	Efesios	Neh	Nehemías
Esd.	Esdras	Num.	Números
Est.	Ester	Os.	Óseas
Ex.	Éxodo	1 Pe.	1º Pedro
Ez.	Ezequiel	Pro.	Proverbios
Fil.	Filipenses	1 Re.	1º Reyes
Flm.	Flemón	Rom.	Romanos
Gal.	Gálatas	Rut	Rut
Gen.	Génesis	1 Sam.	1º Samuel
Hab	Habacuc	Sal	Salmos
Heb.	Hebreos	Sab.	Sabiduría
Hech.	Hechos	Sof.	Sofonías
Is.	Isaías	Sant.	Santiago
Jer.	Jeremías	1 Tes.	1º Tesalomicensa
Jn.	Juan	1 Tim.	1º Timoteo
1 Jn.	1º Juan	Tit.	Tito
Jo.	Joel	Tob.	Tobías
Job	Job	Zac.	Zacarías



Lección Uno

Cómo Puede un Católico Empezar a Leer la Biblia

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Introducción y visión de conjunto del Curso

A. Leyendo la Biblia de punta a punta

II. Cómo los católicos leemos la Biblia

A. La Divina Revelación: cómo Dios nos habla

B. Tres Reglas para la Interpretación de la Biblia

C. La Escritura es divina: el concepto de la inspiración

D. La Escritura es humana: la Biblia como Literatura Religiosa e Historia

III. La Historia de la Salvación: Lo que la Biblia nos narra

A. La Historia de la Salvación y las Alianzas

B. El Antiguo y el Nuevo Testamento

IV. Empezando por el inicio: una introducción al Génesis

A. La Historia de la Creación

B. La Palabra y el Shabbath

V. Preguntas para estudio

VI. Para orar y reflexionar



I. Introducción y Visión de conjunto del Curso

Leyendo la Biblia de punta a punta--¿no será muy ambicioso?

Tienen razón, es muy ambicioso, sobre todo para principiantes. Por eso no vamos a poder profundizar tanto—tienen el resto de toda su vida para entrar más a fondo en la Escritura. Pero vamos a poder dar algunas herramientas para empezar a leerla. Cuando terminemos esta clase, van a poder seguir “la trama” de la Biblia, acompañar a los personajes que aparecen y entender el sentido de la historia.

Tal vez es nuevo para algunos de ustedes que hay un solo argumento e historia en la Biblia. Pero así es. No es una mera colección de libros individuales. Todos los libros de la Biblia, cuando se juntaron y se pusieron en orden por los Padres de la Iglesia bajo la inspiración del Espíritu Santo, constituyen un solo libro. Y este libro cuenta una sola historia. Les vamos a contar esa historia y cómo seguirla a lo largo de los libros individuales de la Biblia.

Antes de que lo hagamos, necesitamos dar los principios católicos básicos para leer la Biblia.





II. Cómo los católicos leemos la Biblia

La Divina Revelación: Cómo Dios nos habla

¡El Cristianismo es la religión de la Palabra, no de un libro! La Palabra es una Persona: Jesucristo. Él es la “última palabra” de Dios con respecto a todo. Por Jesús, Dios nos ha revelado todo lo que quiere revelarnos sobre quien es Él y cuál es su intención acerca de nuestras vidas. La auto-revelación de Dios se conoce de tres maneras:

La Sagrada Escritura (la Biblia)

La Tradición (especialmente de la liturgia de la Iglesia—la Santa Misa y los Sacramentos)

El Magisterio (las enseñanzas oficiales de la Iglesia, e.g., los dogmas y credos)



leyendo e Interpretando la Escritura: Tres Reglas

Como la auto-revelación de Dios nos viene a través de tres canales, necesitamos recordar tres criterios importantes para leer e interpretar la Sagrada Escritura.

El Contenido y Unidad de la Sagrada Escritura: Aunque la Sagrada Escritura consiste en varios libros individuales, no podemos leerlos como si fueran libros independientes. Tenemos que leerlos cada uno en el marco de los demás, tomando en cuenta que Jesús reveló la esencial unidad del plan de Dios para el mundo, plasmado en la Escritura.

San Agustín decía que “El Nuevo Testamento está latente (escondido) en el Antiguo y el Antiguo se realiza en el Nuevo.” Lo que quiere decir es que Jesús nos enseñó cómo lo que Dios dice y hace en el Antiguo Testamento anticipa y señala lo que hace y dice en el Nuevo. Igualmente, lo que Jesús dice y hace en el Nuevo Testamento ilumina las promesas y eventos que leemos en el Antiguo.

La Tradición Viva de la Iglesia: Hemos de leer la Sagrada Escritura siempre dentro de la Tradición de la Iglesia. Esto quiere decir que debemos ver cómo la Iglesia interpreta ciertos pasajes de la Sagrada Escritura, especialmente en las oraciones y lecturas que ocupa en la Misa y celebraciones especiales.

Analogía de la Fe: El mismo Espíritu Santo que inspira la Sagrada Escritura también salvaguarda la autoridad del magisterio de la Iglesia. Esto significa que si vamos a leer e interpretar la Biblia correctamente—como Dios quiere que sea leída—tenemos que asegurarnos de que nuestras interpretaciones no contradicen las que se encuentran en los credos de la Iglesia y otras declaraciones de doctrina.



La Sagrada Escritura es divina: El concepto de la inspiración

Como ya se pueden figurar, no hay otro libro como la Biblia. La Iglesia enseña que como Jesús es “verdadero Dios y verdadero hombre,” la Biblia es verdaderamente una obra de autores humanos y a la vez es verdaderamente la obra de Dios que es su autor divino.

Esto es el misterio de la “divina inspiración” de la Sagrada Escritura (cfr. 2 Timoteo 3:16). La palabra “inspirado” en griego literalmente significa “respirado por Dios”. Y representa una buena manera de pensar en la inspiración de la Sagrada Escritura. Como Dios moldeó a Adán del barro de la tierra y sopló el aliento en él (cfr. Génesis 2:7), Dios sopla Su Espíritu en las palabras de los autores humanos de la Sagrada Escritura y hace de ellas la Palabra viva de Dios.

Así lo explica la Iglesia: Los autores humanos ocuparon sus destrezas literarias, ideas y otros talentos escribiendo las páginas de la Biblia. Pero mientras estaban escribiendo, Dios actuaba en ellos para que lo que escribieran fuera exactamente lo que Él quiso que escribieran. (cfr. Dei Verbum, Concilio Vaticano II, n.11-12; Catecismo de la Iglesia Católica, n.105-107).

Los autores humanos fueron “verdaderos autores” de la Sagrada Escritura y también lo fue Dios.

Como Dios es su co-autor, y porque Dios no puede errar o equivocarse, podemos decir que todo lo que leemos en la Biblia es verdadero, libre de “error” y fue puesto allí para nuestra salvación. Esto es el concepto de la “inerrancia” de la Biblia.

Este concepto es muy complicado y no podemos explicarlo completamente en esta clase. Pero es importante siempre leer la Biblia respetando lo que es. La Biblia no pretende enseñar historia moderna, ciencia, geografía o biografía. Entonces no debemos comparar lo que dice sobre la creación del mundo, por ejemplo, a lo que se enseña en un texto de ciencia moderna.

Esto no quiere decir que la Biblia se equivoca. La Biblia, entera e íntegra, es verdadera y sin error, no solamente en lo que enseña sobre fe y moral, sino también en lo que dice de eventos y personajes históricos. Nunca nos va a engañar. Sin embargo, tenemos que interpretarla responsablemente—tenemos que entender que nos está dando a conocer eventos naturales e históricos desde una perspectiva religiosa y divina, y frecuentemente ocupa lenguaje simbólico.





La Sagrada Escritura es humana: la Biblia como Literatura Religiosa e Historia

En la práctica, la divino-humana autoría de la Sagrada Escritura quiere decir que tenemos que leer la Biblia de forma diferente que otros libros.

Cuando leemos la Biblia, tenemos que recordar que es la Palabra de Dios pronunciada en lenguaje humano. Es importante que entendamos el “elemento humano” de la Sagrada Escritura. Como vamos a ver, este elemento humano no puede ser separado del elemento divino.

Es importante recordar que la Biblia es:

Literatura: La Biblia ocupa formas, recursos, estructuras, figuras literarias, etc. Tenemos que buscar pistas “literarias” que nos den el sentido.

Antigua: La Biblia es Antigua. No es escrita como literatura moderna. Su sentido está envuelto en la manera en que los antiguos miraban el mundo y la historia. Aunque estaban interesados en escribir historia, sus autores no pretendían producir lo que llaman hoy “historia simple.” Historia no es sólo un recuento de política, economía y guerras, sino que tiene un sentido más profundo.

Religiosa: Hoy la gente piensa que la religión es nada más piedad personal. No era así para los antiguos. La palabra “religión” viene del latín, “religare” que significa “ligar juntos”. Para los antiguos, todo—cultura, historia, economía, diplomacia—estaba ligada en la religión. La Biblia nos da la historia, pero es historia religiosa. Es la historia desde la perspectiva de Dios.



III. La Historia de la Salvación: Lo que la Biblia nos narra

La Historia de Salvación y las Alianzas

Concientes por este breve resumen del contexto en que la Iglesia Católica lee y entiende la Biblia, vamos a ver el “contenido” de la Biblia.

La primera cosa a tomar en cuenta es que la Biblia nos da historia desde la perspectiva de Dios. Nos enseña que a través del tiempo, Dios está trabajando para darnos la salvación. Por esto decimos que la Biblia nos narra “la historia de salvación”.

Esta historia de la salvación se sostiene en las alianzas que Dios ha hecho con su pueblo y que podemos ver en la Biblia. El Padre de la Iglesia, San Ireneo, reconoció la necesidad de estudiar la historia de la salvación en base a las alianzas. “Entenderlo...consiste en mostrar por qué ha habido un cierto número de alianzas con la humanidad y en enseñar cuál es la característica de estas alianzas” (Contra Herejías, libro 1, cap. 10, #3).

¿Qué es una alianza? Empecemos con lo que no es. Una alianza no es un contrato.

Contratos son negocios en que dos partes prometen un intercambio de bienes, servicios o propiedades. Normalmente sellan su contrato dando su “palabra”—o su “nombre”—en la forma de su firma.

Cuando dos partes realizan una alianza, hacen un juramento. Juramentos son más que promesas. No juran por sus propios nombres sino por el nombre más alto, el nombre de Dios.

Ya conocen la fórmula de los dramas de las cortes en la televisión. “¿Juráis decir toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?” Esa es la fórmula de un juramento. Pide la persona la ayuda de Dios para decir la verdad y la implicación es que si miente, sufrirá el castigo divino.

Las Alianzas incluyen, no un intercambio de propiedad, sino de personas. No se ofrece solamente servicios o bienes en el juramento de una alianza. Se jura entregarse uno mismo.

El Matrimonio es un buen ejemplo. Es una alianza porque en el intercambio de votos, la mujer se entrega al hombre y el hombre a la mujer.

Como vamos a ver en la próxima lección, cuando Dios dice a Israel, “Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios,” eso es una alianza. Lo que está pasando es que Israel está jurando un voto a Dios, vivir de acuerdo con su ley como su pueblo, sus hijos. Por su parte, Dios está jurando ser el Dios de Israel, su Padre divino. Por supuesto hay bendiciones por cumplir la alianza y maldiciones por romperla.

En el mundo antiguo, las alianzas originaban familias. Documentos de los antiguos tratados entre naciones usaban la imagen de padre e hijo. Extranjeros eran “adoptados” en una tribu por medio del juramento de una alianza. Entonces, cuando estudiamos la Biblia necesitamos ver cómo el sentido de “alianza” está imbuído en la antigua idea de hacer una familia.



La Biblia entera puede ser esquematizada en una serie de alianzas que forman familias.

Este es el punto de toda la historia bíblica, cómo Dios, por medio de estas alianzas, se revela más y más a sus criaturas y les invita a entrar en una relación familiar con Él. San Pablo lo resumió así: “Habitaré y viviré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Yo seré un padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos e hijas, dice el Señor, Dios Todopoderoso.” (cfr. 2 Cor 6:16-18).

A través de la historia de la salvación narrada en la Biblia, Dios extiende su familia por medio de sus alianzas. Empieza con solamente dos personas, Adán y Eva, y prosigue por Noé, Abraham, Moisés, David, hasta que todas las naciones entran a la alianza por Jesucristo.

El plan desde el inicio fue hacer a todos los hombres y mujeres sus hijos e hijas por las alianzas, que se resumen en la Nueva Alianza de Jesús, en que Dios nos manda un “espíritu de adopción que nos permite gritar ¡Abba, Padre! (cfr. Rom.8:15; Gal 4:5; Ef 1:5).



El Antiguo y el Nuevo Testamento

Estamos adelantándonos un poco. El punto clave de lo que hemos dicho hasta aquí es esto: La Biblia nos narra la historia de salvación. La historia de la salvación es la historia de la maravillosa obra de Dios, desde la creación del mundo, para hacer a todos los hombres y mujeres sus hijos, formando de la familia de la humanidad la familia de Dios. Y lo hizo por medio de una serie de alianzas que realizó con figuras clave en puntos clave de la Biblia.

Estas alianzas clave sirven como un esquema de toda la Biblia. Si las conocemos y entendemos, vamos a tener una buena comprensión de la “trama” de la Biblia. Al final de esta clase para principiantes, van a conocer y entender las alianzas.

Solamente necesitamos una cosita más antes de abrir el Libro Santo y leerlo.

Necesitamos saber por qué la Biblia está dividida en Antiguo y Nuevo Testamento. Muchos cristianos tienden a ignorar el Antiguo Testamento porque pasó antes de Jesús. Pero cuando entiendan que la historia de la salvación se inició con la creación del mundo en el Antiguo Testamento y progresó por una serie de alianzas, van a entender por qué el Antiguo Testamento es tan importante. La división de la Biblia en Antiguo y Nuevo Testamento es mucho más que una demarcación literaria o histórica.

Recuerden que “testamento” es solamente otra palabra sinónima de “alianza”. Todo lo que pasa en el Antiguo Testamento prepara el camino y anuncia lo que va a pasar en el Nuevo Testamento. Cristo y su cruz, es la bisagra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Todas las alianzas de Dios en el Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento—su sentido pleno—en Jesús, en su “Nueva Alianza”.



IV. Empezando por el Principio: una introducción al Génesis

La Historia de la Creación

Ya estamos listos para empezar a leer la Biblia. Vamos a empezar por el inicio, con Génesis, capítulo uno.

La mejor manera de empezar es leyendo Génesis, capítulo uno ahora. Entonces van a estar preparados para lo que sigue.

Demasiado frecuentemente la gente lee la historia de la creación pensando en el conflicto entre religión y ciencia. Sin embargo, leer Génesis así implicaría imponer la perspectiva de nuestra situación histórica al texto, y perder las pistas literarias que nos revelan el sentido “religioso” que la historia tuvo para el Antiguo Israel, y el sentido religioso que Dios quiere comunicarnos ahora en el siglo 21.

Génesis 1:2 nos dice que en el principio la tierra era “informe y vacía.” El “argumento” procede mostrando cómo Dios compuso al mundo, primero dándole forma y después llenándolo.

En los primeros tres días, Dios crea la “forma” o “ámbitos” de la tierra: día y noche; cielo y mar; la tierra y las plantas.

En los días 4 a 6, Dios “llena” estos reinos con “regidores” o “gobernadores”: el sol, la luna y las estrellas (que regirán el día y la noche, Gén 1:14-19); los pájaros y los peces que llenan el cielo y los mares; y el hombre y las bestias para la tierra.

Hay un orden perfecto en todo esto. Primero Dios crea la “estructura” del mundo, después la llena con seres vivientes. Es como que hiciera una casa y pusiera habitantes en ella. Y cada uno de los días también están de acuerdo con este plan:

Primer día, Dios crea el día y la noche. Cuarto día, crea los que van a “regir” los reinos del día y la noche: el sol, la luna y las estrellas.

Segundo día, hace el cielo y el mar. Quinto día, el cielo y el mar son otorgados a los que van a regirlos: los peces y los pájaros.

Tercer día, la tierra y la vegetación son creadas. Y el sexto día los animales y los primeros humanos reciben dominio para regir la tierra.

Después de cada día de creación, Dios ve que su obra es “Buena.” Después de los seis días de “trabajo” Dios ve su obra y dice que es “*muy* buena.” Esa palabra “muy” marca el fin del ciclo de la creación porque Dios ha terminado de crear los reinos y los que los rigen.



La Palabra y el Shabath

Noten otra cosa al leer estos primeros versículos de la Biblia. ¿Cómo es que Dios crea? Pronunciando su palabra. Dice: “Haya...” y las cosas llegan a ser. Sabemos, al leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, que la Palabra de Dios por la cuál Él creó el mundo es Jesús (cfr. Jn 1:1-3; Col 1:16-17).

Algo para recordar, no solamente en la lectura de la Biblia sino también en la Misa, es que la palabra de Dios es eficaz, hace cosas. Su palabra hace lo que dice. Cuando dice Dios, “Que haya luz,” su Palabra crea luz, realmente. La palabra de Dios realiza lo que dice.

Este mismo poder de la palabra de Dios funciona en los sacramentos de la Iglesia. Cuando el sacerdote dice las palabras de Jesús: “Esto es mi cuerpo,” el pan se vuelve el Cuerpo de Cristo. Cuando el sacerdote dice las palabras de Jesús: “Yo te absuelvo” o “Te bautizo,” esa Palabra crea la realidad de que se habla.

El poder creativo de la Palabra de Dios es una de las cosas más importantes a aprender de esto primeros versículos del Génesis.

Es interesante comentar que es posible que haya una insinuación de la doctrina de la Santísima Trinidad en estos primeros versos.

Hay tres actores divinos: Dios, su Palabra y el Espíritu (“Pneuma Theos”) que aleteaba sobre la superficie de las aguas (Gen 1:2).

También es de notar que Dios se habla a Sí mismo ocupando la segunda persona plural: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1:26-27). ¿Por qué no dice: “Hago al hombre a mi imagen”?

No sabemos cómo contestar la pregunta. Santos y estudiosos han estado ponderando esto por años. Lo mencionamos acá porque es una insinuación de lo que Jesús revelará más tarde: que Dios es tres divinas personas en un Solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt 28:19).

El séptimo día, Dios descansa y bendice su creación. Ya es el segundo capítulo de Génesis (cfr. Gen 2:2-3). No es que Dios se cansó. Este descanso cósmico y bendición es el primero del ciclo de las alianzas que vamos a ver en la Biblia.

Dios, por el hecho de establecer el Shabath, está haciendo una alianza con su creación y especialmente con toda la humanidad, representado por el hombre que Él crea a su imagen y semejanza. A esto parece referirse Jesús cuando dice: “El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mc 2:27-28).



Tiene sentido: Dios no crea el mundo sin razón, como algo totalmente desligado de Él. Crea el mundo y la familia humana por amor. El Shabath es el signo de esa alianza y ese amor.

Así dice Dios cuando le da las leyes sabatinas al pueblo de Israel. Dice que el Shabath es “una alianza perpetua” (cfr. Ex 31:16-17). Es por eso que el Catecismo llama a la historia de creación “el primer paso hacia esta Alianza, como el primero y universal testimonio del amor todopoderoso de Dios” (CIC 288).

La palabra en hebreo para tomar un juramento es “sheba”, que deriva de “siete” en hebreo. En ese idioma, jurar (o hacer una alianza) es “hacerse siete” (cfr. el juramento de Abraham en Gen 21:27-32).

Entonces, lo que Dios parece hacer con el séptimo día no es tanto “descansar,” sino entrar en una alianza perpetua con su creación. Y este patrón de alianzas continúa a lo largo de toda la Biblia.

Al leer la historia de la creación de acuerdo con el contenido y unidad de la Biblia entera, vamos a ver otra característica de la historia de la creación que llama la atención.

La historia de la creación narra la creación como si fuera la construcción de un templo, un lugar santo donde Dios habitará y se reunirá con sus creaturas. Como en el Templo que mandó hacer en Jerusalén, el “templo” de la creación es un lugar santo donde Él habitará y donde hombres y mujeres ofrecerán culto y sacrificio.

En el libro de Job, capítulo 38, la creación del mundo se describe como la construcción de un templo.

De hecho, si comparamos la narración de la creación con las que cuentan la construcción de la Tienda de Reunión y la del Templo, veremos que ambos sitios sagrados son descritos con términos muy semejantes a los usados para la creación del mundo.

Por ejemplo, cuando Moisés construye la Tienda de Reunión, Dios le habla 10 veces (“y el Señor le dijo a Moisés...”). No es mera coincidencia que Dios habló 10 veces en Génesis (“Haya...”). Y hay otros paralelos.

Dios mira que su creación es Buena (Gen 1:31). “Moisés vio todo el trabajo y comprobó que lo habían hecho conforme a lo que había mandado Yavé” (Ex 39:43). Cfr. Gen 2:1; Ex 39:32; Gen 2:2 y Ex 40:33).

Dios bendice y santifica el Sábado cuando termina y Moisés bendice la “Morada” (cfr. Gen 2:3; Ex 38:43; 40:9). Las dos narraciones concluyen hablando de la santidad del Sábado (Gen 2:2-4; Ex 31:12-17).

Lo mismo se ve en 1 Reyes 6-8 que describe la construcción del Templo. El Rey Salomón consagra el Templo en el séptimo mes, el séptimo día de una fiesta de siete días, rezando siete peticiones, otra no tan sutil alusión a la historia de la creación.



Como el Espíritu “aleteaba” sobre las aguas, el Espíritu de Dios llena el Templo de Salomón (1 Re 8:10), como lo hizo en la Morada (cfr. Ex 40:35)

En el Templo, el santuario o “el Santo de los Santos”, contenía la presencia de Dios, haciéndolo su habitación, el más santo de los lugares.

En la historia de la creación en Génesis, el Jardín del Edén, donde Dios colocó al hombre y a la mujer, es descrito en términos semejantes a los ocupados para describir los recintos interiores del Templo.

Al Jardín se entraba por el este, como en el santuario del Templo. Los querubines puestos por Dios a guardar la entrada del Jardín se parecen a los del Templo de Salomón (cfr. Gen 3:24; Ex 25:18-22, 26-31; 1 Re 6:23-29).

Dios “se pasea” por el Jardín (Gen 3:8) como está presente en el santuario del Templo (cfr. Lv 26:11-12; Dt 14:23; 2 Sam 7:6-7).

Vamos a ver más paralelismos en la próxima lección que trata de la creación y la caída del hombre y la mujer.

V. Preguntas para estudio

1. ¿Cuáles son las tres maneras en que Dios se nos revela?
2. ¿Qué quiere decir que la Biblia es inspirada por Dios y libre de error?
3. ¿Cuál es la diferencia entre una alianza y un contrato?
4. ¿Qué son alianzas y por qué son tan importantes para entender la Biblia?
5. Hay dos posibles insinuaciones de la Trinidad en el primer capítulo de Génesis. ¿Cuáles son?
6. ¿Qué semejanzas hay entre la creación, la tienda de reunión de Moisés y el Templo de Salomón?
7. ¿Cuál es el significado del Shabath en la Biblia?

Para orar y reflexionar:

La historia de la creación en Génesis es el primero de nueve textos que se leen en la Misa de la Vigilia Pascual la noche del Sábado Santo. Lee todas las lecturas de la Vigilia, los salmos y, si es posible, las oraciones del sacerdote después de cada una. Pídele a Dios ayudarte a ver el plan de la historia de la salvación que estos textos desarrollan, haciendo tuya la oración que sigue a la lectura del Génesis y el salmo responsorial.



La oración después de la primera lectura de la vigilia

Dios todopoderoso y eterno,
que en todas las obras de tu amor
te muestras admirable, concédenos comprender
que la redención realizada por Cristo, nuestra Pascua,
es una obra más maravillosa todavía
que la misma creación del universo.
Por Jesucristo, nuestro Señor. **R.** Amén

Las lecturas de la vigilia pascual son las siguientes:

- | | | |
|--|------------------|-----------------------------------|
| 1. Génesis 1:1-2:2 | <i>Respuesta</i> | Salmo 104:1-2, 5-6, 10-14, 24, 35 |
| 2. Génesis 22:1-18 | <i>Respuesta</i> | Salmo 16:5, 8, 9-11 |
| 3. Éxodo 14:15-15:1 | <i>Respuesta</i> | Éxodo 15:1-6, 17-18 |
| 4. Isaías 54:5-14 | <i>Respuesta</i> | Salmo 30:2-6, 11-13 |
| 5. Isaías 55:1-11 | <i>Respuesta</i> | Isaías 12:2-3, 4, 5-6 |
| 6. Baruc 3:9-15, 32-4:4 | <i>Respuesta</i> | Salmo 19:8-10, 17 |
| 7. Ezequiel 36:16-28 | <i>Respuesta</i> | Salmo 42:3, 5, 43:3-4 |
| 8. Romanos 6:3-11 | <i>Respuesta</i> | Salmo 118:1-2, 16-17, 22-23 |
| 9. Mateo 28:1-10 (Año A) o Marcos 16:1-7 (Año B) o Lucas 24:1-12 (Año C) | | |



Lección Dos

Creación, Caída y Promesa

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Repaso y visión de conjunto

II. Hombre y Mujer: la Imagen Original

A. El Primogénito de Dios

B. Padre de un pueblo sacerdotal

III. La Caída

A. Figuras y Enigmas

B. La serpiente que Adán vio

C. ¿Muerto del susto?

D. Dejándola con el fruto

IV. La Prueba de Amor—reprobada

A. Sacrificio y Egoísmo

B. Matando la amenaza de muerte

V. Nuevo Adán y Nueva Eva

VI. Preguntas para estudio



I. Repaso y Visión de Conjunto

En la lección pasada quedamos en la historia con que Dios había acabado de crear el mundo.

Por su Palabra, de la nada, en seis “días” había moldeado virtualmente un Templo donde Él habitará con toda su creación. El séptimo día, hizo una alianza con el mundo, comprometiéndose con su creación para siempre.

Ahora vamos a concentrarnos en la joya de la corona de la Creación, la raza humana. En esta lección, vamos a aprender sobre nuestros antepasados, el padre y la madre de la familia humana.

Hemos oído esta historia mil veces. Pero esta vez la leeremos como el inicio de la historia de la salvación, el inicio de la relación entre Dios y la familia humana.



II. El Hombre y la Mujer: la Imagen Original

El Primogénito de Dios

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, “varón y mujer los creó” (cfr. Gen 1:26-28).

¿Qué significa que Dios creó al hombre a su imagen divina? Quiere decir que la persona humana es un hijo de Dios.

¿Cómo lo sabemos? Recuerden lo que dijimos en la última lección: la manera en que los católicos leemos la Biblia es interpretar el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo Testamento.

Entonces veamos el Evangelio de San Lucas. Allá encontrarán que Adán es “hijo de Dios” (Lc 3:38). Vemos también que la frase “imagen y semejanza” se ocupa para describir el nacimiento de Set, hijo de Adán (cfr. Gén 5:3).

En el lenguaje de la Biblia, nacer a “imagen y semejanza” de alguien quiere decir ser hijo de esa persona. Entonces, cuando Dios crea el hombre a su imagen, lo crea como su hijo.

Desde el inicio, se ve la intención divina de que los seres humanos fueran sus hijos.



Padre de un pueblo sacerdotal

Adán es creado como hijo primogénito de Dios. Es concebido también como sacerdote.

En la última lección, vimos cómo el mundo fue hecho como un Templo y el Jardín del Edén representado como un santuario del Templo, el lugar santo donde habita Dios.

Ahora, es imposible tener un templo sin un sacerdote para guardarlo, mantenerlo y ofrecer sacrificios. Y esa es la tarea que Dios le da a Adán. Es una tarea sacerdotal, aunque requiere saber un poco de hebreo para reconocerlo.

Adán fue colocado en el Jardín “para que lo cultivara y lo cuidara” (Gen 2:15). Es fácil perder lo más importante del sentido de estas palabras.

En el hebreo original, las palabras ocupadas son “abodah” y “shamar”. Son palabras asociadas con el servicio sacerdotal.

De hecho, las únicas otras citas en la Biblia donde las dos palabras están juntas se encuentran en el libro de Números, donde normalmente se traducen como “servicio” y “encargo” de los levitas, la tribu sacerdotal de Israel (cfr. Num 3:7-8; 8:26; 18:5-6).



Los levitas estaban encargados de la protección del santuario y el altar. Le fue dado a Adán el deber de proteger, de cuidar el Jardín. Todo esto será muy importante cuando estudiemos la desobediencia de Adán y su pérdida de la gracia.

Adán es descrito, entonces, como un sacerdote primogénito. Noten también el mandato, “sean fecundos y multiplíquense” (Gen 1:28). Adán es el primogénito de Dios y padre de un pueblo. Dado que es un sacerdote, su pueblo será también sacerdotal.

Lo que encontramos, entonces, en Génesis es la intención original de Dios para la raza humana. Será la familia de Dios y un pueblo sacerdotal.

Hay ecos de estos conceptos en el Antiguo y el Nuevo Testamento: Israel también se llamará el primogénito de Dios y un pueblo sacerdotal.

Al venir Jesús, se llamará Hijo de Dios, el “Nuevo Adán”, “el primero de muchos hermanos” y Sumo Sacerdote. La Iglesia también será referida como un pueblo sacerdotal.

Vamos a ver todo esto en detalle en futuras lecciones en este curso. Pero todo empieza aquí con Adán, nuestro Padre.



III. La Caída

Figuras y Enigmas

¿Y entonces cómo vamos, nosotros, gente moderna y sofisticada, a leer la historia de la caída de Adán y Eva en Génesis 3, con su escenario de fábula o cuento de hada, su serpiente que habla y engaña, la pareja crédula, los árboles con nombres extraños y el fruto prohibido?

El Catecismo de la Iglesia Católica nos da buen consejo al respecto:

“El relato de la caída en Génesis 3 utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre*. La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres.” (CIC 390)

¿Que quiere decirnos el Catecismo? Primero, que la historia es escrita en un “lenguaje hecho de imágenes” o sea, que es más poesía que periodismo, más una pintura que un documental.

Sin embargo, la historia afirma un evento real que aconteció al inicio de la historia humana. Además, que ese evento, “el pecado original” de Adán y Eva, marcó la historia de nuestra raza para siempre.

No podemos leer Génesis 3 como si fuera un periódico. Tampoco lo leemos como si fuera mito o cuento de hadas o una fábula. Se trata de algo que sí pasó.

Los estudiosos nos dicen que Génesis se entiende mejor como un ejemplo de un estilo literario que se llama *mashal* que quiere decir “enigma” o “proverbio” y que tiene varios niveles de sentido.

Y cuando leemos Génesis 3 detenidamente, encontramos que la historia tiene muchas partes no tan fáciles de entender, con palabras que tienen múltiples sentidos; vida, muerte, sabio, árboles (que son mucho más que árboles).



La Serpiente que Adán vio

Revisemos ahora los personajes. En primer lugar, ¿quién es esta “serpiente”?

Estamos acostumbrados a las ilustraciones de las Biblias que hemos visto de niños, con una serpiente larga y delgada, enrollada en las ramas de un manzano. Tal vez debemos cambiar esa imagen mental.

La palabra hebrea para “la serpiente” es *nahash*; implica algo mucho más fatal.

En el Antiguo Testamento *nahash* es utilizada para referirse a poderosas y gigantescas criaturas del



mal. Isaías llama *nabash* a un dragón del mar, el gran leviatán (cfr. Is 27:1). Job también habla de *nabash* por decir los monstruos del mar (Jb 26:13).

Es la misma imagen del Apocalipsis que habla del “enorme dragón rojo...conocida como el Demonio o Satanás, ...el seductor del mundo entero” (cfr. Apoc 12:3.9).

Por supuesto la Iglesia siempre ha interpretado la serpiente de Génesis 3 como figura de Satanás, el Diablo (cfr. CIC 391-395). Entonces nosotros, lectores de la historia de la caída, sabemos algo que Adán tal vez ignoraba, que el encuentro con la serpiente fue una prueba contra el mal, una batalla por el alma de la humanidad.

Pero necesitamos saber lo que Adán vio. Una vez entendido que la serpiente era mucho más que una culebrita de jardín, empezamos a entender por qué Adán fracasó en su deber de “proteger” a su esposa y al Edén (Gen 2:15).



¿Muerto del susto?

Seamos francos: Adán estaba asustado, con miedo de morir. Vio la serpiente como una amenaza contra su vida.

Sabemos que Adán sabía qué era morir. ¿Cómo lo sabemos? Porque Dios le advierte que si come del fruto prohibido morirá (cfr. Gn 2,17). Si no supiera que era la muerte, la advertencia no tendría sentido.

Adán estaba tan asustado que pensaba que si no hacía lo que pedía la serpiente, sufriría y moriría.

Esta hipótesis puede relacionarse con un pasaje en la Carta a los Hebreos. Allí dice que el Diablo “reinaba por medio de la muerte,” y dice que por temor a la muerte los humanos “viven como esclavos” (Heb 2:14-15).

Esto no quiere decir que Adán no tuvo responsabilidad o culpa.

Optó por salvar su vida, pero resultó perdiéndola. Temía morir más que temía desobedecer al Padre que lo amó y le había dado el paraíso. Y con esto sometió a toda la raza humana a la esclavitud.



Dejándola con el fruto

Pero estamos hablando de Adán. Tal vez ustedes dirán: ¿no se trata de Eva?



De hecho, la serpiente se dirige primero a “la mujer”. La palabra “mujer” se ocupa 4 veces en 6 versículos y el hombre no es mencionado hasta por último. Y entonces nada más dice: “le dio también a su marido que andaba con ella” (Gen 2:6).

Parece que Génesis quiere hacernos pensar que la culpa la tuvo la mujer. Ella hizo este negocio con la serpiente y tomó el fruto prohibido. El hombre nada más comió lo que la mujer le dio.

Pero ¿es así? ¿Por qué San Pablo y la tradición de la Iglesia refieren este relato al pecado de Adán? (cfr. Rm 5:12-14; 1 Cor 15:22.45)?

En primer lugar enfatizamos lo que dice al final la narración: Adán estaba con ella todo ese tiempo (cfr. Gen 3:6).

De hecho, en hebreo, la serpiente dice “ustedes” y no “tú.”

Entonces si estaba Adán en todo esto. ¿Por qué no habló antes? ¿Por qué no contestó nada?

Este es el punto. Por miedo, Adán no quiso decir nada, dejando a su mujer a su propia suerte. Él era “su esposo” como insiste el texto. Los esposos tienen que defender a sus esposas, hasta morir por ellas. Así dice la Biblia del amor conyugal (cfr. Ef. 5:25).



IV. La Prueba de Amor, Reprobada

Sacrificio y egoísmo

¿Que está pasando acá en el Jardín? Adán ha fallado en su prueba de amor, no solamente a Eva sino también a su Dios.

Dios había dado a Adán la responsabilidad de guardar el santuario-jardín, el lugar donde habitaban Dios y el hombre.

En el enfrentamiento con la serpiente, él falló. No protegió a su esposa ni al jardín, ni a sí mismo.

¿Por qué Dios lo probó así? Precisamente porque el amor de alianza requiere entrega total. La abnegación es esencial para cumplir las obligaciones de la relación humana con Dios.

Recuerden lo que dijimos en la última lección: Una alianza quiere decir que Dios se entrega a su pueblo y su pueblo, también, se entrega a Él.

En la Sagrada Escritura, cada alianza requiere al pueblo hacer un ofrecimiento simbólico de su entrega a Dios.

No hay alianza sin sacrificio. El sacrificio es ofrecido por el pueblo para simbolizar su ofrecimiento personal a Dios. El sacrificio es una muestra de su compromiso con la alianza, su compromiso de dar a Dios todo lo que tienen y son.

Noé hace el sacrificio de cada uno de los animales que estuvieron en el Arca. A Abraham se le pide el sacrificio de su único hijo Isaac. Los Israelitas en el tiempo de Moisés tienen que sacrificar un cordero sin defecto en vez de sus primogénitos. Y en el tiempo de Salomón, hijo de David, se ofrecían sacrificios cada día en el Templo.

Cada una de estas alianzas tuvieron sólo éxito parcial y por fin todas fracasaron. ¿Por qué? Por falta de amor, por falta de abnegación. La gente no se entregó por completo.

Noé, Abraham y los demás hicieron cosas grandes. Pero también cometieron estúpidos errores. Abrahám tomó una concubina. Noé se emborrachó. Moisés se desesperó en el desierto. Israel adoró el becerro de oro. David cometió adulterio con Betsabé. Su hijo, Salomón, construyó un harén además del Templo.

En el fracaso de Adán, vemos el inicio de un patrón de conducta. De hecho, por el debilitamiento de la raza humana fruto del pecado original, nadie puede darse completamente a Dios. Por el pecado de Adán, la humanidad perdió la primogenitura, su derecho a la herencia eterna, su membresía en la familia de Dios.



Amenazas de Muerte

Pero antes de ir de Adán a Jesús, vamos a estudiar el significado de la historia. Dios dijo a Adán y Eva: no coman el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y Mal, o morirán (Gen 2:17).

En el Hebreo hay una amenaza de doble muerte, con una repetición. “Ustedes van a morir muriendo” o “morir la muerte”. ¿Por qué la repetición de la palabra “morir”? ¿Se puede morir más de una vez?

La serpiente contradice directamente a Dios. Les dice a Adán y Eva: “No es cierto que morirán” (cfr. Gen 3:14). También les dice: “Es que Dios sabe muy bien que el día en que coman de él, se les abrirán a ustedes los ojos; entonces ustedes serán como dioses y conocerán lo que es bueno y lo que no lo es” (cfr. Gen 3:5).

Y es la verdad, no morirán. De hecho sus ojos se abren exactamente como dice la serpiente (Gen 3:7). Hasta Dios dice: “Ahora el hombre es como uno de nosotros, pues se ha hecho juez de lo bueno y de lo malo” (cfr. Gen 3:22).

¿Tendrá razón la serpiente? ¿Mentiría Dios? Ciertamente que parece así.

Parece, pero no es así.

Adán y Eva sí mueren en el momento que comen el fruto prohibido—espiritualmente. La verdad de la mentira de Satanás fue así: Adán y Eva no morirían corporalmente al comer el fruto del árbol. Adán y Eva perdieron algo más grande que la vida de su cuerpo. Perdieron la vida sobrenatural, la vida de gracia en sus almas.

Seducidos a intentar ser como dioses, “murieron la muerte”. Sí, escogieron libremente, como Dios ejercieron el libre albedrío. Pero su libertad solamente les llevó a la esclavitud. Sus ojos se abrieron, y descubrieron su desnudez y sintieron vergüenza.

Sabemos que Satanás tiene “el poder de la muerte” (cfr. Hb 2:14-15). Adán y Eva hubieran escuchado a Dios, cuya advertencia suena como las palabras de Jesús: “No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien al que puede perecer alma y cuerpo en el infierno” (Mt 10:28).



La Segunda Venida de Adán y Eva

Pero aun cuando sus hijos se exiliaron del paraíso por el pecado, Dios promete redención, una vuelta a casa.



Promete que siempre en la historia humana habrá “enemistad” entre la serpiente—Satanás— y la mujer, “la madre de todos los vivientes,” y entre sus proles (cfr. Gen 3:15.20).

Los primeros Padres de la Iglesia llamaron a esto el “primer evangelio” (proto-Evangelio).

Dios estaba prometiendo, acá en las primeras páginas de la Biblia, un Nuevo Adán y una Nueva Eva para deshacer el daño que habían hechos los primeros.

San Pablo llama a Jesús, el “último Adán” o el Nuevo Adán (cfr. 1 Cor 15:21-22:45-49). Y la Tradición de la Iglesia siempre ha visto a María como “la Nueva Eva” (cfr. CIC 410-411).

Como Adán llama a Eva “mujer,” así Jesús llama a María “mujer” (cfr. Gen 2:23 y Jn 2:4). En contraste a Eva que desobedeció los mandatos de Dios, María se entrega libremente a la voluntad de Dios y dice “Hagan lo que Él les manda” (cfr. Lc 1:38; Jn 2:5). Finalmente, como Eva fue “la madre de todos los vivientes,” Jesús entrega a su madre al pueblo de Dios (cfr. Gn 3:20 y Jn 19:26).

Jesús entra al mundo como el Nuevo Adán, Él que hace lo que Adán hubiera hecho. Viene, no para hacer su propia voluntad, sino la del Padre que le envió. Viene a servir y ofrecer su vida por muchos (cfr. Mc 10:45; Jn 15:13).

Jesús entra a un jardín y experimenta las maldiciones de Adán, el temor a la muerte, cayendo en el suelo, sudando sangre de su cara en su agonía (cfr. Gen 3:17-19; Mt 26:36-46; Lc 22:44).

Fue coronado con espinas y despojado de su ropa (cfr Mt 27:29.31). Y lo llevaron a un árbol, la cruz, que la Iglesia primitiva entendió como símbolo del Árbol de la Vida en el Jardín (cfr. Hech 5:30; Gal 3:13; 1 Pe 2:24).

Sin embargo, en la Cruz, fue obediente, diciendo a Dios, “No se haga lo que yo quiero sino lo que quieres Tú” (cfr. Mt 26:39).

“No se apegó a su igualdad con Dios” (Fp 2:5-11), algo que quería Adán, ser como un dios, pero entregó su propia vida en sacrificio a favor de un jardín, el mundo, y por su esposa la Iglesia. La mujer de Adán fue creada de su costado mientras dormía. La Iglesia, la esposa de Cristo, nació de su costado también, el costado abierto por la lanza del soldado mientras Él dormía la muerte en la cruz. De su costado salió sangre y agua, símbolos del bautismo y la Eucaristía (cfr. Gn 2:21-22; Jn 19:34; CIC 766, 1067).

Por fin, Jesús Resucitado aparece en el jardín (cerca donde fue crucificado) y lo confunde una mujer con un jardinero, tal vez una referencia a Adán y su oficio (cfr. Jn 19:41; 20:14-18).

Todo esto Dios había prometido en el “primer evangelio.”

Pero aun nos queda un largo camino antes de la venida de Jesús. En la próxima lección, vamos a reiniciar la historia donde la hemos dejado, en el Jardín



V. Preguntas para estudio

1. ¿Qué quiere decir que el hombre y la mujer están hechos por Dios “a su imagen y semejanza”?
2. ¿Por qué podemos decir que Adán es a la vez primogénito y sacerdote?
3. ¿Qué quiere decir que Génesis 3 nos habla en “lenguaje hecho de imágenes”?
4. ¿Qué quiere decir *nabash* en hebreo?
5. ¿Cual fue el pecado de Adán?
6. Da tres ejemplos de cómo Jesús en el Nuevo Testamento es presentado como el Nuevo Adán. Igual tres ejemplos de la Virgen María como la Nueva Eva.

Para orar y reflexionar:

Las lecturas para la Misa del Primer Domingo de Cuaresma (Ciclo A) son: Gen 2:7-9; 3:1-7; Sal 51:3-6, 12-14, 17; Rm 5:12-19; Mt 4:1-11. Lee los textos en orden y ora pidiéndole al Señor escuchar las conexiones que la Iglesia quiere enseñarnos. Reza también esta oración cuaresmal

Oración Cuaresmal

Señor Dios Nuestro, formaste al hombre del barro de la tierra y le soplaste el espíritu de vida. Sin embargo él se apartó de tu rostro y pecó. Vuélvénos a Ti y a la vida que tu Hijo nos ganó por su muerte en la cruz.



Lección Tres

Al este del Edén, Rumbo a Egipto

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Al Este del Edén, Antes del Diluvio

- A. Caín el Malo
- B. Set el Justo
- C. Salvados por el agua

II. Después del Diluvio

- A. El Pecado de Cam
- B. Forjando un nombre

III. Nuestro Padre Abraham

- A. Hebreos y Semitas
- B. Sacerdote del Altísimo
- C. “Alianza en la carne”
- D. Atando a Isaac

IV. La Época de los patriarcas

- A. Jacob el Menor
- B. José y Judá

V. Preguntas para Estudio



I. Al Este del Edén, Antes del Diluvio

Caín el Malo

En la última lección, dejamos a nuestra primera familia, Adán y Eva, fuera del paraíso, exiliados por su pecado y desobediencia, por no vivir de acuerdo con las exigencias de la alianza con Dios.

Los capítulos que siguen (cfr Gen 4-5) nos muestra los “frutos” del Pecado Original de Adán y Eva: vemos que en la progenie humana ahora se ha mezclado el bien y el mal. La tensión entre las dos progenies, predicha por Dios en el Jardín (cfr. Gen 3:15) determina mucho de lo que sigue en el libro de Génesis, particularmente en los primeros 11 capítulos.

Los “primeros frutos” de Adán y Eva, su hijo Caín, nace de la mala semilla; su hermano menor, Abel, de la buena. Caín mata a Abel y se hace el primer homicida del mundo. Como Adán y Eva, los primeros hijos de Dios, rechazaron la paternidad de Dios, su progenie mala rechaza también la familia del hombre que Dios quiso crear. Esto es simbolizado en las crueles y rencorosas palabras a Dios: “¿Soy acaso el guardián de mi hermano?” (cfr. Gen 4:9).

La ascendencia malvada de Caín crece y uno de sus descendientes (Lamec) se vuelve el primer hombre que toma a dos esposas, una perversión del orden del matrimonio establecido por Dios en el Jardín (cfr. Gen 2:21-24), y se jacta de sus criminales y vengativas acciones (cfr. Gen 4:23-24).



Set el Justo

Después de Caín, Adán y Eva procrean una buena progenie, Set. Los hijos de Enós, descendiente de Set, son los primeros en desarrollar una relación con Dios que es personal y orante. Dice Génesis que “invocaron a Dios por su nombre” (cfr. Gen 4:26). La palabra “nombre” en hebreo es *shem*. Esto es un dato que cobrará importancia después en esta lección.

Los capítulos 4 y 5 de Génesis nos dan la historia de la progenie mala y buena de Adán. Leemos de los hijos de Caín (cfr. Gen 4:17-24) y los hijos de Set (cfr. Gen 5:1-32). Del primero proceden los malvados “hijos e hijas del hombre,” y del segundo los justos “hijos del cielo” (Gen 6:2).

Pero el pecado infecta hasta a los justos. Los hijos de Set, seducidos por la belleza de las hijas de Caín, se casan con ellas. Peor todavía, siguen el mal ejemplo de Lamec y toman a más de una esposa “cuantas quisieron” (cfr. Gen 6:1-4).

De los hijos de Set que se unieron con las hijas de Caín nacieron hombres violentos y malos “los famosos héroes de los tiempos antiguos” (cfr. Gen 6:4) de quien dice la Sagrada Escritura en otra parte, “orgullosos gigantes...expertos en la guerra” (cfr. Sab 14:6; Bar 3:26-27).



Finalmente, Dios, se llena de “tristeza” y “arrepentimiento” al ver “cómo se corrompió la tierra...pues todos los hombres seguían los caminos del mal” (cfr. Gen 6:5, 7, 12). Recuerden: Dios no puede arrepentirse o cambiar de idea como los humanos, y decir así es una figura literaria para indicar hasta qué punto de depravación han caído las cosas (Nm 23:19; Mal 3:6).



Salvados por el agua

En el diluvio, Dios arrasa la descendencia de Caín totalmente, ahogándolos. La descendencia de Set continúa por Noé, quien “caminaba con Dios” y “el Señor miraba con buenos ojos” (Gen 5:27-29; 6:9-10).

La historia del diluvio (cap. 7-9) se narra como una nueva creación, con muchas referencias obvias y sutiles a Génesis 1. En el contexto del libro entero, la historia del diluvio nos muestra a Dios dando al mundo un reinicio, empezando su familia de nuevo con la ascendencia de Set.

Noé es como un nuevo Adán. Como Adán, Noé recibe la autoridad sobre los animales (cfr. Gen 1:26, 9:2-3). Dios le manda lo que había mandado a Adán, “Tengan muchos hijos y llenen la tierra” (cfr. Gen 1:28; 9:1). Al final, como hizo con Adán, Dios realiza una alianza con Noé y por él con todos los seres vivientes (cfr. Gen 2:1-2; 9:13).

Con esta alianza con Noé, Dios renueva su alianza con la creación. El arco iris (siete colores) es, como el Shabbath, símbolo de la comunión de Dios con su obra. Aquí tenemos la segunda de las grandes alianzas que forman el “principio estructural” de la Biblia.

Recuerden lo que se dijo en la primera lección: la Biblia es organizada de acuerdo a una serie de alianzas que hacen familias. Con cada alianza, Dios nos revela un poco más del misterio de su amor. En la alianza con Noé, la familia de Dios es como una familia nuclear: Noé, su esposa y sus hijos. Con agregar los hijos, hemos trascendido el modelo de la pareja de esposos que Él reveló en la alianza de la creación.

Hay otra cosa importante que recordar sobre las alianzas de la Biblia: cada una nos acerca a la nueva y eternal alianza con Jesús. La alianza simbolizada por Adán y Eva nos señala el misterio del vínculo de amor entre Cristo y su Iglesia, que será una unión como el matrimonio (cfr. Ef 5:21-33).

La alianza con Noé nos dirige al misterio del sacramento del bautismo, por el cual nos hacemos, como Jesús y Noé, amados hijos e hijas de Dios en quienes tiene sus complacencias (cfr. Gen 6:4-8; Mt 3:17). El bautismo que trae Jesús destruye el pecado, como el diluvio en tiempos de Noé, e incluye el don del Espíritu Santo que apareció en la forma de una paloma (Gen 8:8-12; Mt 3:16).

Como San Pedro nos dice, el diluvio era una figura del bautismo. Tanto en el diluvio como en el bautismo, la raza humana es “salvada a través del agua” (1 Pe 3:20-21; CIC 701, 1219).



II. Después del Diluvio

El Pecado de Cam

Desgraciadamente, la historia humana después del diluvio volvió a continuar como antes.

Adán (cuyo nombre en hebreo significa literalmente “tierra” o “suelo”) recibió un jardín a cultivar. Noé siembra una viña y se vuelve hombre agricultor (cfr. Gen 2:1; 7:11). Y como el fruto prohibido causó la caída de Adán, así el fruto de la vid—que produce vino—provocó la de Noé. Como en la caída de Adán, Noé también expone su pecado y su desnudez (cfr. Gen 3:6-7; 9:21) y resulta en una maldición (cfr. Gen 3:14-19).

¿Y qué pasa con la historia de Cam que exhibe la desnudez de su padre (cfr. Gen 9:22)? En hebreo la frase es una figura para hablar de incesto. En algunos lugares de la Biblia “descubrir la desnudez” de alguien, indica relaciones sexuales (Lev 20:17; 18:6-18).

Descubrir la desnudez de su padre, quiere decir cometer incesto con su madre. En otras palabras, aprovechándose de la embriaguez de Noé, Cam durmió con su madre cuando su padre dormía su borrachera. Puede ser que esto esté vinculado con un atentado de quitar a su padre el poder, porque este acto es conocido en la Biblia como ofensa al que tiene el mando (cfr. Gen 29:32; 35:22; 49:3-4; 2 Sam 16:21-22).

Con respecto a esto, es notable que Noé no maldice a Cam sino a Canaán, el hijo de su hijo. ¿Será que Canaán fue hijo del incesto? Puede ser otra pista para entender lo que pasó. Después la Biblia nos dice que Canaán fue el patriarca fundador de una nación en cuya cultura la abominable práctica del incesto fue común (cfr. Lev 18:6-18; Ex 23:23-24).

Canaán es el mal fruto (consecuencia) del pecado de Noé. Pero como Adán engendró tanto a Caín que mató a su hermano como a Set el Justo, Noé también tiene buena semilla: su primogénito Sem quien intentó “cubrir” la desnudez de su padre (cfr. Gen 9:23).

Cuando maldice a Canaán, la mala progenie, Noé bendice a Sem: “Bendito sea Yavé, Dios de Sem, y sea Canaán esclavo suyo” (cfr. Gen 9:26).

También es pertinente aquí el hecho que el único otro episodio de borrachera en Génesis es vinculado con incesto y el nacimiento de las naciones inmorales y hostiles al pueblo de Dios: Las hijas de Lot que emborrachan a su padre y engendran hijos por incesto, que dan origen a los Moabitas y los Amonitas (cfr. Gen 19:30-38).

Así continúa la historia en Génesis, narrando el conflicto entre las dos progenes de Noé, la buena y la mala. Los descendientes de Cam se vuelven enemigos del pueblo de Dios: Egipto, Canaán, Filisteas, Asiria y Babilonia (Gen 10:6, 10-11, 14).



Forjando un nombre

De esta ascendencia mala, vienen las naciones que intentaron construir la Torre de Babel “para hacerse famosos [hacer un nombre “shem” para ellos, con el sentido de renombre]” (Gen 11:1-9). En otras palabras, querían establecer un tipo de anti-reino en contra del nombre de Dios.

En Génesis se ve una conexión entre nombre (*shem*) y la relación personal con Dios. Los grandes pecadores de Génesis, empezando con Adán y Eva, que son seducidos por la promesa de Satanás de hacerse “como dioses”, siempre quieren hacerse protagonistas (“nombres”) o sea exaltarse y vivir como que no necesitaran a Dios.

Caín es un ejemplo de esto. Cuando construye una ciudad, ¿qué hace? Le pone el nombre de su hijo, Enós (Gen 4:17). Lo que querían hacer los constructores de la Torre de Babel era glorificar su propio nombre y sus obras.

Los justos de Génesis no tratan de exaltar su nombre sino regocijarse en las bendiciones de Dios— invocan “el nombre de Dios.” Mientras Caín glorificaba su propio nombre, su hermano Set, el justo, santifica el nombre del Señor, buscando su bendición (cfr. Gen 4:26).

Esto se sigue con el justo Abraham (cfr. Gen 12:8; 13:4; 21:33) y con Isaac (26:25). Es implícito en la bendición de Sem por parte de Noé (9,26). En este último ejemplo, llama la atención que es la primera vez en la Biblia en que se identifica a Dios por su relación con una persona: Yavé es el “Dios de Sem”.

Vemos este mismo modelo en el siguiente capítulo de Génesis, cuando Dios promete engrandecer el nombre de Abraham. Después Dios se refiere a Sí mismo como “el Dios de Abraham” (cfr. Gen 26:24; Mt 22:32; Hech 7:3).

A través del Antiguo Testamento, veremos que los justos alaban el nombre del Señor y buscan en él bendición y ayuda (cfr. Dt 28:10; Sal 124:8; 129:8; Prov 18:10; Jl 2:23; Mi 4:5; Sof 3:12). El Nuevo Testamento también dice “todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará” (Rom 10:13; Hech 2:21; 4:12).



III. Nuestro Padre Abraham

Hebreos y Semitas

De la progenie buena de la humanidad, la ascendencia de los justos, descendientes de Sem, viene el primero de los grandes patriarcas, “Abram el hebreo” (Gen 14:13).

Es la primera vez que la palabra “hebreo” aparece en la Biblia y está vinculada con el nombre de Eber, bisnieto de Sem (Gen 10:21). Por esto se llama al pueblo escogido “los hebreos”. Los descendientes de Abraham también son llamados “semitas.” De este nombre se deriva la palabra para los que odian a los judíos, “antisemita” o sea alguien que está en contra de los descendientes del justo Sem.

Con la historia de Abraham, empezamos una nueva época de la historia de la salvación. Los capítulos del 12 al 50 de Génesis narran la historia de los “patriarcas,” los padres fundadores del pueblo escogido. En Génesis capítulos del 12 al 25 leeremos la historia de Abraham y sus dos hijos, Ismael e Isaac. De Génesis 25 al 36 escuchamos la historia de Isaac y sus dos hijos, Esau y Jacob. El libro concluye, en los capítulos del 37 al 50 con la historia de los doce hijos de Jacob, fundadores de las tribus de Israel y especialmente del hijo predilecto, José.

Para simplificar, vamos a referirnos a Abraham y no a “Abram” que fue su nombre original. Dios cambió su nombre en Génesis 17:5.

Dios hará una alianza con Abraham, y por esa alianza, dará otra orientación a la historia de la humanidad, dándole una nueva posibilidad y un nuevo rumbo.

La alianza con Abraham consiste en tres partes y se inicia con tres promesas: 1. hacer de Abraham una gran nación (Gn 12:1); 2. engrandecer su nombre (12:2); 3. hacerlo fuente de bendiciones para todas las razas (12:3).

Después Dios eleva las promesas a tres alianzas divinas. No es solamente una promesa de hacer de Abraham una gran nación, se trata de una alianza con sus descendientes, rescatarlos de la opresión en un país extranjero y darles una tierra (cfr. Gen 15:7-21). No solamente engrandeció el nombre de Abraham sino que lo hizo “padre de muchas naciones” y dinastía real (Gn 17:1-21).

Dios transforma y hace más importante su tercera promesa jurando hacer a los descendientes de Abraham “tan numerosos como las estrellas del cielo y la arena que hay a orillas del mar” (Gen 22:16-18).

Por estos tres juramentos Dios está dando un bosquejo del futuro de la historia de salvación.

Abraham fue hecho una gran nación en el Éxodo, cuando, por medio de la alianza que hace Dios con Moisés, lleva a los descendientes de Abraham a la tierra prometida a su antepasado (Gen 46:3-4). Leeremos esto en la próxima lección cuando veamos los otros libros del Pentateuco.



El segundo juramento se cumple cuando David se hace rey y se le promete un gran nombre (cfr. 2 Sam 7:9), y un trono que durará por siempre (cfr. Sal 89:3-4; 132:11-12).

Todas estas alianzas nos dirigen hacia Jesús. Su Nueva Alianza realiza la promesa de Dios de hacer que los hijos de Abraham sean una fuente de bendiciones para todas las naciones. Es por eso que desde la primera línea del Nuevo Testamento encontramos las palabras “Jesucristo...hijo de Abraham” (Mt 1:1).



Sacerdote del Altísimo

Hay tres escenas más de la vida tan dramática de Abraham que necesitamos ver porque nos refieren al Nuevo Testamento.

El primero es Melquisedec, el misterioso rey de Salem, que aparece después de la batalla en que Abraham derrota a los reyes guerreros para librar a su sobrino Lot (Gen 14).

Fíjense que aparece de la nada. No se le da genealogía, y su ciudad “Salem” es desconocida antes de esta aparición. Se sabrá más adelante que Salem es una forma corta del nombre Jerusalén (Sal 76:2).

Melquisedec ofrece pan y vino, y bendice a Abraham. Los Padres de la Iglesia vieron en esto una figura de la Eucaristía. Hay una referencia a esta identificación en la primera forma de plegaria eucarística, que habla del “pan y vino ofrecido por tu sacerdote Melquisedec” (cfr. CIC n.1333).

La Biblia ve a Melquisedec como una figura del hijo de David, quien es “sacerdote según la orden de Melquisedec” (cfr Sal 110:4). También es visto, en el Nuevo Testamento, como figura de Jesús, el eterno y real sumo sacerdote (Heb 7).



“Alianza en tu carne”

La circuncisión es el signo del juramento de la alianza de Dios, que hace de los descendientes de Abraham una dinastía real. “Esta alianza mía grabada en la carne de ustedes es una alianza perpetua” (Gen 17:1-14). Jesús fue circuncidado para mostrar que en su carne es miembro del pueblo de la alianza (cfr. Lc 2:21).

Pero circuncisión es también una señal física que nos señala hacia el bautismo, el signo espiritual y sacramental por el cual entramos en la Nueva Alianza, la familia real de Dios.

Con los profetas, la imagen “circuncisión del corazón” significa la dedicación del ser total a Dios (cfr. Dt 10:16; Jer 4:4; Rom 2:25-29; 1 Cor 7:18-19). El profeta Jeremías dijo que la ley de la Nueva



Alianza se escribiría en el corazón (cfr. Jer 31:31-34). Esto pasa con el bautismo que es la “circuncisión de Cristo” (Col 2:11) y la verdadera circuncisión (Fil 3:3).



Atando a Isaac

San Pablo dijo que la historia de los dos hijos de Abraham, el ilegítimo Ismael cuya madre fue Agar, y su heredero Isaac nacido por la promesa divina a la esposa Sara, simbolizaba la diferencia entre la Nueva Alianza y la Antigua (cfr. Gal 4:21-31).

Pero hay un símbolo aún más profundo en la terrible prueba que Dios hizo con Abraham: ofrecer su hijo único querido, Isaac, en sacrificio.

La interpretación de esta historia, como figura de cómo Dios ofreció a su único querido Hijo en la cruz del Calvario, empezó a verse en la misma Biblia y después floreció en los escritos de los Padres de la Iglesia, por ejemplo San Agustín (cfr. Jn 3:16).

Dos veces Dios alaba la fidelidad de Abraham en esta historia: “no te negaste a darme tu único hijo” (Gen 22:12, 15). San Pablo repite estas mismas palabras de la Septuaginta, (la traducción oficial del Antiguo Testamento en griego) hablando de su crucifixión: “Ni siquiera negó a su propio hijo sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros” (Rom 8:32).

Los Padres de la Iglesia vieron otros paralelismos interesantes:

Por ejemplo, la montaña donde pide Dios que Abraham hiciera el sacrificio fue el monte Moria. Está en el mismo lugar de donde venía Melquisedec, Salem. También se construirá en ese lugar el Templo del Señor (cfr. 2 Cro 3:1). De hecho, la tradición judía dice que el nombre Jerusalén viene de la palabra de Abraham, “Dios proveerá” (Gen 22:8; el hebreo es yir’eh o jira) unido al nombre Salem.

El Calvario, donde fue crucificado Jesús, es una de las Colinas del Moria. Y como Isaac llevó la leña de su propio sacrificio, y se sometió a atarse al madero, también Jesús, “hijo de Abraham” (Mt 1:1) lleva su cruz y deja que los hombres lo aten a ella. San Agustín vió también en el carnero con sus cuernos enredados en un zarzal una referencia a la corona de espinas (cfr. Gen 22:13).

Las palabras de Abraham a los sirvientes: “El niño y yo nos vamos allá arriba a adorar, y luego volveremos donde ustedes” (Gen 22:5) pueden ser interpretadas como una promesa de resurrección. Así lo hace la Carta a los Hebreos: “Abraham pensó seguramente: Dios es capaz de resucitar a los muertos. Por eso recobró a su hijo, lo que tiene un sentido para nosotros” (Heb 11:17-19). De hecho, Isaac es salvado “el tercer día” (cfr. Gn 22:4).

Como la disposición de sacrificar a su propio hijo fue un signo de su fidelidad, el sacrificio de Cristo nos trae “la bendición de Abraham” (cfr. Gal 3:14).



IV. Época de los Patriarcas

Jacob el menor

Isaac creció y se casó con Rebeca. Como pasó con su suegra Sara, Rebeca experimenta infertilidad. Isaac, como su padre Abraham, le pide a Dios por el don de los hijos (Gen 25:21; 15:3).

Mientras que sus gemelos están peleando en su vientre, Dios le dice a Rebeca que cada uno será una nación, pero que el menor de los dos, Jacob, será más fuerte que el otro “y el mayor [Esaú] estará sujeto al menor” (Gen 25:23).

Esto es otro fenómeno que se da en Génesis. Dios siempre escoge el hijo menor aunque el estilo del mundo es dar privilegios y lugar de importancia al mayor. Se prefiere el sacrificio de Abel al de Caín. A Isaac en vez de Ismael. Y José, el penúltimo de los hijos de Jacob, será el héroe de los últimos capítulos de Génesis; y Rubén, el mayor, peca al no defenderlo contra la envidia de los otros hermanos (cfr. Gen 37).

¿Por que hace Dios así? Tal vez la traición del primogénito hijo de Dios, Adán, causó ruptura entre el camino del mundo y el de Dios. Sin embargo, no se puede frustrar la providencia de Dios. Nos salva a pesar de nosotros mismos, escogiendo a los jóvenes, los débiles y los pecadores para mostrar que la historia de salvación se hace por Su gracia y Su amor. San Pablo, interpretando esta escritura, dice que Dios escogió a Isaac en vez de Esaú “así quedó confirmado el derecho que Dios tiene de escoger, de acuerdo con su propósito, a los que quiere llamar, sin tomar en cuenta lo que hayan hecho” (Rom 9:11-13).

Vemos esto también en toda la Biblia, especialmente la historia de David, el hijo menor de Jesé, que Dios escoge para ser ungido rey (cfr. 1 Sam 16:1-13). Los menores son los motores de la historia de salvación hasta la venida de Jesús, el Hijo único de Dios, el primogénito de la nueva familia de Dios. Jesús cumple la promesa de Israel que es, como veremos en nuestra próxima lección, el “primogénito de Dios” entre las naciones (Ex 4:22).

No hay que distraerse por el truco dramático de cómo Jacob consigue la bendición de Isaac. Esaú ya había probado que no era digno de la bendición, vendiendo sus derechos de primogénito a Jacob por un guiso de lentejas. Así actuó Esaú “sin dar ninguna importancia a sus derechos de hijo mayor” (Gen 25:29-34).

El engaño que practicó Jacob fue criticado por los profetas (cfr. Os 12:4; Jer 9:3), y él sufre algunas consecuencias en el texto de Génesis. Por ejemplo, él fue engañado por su tío y se casa con Lía, la hija primogénita de su tío en vez de Raquel a quien ama. Y más tarde, cuando su hijo José es vendido como esclavo, los hijos de Jacob le engañan empapando la túnica de José en la sangre de un cabrito. La ironía es patente, porque Jacob engañó a su padre Isaac usando la piel de cabro para fingir ser su hermano Esaú (cfr. Gen 27:15-16; 37:31-33).



La mentira de Jacob a su padre sirvió a la providencia de Dios. Dios escogió a Jacob en vez de Esaú (cfr. Mal 3:1; Rom 9:13). Por Jacob, Dios efectuará la bendición que prometió a Abraham (cfr. Gen 28:3-4). Dios mismo lo confirma cuando muestra a Jacob la escalera al cielo (Gn 28:10-15). Después, Jesús aplicará ese sueño de Jacob a si mismo, revelando que en Él el cielo y la tierra se tocan y lo humano y lo divino se encuentran. Jesús mismo es lo que Jacob llamó, “la puerta del cielo” (cfr. Jn 1:51; Gen 28:17).

Dios cambia el nombre de Jacob después de una misteriosa lucha nocturna. El nombre “Israel” significa “él que ha luchado con Dios” (cfr. Gen 32:28; 35:10; Os 12:5).



José y Judá

Los doce hijos de Jacob forman las doce tribus de Israel.

En la historia de José y sus hermanos, vemos otra vez que Dios escoge uno de los menores para llevar adelante su plan de salvación.

José prefigura los sufrimientos de Jesús y la salvación que nos ganó. Es víctima de la envidia y el rechazo de sus hermanos, los hijos de Israel. Lo venden a la esclavitud por veinte monedas de plata. Sin embargo, José perdona a sus hermanos y los salva de la muerte de la hambruna.

Otra vez, Dios nos muestra que utiliza lo malo que planean los hombres para los propósitos de su plan salvífico (Gen 50:19-21).

El primer libro de la Biblia termina con las bendiciones de Jacob-Israel en su lecho de muerte. A Judá, él promete una dinastía real y eterna (Gen 49:9-12). Gobernará todos los pueblos del mundo—una escritura que la Iglesia interpreta como la promesa de Jesús, el Rey-Mesías. La descendencia de Judá es la de los reyes David y Salomón (cfr. 2 Sam 8:1-14; 1 Re 4:20-21).

Jesús vendrá como hijo real de David (cfr. Mt 1:1-16) y “Leon de Judá” (Ap 5:5).

La familia de Dios ha emigrado desde el este de Edén hasta Egipto. En nuestra próxima lección, veremos cómo Dios cumple la promesa que Jacob hizo a José: “Dios estará con ustedes y los hará regresar a la tierra de sus antepasados” (Gen 48:21).

V. Preguntas para Estudio

1. ¿En qué sentido se puede decir que la alianza con Noé señala el sacramento del bautismo?
2. ¿Cuáles son las tres partes de la alianza entre Dios y Abraham?
3. ¿Cuáles son los paralelismos señalados en la antigua tradición de la Iglesia entre el sacrificio de Isaac y el de Cristo en la cruz?



Para orar y reflexionar:

La Liturgia de las Horas de la Iglesia siempre ha incluido el Cántico de Zacarías (cfr. Lc 1:68-79) en los Laudes y el magnificat (cfr. Lc 1:46-55) en Vísperas. Los dos cánticos ven la venida de Jesús como el cumplimiento de la alianza de Dios con Abraham. Reza estas oraciones bíblicas de la Iglesia y pídele a Dios entender más completamente “la promesa a nuestros padres, a Abraham y sus descendientes para siempre.”



Lección Cuatro

En Camino a la Tierra Prometida

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Repaso y Visión de Conjunto

- A. Uno leído, 72 por leer
- B. La historia hasta este punto

II. De Egipto llamé a mi hijo

- A. Moisés y Jesús
- B. El Hijo Primogénito de Dios
- C. Las plagas y el Faraón
- D. La Pascua y Nuestro Cordero Pascual

III. Realizando la Antigua Alianza

- A. Imágenes del Nuevo Éxodo
- B. La Prueba en el Desierto
- C. Un reino de sacerdotes, una nación santa
- D. El Becerro de Oro

IV. Después del Becerro de Oro

- A. Leyendo Levítico
- B. Números de la Segunda Generación
- C. Una “Segunda” Ley

V. Preguntas para Estudio



I. Repaso y Visión de Conjunto

Uno leído, 72 por leer

Tal vez se preguntarán, si con tres lecciones solamente hemos podido ver el primer libro de la Biblia, ¿cómo vamos a poder leer los demás en las tres lecciones que faltan? Un libro leído, ¡y quedan 72 para leer!

Recuerden, estamos realizando un vuelo de pájaro de la Sagrada Escritura en este curso. Queremos enseñarles los grandes temas que conectan los libros individuales de la Biblia unos con otros para convertirlos, de verdad, en “capítulos” de un solo libro, la “Palabra de Dios.”

Nuestro curso se estructura alrededor de las “cumbres” de la historia de la salvación: la alianza de la creación con Adán; el diluvio y la alianza con Noé; con Abraham; con Moisés en el Sinaí, con David, y por fin la Nueva Alianza que inauguró Jesucristo. Si entienden bien estas “cumbres” van a poder ver cómo cada libro de la Biblia se integra en el conjunto de la Palabra de Dios.

Esta es la razón por la que hemos pasado tanto tiempo en estudiar Génesis, y por la que vamos a tomar esta lección para hablar de la experiencia de los Israelitas como se cuenta en Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Antes de empezar sería bueno revisar las tres primeras lecciones. Tal vez esta vez se fijen en algo que no les llamó la atención en la primera lectura: hemos estado escogiendo ejemplos de todas partes de la Biblia para entender lo que estamos leyendo. Hemos visto cómo varias historias de Génesis fueron entendidas e interpretadas en casi una docena de libros del Antiguo Testamento, en cada uno de los Evangelios, en las epístolas del Nuevo Testamento y en el Libro de Apocalipsis.

No dejen de buscar las citas y referencias que hacemos a otros libros de la Biblia. Primero, les va a dar más familiaridad con la Biblia entera. Pero, en segundo lugar, y más importante, esto va a profundizar su entendimiento, ayudándoles a leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo y el Nuevo a la luz del Antiguo.

En esta lección, también, noten estos tipos de conexiones, especialmente en el Libro del Éxodo, donde vamos a encontrar imágenes e ideas que recurren una y otra vez en el Antiguo y el Nuevo Testamentos: la figura de Moisés, la idea del “Cordero de Dios”, la Pascua y más.



La Historia hasta este punto

A manera de resumen breve, esto es lo que hemos visto hasta hoy.



Dios creó el mundo de la nada, y creó al hombre y a la mujer “a su imagen y semejanza” como sus hijos, para tener dominio sobre su divino reino en la tierra. Dios realizó una alianza con ellos, prometiendo derramar sus bendiciones sobre ellos, y por ellos sobre el mundo entero.

Pero Adán y Eva rompieron esa alianza, rechazando su real derecho de primogénitos hijos de Dios. Creciendo en exilio del santuario del jardín original, sus hijos llenan el mundo con sangre y todo tipo de males.

Entonces Dios en efecto creó el mundo de nuevo, destruyendo lo malo y salvando lo justo en un gran diluvio. Empezó su familia de nuevo con la familia de Noé. Pero Noé cae también, y el mundo se llena con disturbios. El esfuerzo de las naciones en construir una torre que alcanzara los cielos para darle gloria a sus *propios nombres*, y no al nombre de Dios, ilustra su desviación.

Desde Babel, Dios dispersa las naciones a los cuatro puntos cardinales de la tierra, dividiendo la familia humana por una multitud de lenguas y culturas, confundiendo su hablar e imposibilitando que se entiendan y trabajen en coordinación.

Una vez más Dios suscita un justo, por quien espera restablecer la familia de Dios que ha sido su intención desde el inicio. Realiza una alianza con Abraham y le promete una descendencia que durará perpetuamente, por la cual Dios bendeciría a todas las familias y naciones del mundo.

Al final de Génesis, la descendencia de Abraham es grande, consiste de doce tribus, cada una encabezada por un hijo de Jacob, quien fue hijo de Isaac, hijo de Abraham. Por varios pormenores, el Pueblo Elegido de Dios, los hijos de Abraham, ahora identificados como hijos de Israel (el nuevo nombre dado por Dios a Jacob) se encuentran en Egipto.

En esta lección, veremos cómo la familia de Dios creció de ser una red de patriarcas tribales a ser una nación completa, bajo el liderazgo de un salvador y legislador asignado por Dios, Moisés.



II. De Egipto llamé a mi hijo

Moisés y Jesús

El inicio del libro de Éxodo debe recordarles algo. ¿Qué otra figura en la Biblia nació bajo la amenaza de muerte, por un tirano que ha decretado la muerte de todos los niños varones?

En la historia de Navidad sabemos que Herodes mandó tropas a Belén para matar a todos los niños hebreos (cfr. Mt 2:16). En Éxodo, el Faraón tiene un plan más insidioso para lograr el infanticidio: él ordena que las parteras de Egipto maten a cada niño varón que nace (Ex 1:15-16).

Moisés, incidentalmente, es salvado por un “arca” (es la palabra literal que se traduce “canastillo de junco” en Ex 2:3; de hecho, es la misma palabra usada con el arca de Noé en Gen 6:14).

El niño Moisés y el niño Jesús se salvan por el esfuerzo de miembros de su familia, Moisés por su madre y su hermana (Ex 2:1-10) y Jesús por su madre y padre (Mt 2:13-15; Ex 2:5-10). Y los dos quedan en el exilio por un tiempo, regresando cuando ya han muerto los que querían matarles (Mt 2:20 y Ex 4:19).

Hay muchos paralelismos entre Jesús y Moisés. Por ejemplo, Jesús ayuna por 40 días y noches en el desierto como hizo Moisés (Mt 4:1 y Ex 34:28); y como Moisés, Jesús sube a un monte y da una ley de alianza a su pueblo (cfr. Mt 5-7; Dt 5:1-21).

Moisés es el prototipo de todos los hombres de Dios mencionados en la Biblia. Los evangelistas, especialmente San Mateo, presentan a Jesús como un “nuevo Moisés”, un nuevo líder y rey, salvador y redentor, maestro, taumaturgo y profeta sufriente.

Y la historia de Moisés, especialmente por los elementos de la Pascua de los judíos, el partir el mar, la peregrinación en el desierto, y el pan de cada día del cielo, tiene un significado muy profundo para los católicos cuando leemos la Biblia.



El Hijo Primogénito de Dios

Moisés es llamado por Dios a librar a los Israelitas de su esclavitud en Egipto.

¿Qué motiva la acción de Dios? Actuó “acordándose de la alianza que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob” (cfr. Ex 2:24; Sal 105:8-11). Es por eso que se identifica repetidamente ante Moisés como “el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob” (cfr. Ex 3:6, 13, 15; 6:2-8).

Dios había avisado a Abraham en un sueño que el pueblo sería esclavizado y oprimido por 400 años, pero que Dios los libraría (cfr. Gen 15:13-15). En este punto de la historia, los Israelitas han estado



en Egipto por 430 años, los primeros 30 años como invitados con privilegios por ser parientes del primer ministro del Faraón, José, y los demás años como esclavos (cfr. Ex 12:40).

Había llegado el tiempo para cumplir su promesa a Abraham, hacer de sus descendientes una gran nación y darles una tierra propia, bella y abundante (cfr. Gen 28:13-15).

Dios manda a Moisés a decir al Faraón que “Israel es mi hijo, mi primogénito” (Ex 4:22; Sir 36:11).

Otra vez Dios quiere establecer su santa familia. Esto es evidente cuando dice a Moisés: “Los tomaré a ustedes como pueblo mío, y yo seré su Dios” (Ex 6:7). Esto anticipa la alianza que va a hacer con ellos en el Sinaí (Ex 19:5).

Fíjense en el perfil de Dios en Éxodo, lo que dice y lo que no dice. Él no es un Creador apartado o distante.

En Éxodo, Dios se revela verdaderamente como el divino Padre de Israel (cfr. Dt 32:6). Salva a sus hijos (cfr. Ex 12:29-31), los viste (cfr. Ex 12:35-36), los guía (cfr. Ex 13:21-22), les da de comer (cfr. Ex 16:1-17:7), los protege (cfr. Ex 14:10-29; 17:8-16), les enseña (cfr. Ex 20:1-17; 21:1-23, 33), y habita entre ellos (cfr. Ex 25:8; 40:34-38).

En pocas palabras, es un Padre para ellos (cfr. Os 11:1).

No es solamente un Padre para Israel. Israel es su hijo *primogénito* pero no *único*. Dios es Dios de todas las naciones y quiere ser padre de las otras naciones también. Pero Israel es su primogénito, su orgullo y su gozo. Israel es llamado de Egipto para mostrar a las naciones la manera de vivir como hijos.

Israel, y su líder, tienen que ser justos antes que pueda predicar justicia a las otras naciones. Esto es lo que está pasando en esa extraña escena antes del encuentro con el Faraón cuando dice que Dios quiso *matar* a Moisés (Ex 4:24-26).

Dios está en serio con respecto a su alianza, y nadie puede ser exento de sus exigencias. Moisés estaba violando la alianza de Dios con Abraham. Su hijo, Gerson no había sido circuncidado como Dios mandó (cfr. Gn 17:9-14). La mujer de Moisés, Séfora, decide el asunto y hace la circuncisión, salvando la vida de Moisés.



Las plagas del Faraón

El Faraón es castigado, su nación puesta bajo juicio, por no respetar los derechos del hijo primogénito de Dios.



El Faraón comete el grave error de burlarse del poder del Dios de Moisés (cfr. Ex 5:2). En las diez plagas que Dios le manda, el castigo es para el Faraón, y representa un juicio contra los muchos dioses de Egipto (cfr. Ex 12:12; Nm 33:4):

En contra del supuesto dios del río Nilo, Hapi, se manda la plaga de sangre (cfr. Ex 7:14-25).

Heket, la diosa de las ranas, es burlada por medio de la plaga de ranas (cfr. Ex 8:1-15).

En contra del dios toro, Apis, y la diosa vaca, Hathor, se manda la plaga del Ganado (cfr. Ex 9:1-7).

En contra del supuesto dios del sol, Re, se manda la plaga de tinieblas (cfr. Ex 10:21-23).

Los estudiosos piensan que cada una de las plagas está vinculada con una deidad específica. Hasta la última plaga que mata a los primogénitos de Egipto hace referencia a los dioses políticos de Egipto, porque el Faraón era adorado como un dios y sus hijos divinizados en ceremonias especiales.

Por estas acciones, obradas por Moisés, Dios demostró su poder, dando prueba que el Dios de Israel era “un dios más grande que cualquier otro” (cfr. Ex 18:11; 9:16; 11:9).



La Pascua y Nuestro Cordero Pascual

Los primogénitos de Israel no sufren en la última plaga y se salvan del destino de los primogénitos de Egipto.

Tenemos que leer la historia de la Pascua cuidadosamente. Esta historia tiene gran influencia para la forma y el sentido de lo demás del Antiguo Testamento. Es muy importante para entender las creencias católicas sobre el sentido de la cruz, la salvación ganada para nosotros en la cruz, y el memorial de nuestra salvación que celebramos en la Misa.

La historia de la Pascua es uno de los dramas del Antiguo Testamento que define todo el sentido del conjunto. Más allá, nos señala el drama definitivo de toda la historia de la salvación, el sacrificio de Jesús en la Cruz.

Desde sus primeros días, la Iglesia ha entendido la crucifixión y la resurrección como “la Pascua del Señor” (CIC n. 557-559, 1174, 1337, 1364, 1402). La Eucaristía, es el memorial de la Pascua del Señor.

Por esta razón, el sacerdote nos presenta la hostia consagrada y dice: “Este es el Cordero de Dios... Dichosos los invitados a la Cena del Señor”. La liturgia está combinando dos pasajes del Nuevo Testamento (cfr. Jn 1:29; Apoc 19:9). ¿Pero por qué Jesús tiene este título en el Nuevo Testamento? La respuesta está en la historia de la Pascua.



La Antigua creencia de la Iglesia está basada en la interpretación de la historia del Éxodo, iniciada por Jesús y los autores del Nuevo Testamento.

Leamos adelante en la narración de la crucifixión en San Juan (cfr. Jn 19). Cuando Cristo es condenado, San Juan nota que “era el día de los preparativos para la Pascua, cerca de medio día.” ¿Por qué este detalle? Porque este era el momento preciso en que los sacerdotes de Israel sacrificaban los corderos para la Cena Pascual (cfr. Jn 19:14).

Más tarde, los soldados burlones le dan a Jesús una esponja empapada con vino. Lo levantan hasta Él con una rama de hisopo. Es el mismo tipo de hisopo que los Israelitas usan para untar los postes de sus puertas con la sangre del cordero pascual (Jn 19:29; Ex 12:22).

¿Y por qué los soldados no quiebran las piernas de Jesús (Jn 19:33, 36)? San Juan lo explica con una cita del Éxodo, diciéndonos que era porque las piernas de los corderos pascuales no se quebrarían (cfr. Ex 12:46; Nm 9:12; Sal 34:21).

Hay más paralelismos que podemos sacar en el Evangelio de San Juan y en los otros evangelios. La crucifixión es presentada en el Nuevo Testamento como un sacrificio pascual. Jesús es a la vez el cordero sin mancha y el Sumo Sacerdote que ofrece el Cordero en sacrificio. Para los autores del Nuevo Testamento, lo que estamos leyendo ahora en Éxodo es una señal que nos dirige a Jesús.

En la Pascua, Israel fue liberado por la sangre del cordero sacrificial sin mancha untada en los postes de sus puertas. El cordero muere en vez del primogénito, es sacrificado para que viva la gente, “salvados por la sangre del Cordero” (cfr. Apoc 5:12; 7:14; 12:11). Es lo mismo con la Pascua del Señor, su cruz y resurrección. El cordero de Dios muere para que el pueblo de Dios pueda vivir, salvado “por la sangre del Cordero” (cfr. Apoc. 7:14; 12:11; 5:12).

“Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, fue inmolado” dice San Pablo (1 Cor 5:7). En la cruz, San Pedro nos dice, Jesús era “un cordero sin defecto ni mancha”. Por su “sangre preciosa” fuimos “rescatados” de la cautividad del pecado y la muerte (cfr. 1 Pe 1:18-19).

Esto es lo que está pasando en Éxodo. Los hijos e hijas primogénitos de Dios son “rescatados” o “redimidos”, liberados de la cautividad y la esclavitud (cfr. Ex 6:6; 15:13; Sal 69:18; Is 44:24; Gen 48:10).

Los Israelitas recibieron instrucción de recordar la primera Pascua cada año, comiendo la carne asada del cordero pascual. Y en su última cena, celebrada durante la Pascua, Jesús enseña a sus seguidores a recordar Su Pascua en la Eucaristía, en que comemos su carne y bebemos su sangre (cfr. Jn 6:53.58).



III. Realizando la Antigua Alianza

Imágenes del Nuevo Éxodo

La gran obra de Dios de liberación en el Éxodo moldeó la identidad y la imaginación de los Israelitas. Vamos a encontrar referencias a este Éxodo en muchas partes del Antiguo Testamento.

El Éxodo fue la señal divina que convenció a los Israelitas que eran el pueblo escogido por Dios. ¿Cuál otro pueblo podría decir que Dios lo liberó personalmente en su tiempo de prueba?

Escuchamos esta fe en la canción que Moisés canta cuando el pueblo llega al otro lado del Mar Rojo: “¿Quién como tú, Yavé, entre los dioses?...Guiaste con amor al pueblo que rescataste...Lo oyeron los pueblos y se turbaron...mientras pasó el pueblo que compraste” (Ex 15:11, 13, 14, 16).

La memoria de las obras maravillosas acá en Éxodo, se volvieron la fundación de la identidad de Israel y la base de todas sus esperanzas en el futuro.

Más tarde en el Antiguo Testamento, cuando Israel por su pecado había caído en cautividad y exilio, los profetas predecirán un “nuevo Éxodo” dirigido por un Mesías, un nuevo Moisés, que traería una mayor redención y liberación del pueblo de Dios (cfr. Is 19:25, 27; 11:15-16; 43:2, 16-19; 51:9-11). Este nuevo Éxodo, como predijo Jeremías, marcará el inicio de una “Nueva Alianza” (cfr. Jer 23:7-8; 31:31-33).

En el Nuevo Testamento, Jesús es el Nuevo Moisés, guiando un nuevo éxodo, liberando al Pueblo de Dios de su último enemigo, el pecado y la muerte. Veremos todo esto en la última lección, cuando veamos con más detalle el Nuevo Testamento.

Mientras leemos la historia del pueblo cruzando el Mar Rojo y de la prueba de Israel en el desierto más allá del mar, necesitamos recordar cómo estas escenas son entendidas en el Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento, y por toda la tradición de la Iglesia, estos eventos históricos se describen como símbolos de los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía.

Como los Israelitas pasaron por las aguas a la libertad y a una nueva identidad de pueblo escogido de Dios, así también el cristiano en el bautismo es liberado del pecado y hecho hijo de Dios. Y como los Israelitas recibieron maná del cielo y agua de la roca, al cristiano le es dado el pan celestial y la bebida espiritual de la Eucaristía.

Nuestros antepasados...recibieron ese bautismo de la nube y del mar,” escribió San Pablo, “Todos comieron del mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual, el agua que brotaba de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo” (cfr. 1 Cor 10:1-3)



La Prueba en el Desierto

San Pablo también dijo que debemos leer la narración de la prueba de Israel en el desierto como “escrito para instruir a los que vendrían en los últimos tiempos, es decir, a nosotros” (1 Cor 10:11).

A pesar de todos los signos y maravillas obrados por Dios, la historia de la peregrinación de los Israelitas al Sinaí después del Éxodo es una historia de terquedad y ceguera, de la incapacidad del pueblo para confiar que Dios estaba con ellos, y que el Dios que los libró también los iba a cuidar en el camino.

Muy luego, murmuraron en Mará que el agua era demasiado amarga, y Dios respondió dando a Moisés el poder de dulcificarla (Ex 15:22-25).

Un mes después, estuvieron murmurando sobre la comida en el desierto de Sin. Dios les dio maná del cielo, proveyendo el pan de cada día por 40 años (Ex 16). Este es el maná que Jesús dijo que era símbolo de la Eucaristía (cfr. Jn 6:30-59).

Pero esto no es prueba suficiente para ellos. Tenían sed en Meribá y Masá y pusieron a Dios a prueba: “¿Está o no está el Señor con nosotros? (Ex 17:2, 7). Entonces Moisés golpeó la roca, como Dios le instruyó, y las aguas brotaron para la gente.

Cuarenta años después, en el libro de Deuteronomio, Moisés explicó a los Israelitas que Dios hizo todo esto “para probarte y conocer lo que había en tu corazón, si ibas o no a guardar sus mandamientos...Dense cuenta de que el Señor su Dios los ha corregido del mismo modo que un padre corrige a su hijo” (Dt 8:2-5).

¿Por qué Dios prueba a Israel si Él sabe todo desde siempre? La respuesta se encuentra en lo último que dijo Moisés: Las pruebas son una forma de disciplina paternal por la cual Él fortalece a su hijo.

Dios no prueba a Israel para aprender algo que no sabe desde antes. Lo prueba para hacerle más fuerte, para enseñar a la gente lo que ellos no saben: cuánto necesitan a Dios, cómo, sin Él, no serían nada. Dios los probó, dice Moisés, para que no se equivocaran y pensarán que su libertad y su prosperidad se debían sólo a sus propios esfuerzos.

“No se les ocurra pensar: ‘Toda esta riqueza la hemos ganado con nuestro propio esfuerzo’. Deben acordarse del Señor su Dios, ya que ha sido Él quien les ha dado las fuerzas para adquirirla, cumpliendo así con ustedes la alianza que antes había hecho con los antepasados de ustedes” (Dt 8:17-18).



Un reino de sacerdotes, una nación consagrada

En el Sinaí, Dios revela su intención plena para con su pueblo escogido, el porqué los llevó sobre alas de águila y los trajo a estar con Él (cfr. Ex 19:4). Dios quiere que su hijo primogénito, su propio pueblo, sea un reino de sacerdotes, una nación consagrada” (Ex 19:6).

En la alianza del Sinaí, llegamos a un punto clave de la historia de la salvación. Recuerden lo que hemos visto: Cuando Dios realiza una alianza, está formando una familia. Está emparentándose con la gente, creando hijos e hijas de adopción.

Tomen en cuenta, también, que las imágenes del Antiguo Testamento nacen de la forma de la familia en la antigüedad. En la antigua familia, los padres eran a la vez “reyes” (gobernantes, legisladores, protectores) de su familia y también “sacerdotes” quienes presidían la familia en el culto y el sacrificio. El hijo “primogénito” era el que heredaba la autoridad y las funciones reales y sacerdotales del padre.

Desde Adán, Dios había estado buscando a un “hijo primogénito” digno de su llamada a guardar y proteger la creación, ofrecerle sacrificios de alabanza y acción de gracias, ser luz para todos los pueblos, y habitar con Él íntimamente.

Adán fue el padre fundador, hecho señor de la creación e investido con funciones sacerdotales para guardar y cultivar la creación de Dios (Gn 1:26; 2:15). Noé también fue padre de familia, y sus descendientes los “primogénitos” con quienes Dios repobló la tierra después del diluvio. Dios entonces escogió a Abram, cuyo nombre significa “padre poderoso” y lo transformó en *Abraham*, nombre que quiere decir “padre de una multitud”.

En toda esta historia vemos que Dios es forzado a ignorar a los primogénitos en muchas instancias por ser demasiado orgullosos, injustos y violentos. Hemos visto esto en el caso de Caín, Ismael y Esaú, para dar solamente tres ejemplos. De hecho, entre todos los “primogénitos” en Génesis, solamente la descendencia de Sem fue fiel.

Pero Dios siguió fiel a su plan y a su promesa. Con Israel, su primogénito, está iniciando otra vez. Ellos serán su familia, sus herederos reales. Por eso, Moisés instruyó que el primogénito de Israel fuera consagrado a Dios y así dedicado a su servicio sacerdotal (cfr. Ex 13:2, 15; 24:5).

Aquí en el Sinaí, Dios revela que Él quiere que Israel sea en la familia de las naciones lo que fue el primogénito del antiguo sistema de familia: sacerdote y rey.

Dios está haciendo una nación de su familia, pero una nación singular. Israel será una “nación consagrada,” apartada de las otras naciones, un ejemplo de santidad y justicia, un instrumento por el cual Dios extiende su salvación a todas las naciones.



La alianza de Dios en el Sinaí, como hemos visto, es para cumplir su promesa de bendecir a todas las naciones del mundo por medio de los descendientes de Abraham. Así Israel es consagrado “luz de las naciones” en el Sinaí, para guiarlas en los caminos de la santidad (cfr. Is 42:6; 49:6).

Pero siempre con una condición. Dios dice en el Sinaí, “Si de veras me obedecen y guardan mi alianza, serán mi propiedad personal... un reino de sacerdotes” (Ex 19:5).

La alianza de Dios es condicional. Para experimentar sus bendiciones, Israel tiene que cumplir su alianza, obedecer sus condiciones (que se encuentran en Ex 20-23). Si no cumplen su alianza, serán “no-pueblo” y su número borrado de la faz de la tierra (cfr. Dt 32:21; Os 1:9; 1 Pe 2:10).

Debemos leer los Diez Mandamientos y las leyes que los siguen como una ley familiar de la alianza, un código de la casa del Señor. Estas leyes gobiernan relaciones dentro de la creciente familia nacional de Israel. Enseñan cómo resolver conflictos, cómo tratar a esclavos, qué respuesta dar a actos de violencia, cómo es que hay que restituir robos y daños a la propiedad; y cómo relacionarse con la autoridad, divina o humana.

Después de escuchar las palabras de Dios, Israel jura cumplir la alianza (cfr. Ex 19:8; 24:3, 7). Moisés construye un altar con 12 pilares, simbolizando que todas las tribus de Jacob han aprobado la alianza (cfr. Ex 24:4).

Moisés toma la sangre de los animales sacrificados y rocía al pueblo, explicando que “Esta es la sangre de la Alianza que Yavé ha hecho con ustedes” (Ex 24:8). Sangre es el símbolo de las relaciones familiares. Esto es lo que realiza la alianza, hace del pueblo de Israel hijos e hijas de Dios.

Jesús ocupa las mismas palabras en la Última Cena, pero agrega la palabra “nueva” indicando que por su sangre derramada en la cruz por muchos, Dios está realizando una Nueva Alianza (cfr. Mc 14:24; Mt 26:28).

Esto es un signo para nosotros que lo que estamos leyendo aquí en el Éxodo “prefigura” la Nueva Alianza. Es un cumplimiento parcial del plan de Dios. El total cumplimiento lo hará Jesús.

Esta Nueva Alianza será “por muchos” (como el “pro multis” del nuevo sacramentario en las palabras de consagración, quiere decir “por todos”). En la Nueva Alianza, Jesús promete a sus doce apóstoles que se sentarán en juicio sobre las doce tribus de Israel (Lc 22:30) y como el altar en el Sinaí se construyó sobre doce pilares representando las doce tribus, la Iglesia de Jesús será fundada sobre “los doce apóstoles del Cordero” (Apoc 21:12, 14).

Todas las alianzas se sellan con una comida ritual, razón por la que Moisés y los 70 ancianos se sientan a comer en la presencia de Dios (Ex 24:9-11).

Más tarde, cuando Israel está en el exilio como consecuencia de romper la alianza, los profetas recordarán esta intimidad con Dios, ese comer y beber en su presencia, y enseñará al pueblo a esperar el día de un nuevo banquete, cuando otra vez comerán en Su presencia en Su santo monte (cfr. Is 55:1-3; Prov 9:1-6).



Esta esperanza también es cumplida en la venida de Jesús, quien habla del Padre haciendo un banquete de bodas para su Hijo (Mt 22:1-14) y describe el reino de Dios como una gran fiesta (cfr. Lc 14:12-14).



El Becerro de Oro

Al no más ratificar su alianza con Dios, el pueblo cayó en idolatría. Moisés sube al monte para recibir instrucciones detalladas sobre la construcción y decoración del arca, donde habitaba Dios (cfr. Ex 25-31), y mientras tanto el pueblo abajo hace un becerro de oro y empieza a adorarlo.

Los rabinos antiguos decían que lo que el fruto prohibido fue para Adán, así fue el becerro de oro para Israel. Fue una segunda pérdida de la gracia. El becerro es una imagen de Apis, el dios egipcio de la fertilidad, y el culto que le da Israel es una parodia de la alianza de Sinaí. Como hizo Moisés, construyeron un altar, madrugaron para ofrecer sacrificios y comieron y bebieron en una comida ritual. También, dice la Sagrada Escritura, “se levantaron para divertirse,” un eufemismo por decir que participaron en orgías como las asociadas con el culto de Apis (Ex 32:1-6).

Dios deshereda a Israel. Hay que notar cómo expresa esto. No habla de los Israelitas como su pueblo especial (cfr. Ex 3:10; 5:1; 6:7). Le dice a Moisés que los Israelitas son “tu pueblo, que tú has sacado de la tierra de Egipto (Ex 32:7).

Moisés intercedió por el pueblo, hasta ofrecer ser borrado del libro de la vida por ellos (Ex 32:31-32).

Aunque merecen morir por violar la alianza, y de hecho los levitas matan a 3,000 de ellos, el pueblo es perdonado por Dios. Pero la condición de Israel no era la misma. Nunca jamás se habló de Israel en el Antiguo Testamento como “reino de sacerdotes y nación consagrada.”

El plan de Dios para un reino de sacerdotes tuvo que esperar hasta la fundación de la Iglesia (1 Pe 2:5-9; Apoc 1:6).

Los primeros cuatro capítulos de Números nos narran lo que pasó inmediatamente después del acontecimiento del becerro de oro. Moisés hace un censo detallado (la razón por el nombre del libro) y establece la autoridad de los Levitas.

Los Levitas, la única tribu que no adoró el becerro de oro y los únicos que contestaron la llamada de Moisés (Ex 32:26), son “consagrados” u ordenados sacerdotes para la nación (Ex 32:26-29). Ya los hijos primogénitos no van a heredar el rol sacerdotal del padre de familia. Los Levitas son escogidos en vez de los hijos primogénitos (Num 3:11-13.45).



Por la primera vez, una distinción se hará entre sacerdote y laico. Antes cada primogénito era un sacerdote (cfr. Ex 13:2, 15; 24:5). Después, cualquiera que no es Levita y pretende ejercer funciones sacerdotales: “El que se acerque morirá” (Num 3:10).



IV. Después del Becerro de Oro

Leyendo Levítico

El carácter de la relación entre Dios y su pueblo escogido ha cambiado. Dios no puede habitar entre su pueblo. Los Levitas tienen que estar entre Dios y su pueblo. Así terminamos nuestra lectura de Éxodo y empezamos Levítico.

Levítico es parte de la renovación de la alianza necesaria por la rebeldía asociada con el becerro de oro. El pecado de Israel fue tan grave que requirió una segunda legislación.

Los Diez Mandamientos en esencia fueron una ley moral, pero esta segunda ley es más jurídica y ritual, incluyendo el castigo de criminales y las reglas para el sacrificio de animales. La segunda ley refleja la condición de Israel caído después del becerro de oro. Es tan detallada que llena la última parte de Éxodo (capítulos 33-40), todo el libro de Levítico y los primeros diez capítulos de Números.

Recuerden esto mientras leen los capítulos de Levítico. Es el manual de los sacerdotes levíticos. Antes del becerro de oro, el Levítico no hubiera sido necesario. Después del becerro de oro, el Levítico fue necesario. No hay que fijarse tanto en todas las prescripciones de la ley ritual, pero no deben ignorar el libro con la idea de que ya no aplica a nosotros los Católicos. Levítico es la continuación de la historia del éxodo de la familia de Dios.

Hay que recordar al leer de los riñones y las entrañas y todos los detalles cruentos de los sacrificios, que Dios originalmente no quiso sacrificio de animales. Él no tiene necesidad de que se sacrifiquen millones de vacas y cabros. Lo que Dios siempre prefiere es la alabanza de alguien que camine con Él en un espíritu contrito y humilde (Sal 50:8-14; Sal 51:18-19).

El sistema sacrificial es impuesto como un tipo de castigo corporativo de la nación entera. Los tres animales que Dios pidió a Israel en sacrificio—reses, ovejas y cabros—eran venerados como dioses por los egipcios.

Dios trató a Israel como si su pueblo fuera adicto a la idolatría. Como hemos visto, fue más fácil sacar a Israel de Egipto que sacar a Egipto de Israel.

Los sacrificios de animales requeridos por la ley fueron un recuerdo de su apostasía con el becerro de oro. Cada día a la fuerza tenían que recordar su pecado y hacer penitencia, ritualmente sacrificando los “dioses” que adoraban antes. De esta manera, Dios esperó liberar el corazón de Israel de la esclavitud de la idolatría (cfr. Jos 24:14; Ez 20:7-8; Hech 7:39-41).



Haciendo Números de la Segunda Generación

Los Levitas tenían la misión de asistir a la segunda generación de Israel, y enseñarle el camino de la santidad para que no cayera como la primera. Pero tampoco aprendió la segunda generación. Lo veremos en las historias narradas en Números, empezando con la partida de la gente del Sinaí (cfr. Num 10:11).

Números narra la historia de la segunda generación y sus pruebas en camino a la Tierra Prometida. Los hijos de los que salieron de Egipto se hicieron aun más infieles que sus padres. Finalmente, fueron condenados a vagar en el desierto por 40 años, “sufriendo por su infidelidad” (cfr. Num 14:33-34).

Aún durante sus recaídas, Dios nos dio signos del Redentor que iba a mandar:

Por ejemplo, Moisés levanta la serpiente de bronce para sanar a los Israelitas incrédulos, prefigurando la cruz (cfr. Num 21:4-9; Jn 3:14).

Y el profeta mercenario, Balaam, mandado a hacer una maldición a Israel, es utilizado por Dios para pronunciar una profecía que: “un astro se levanta desde Jacob, un cetro se yergue en Israel.” Recordamos esta profecía en la liturgia del tiempo de Navidad, y se asocia la estrella de Balaam con la que siguieron los Magos (cfr. Num 24:15-17; Mt 2:1-2).

La infidelidad de la segunda generación, sin embargo, culmina en la zona oriental fronteriza a la Tierra Prometida, en la llanura de Moab. Allí Israel es seducido y le da culto a Baal de Peor, un dios de los moabitas (Num 25).

Hay semejanzas entre esta historia y la del becerro de oro (cfr. Ex 34). La adoración de un dios falso es acompañada con inmoralidad ritual y es castigada con una matanza de Israelitas. En el acontecimiento del becerro de oro, los levitas se distinguieron con su celo y sus espadas. Esta vez, un cierto levita, Finjas, en su celo por el Señor, mata una pareja de idólatras. Por esto Dios le recompensa prometiéndole “darle el sumo sacerdocio para siempre, a él y a su descendencia” (cfr. Num 25,13).



Una Segunda Ley

Lo que fue el escándalo del becerro de oro para la primera generación en Sinaí, así fue el episodio de Baal Peor en la llanura de Moab para la segunda.



Números explica por qué Deuteronomio fue necesario. Escrito 40 años después del Éxodo, Deuteronomio es literalmente “la segunda ley” para gobernar las 12 tribus laicas. Fue elaborado inmediatamente después de la apostasía y el pecado del culto de Baal Peor.

Fíjense que la ley es hecha por Moisés, no por Dios. Es la gran diferencia con la Ley del Sinaí, presentada en las propias palabras de Dios y entregada personalmente por Él. Deuteronomio, explicará Jesús, es la ley de Moisés, una ley para los duros de corazón (cfr. Mt 19:8).

Basado en su trayectoria desde el éxodo, Moisés sabe que el pueblo no puede alcanzar a cumplir la ley del Sinaí, y mucho menos los estándares de santidad propuestos para los levitas. Deuteronomio es una ley para niños rebeldes. Esto explica por qué en Deuteronomio Moisés da permisos insólitos en la Biblia, de cosas que parecen contradecir las normas de la alianza de Sinaí.

Entre otras cosas, Moisés permite el divorcio y segundas nupcias (Dt 24:14); casarse con esposas esclavas y extranjeras (cfr. Dt 21:10-14), y la guerra genocida contra los Canaanitas (cfr. Dt 20:16-17). En cada caso, estas concesiones son “males menores.” Por ejemplo, la justificación de matar a los canaanitas es por la tentación de paganismo que representan.

Esta no es la ley de Dios, sino la legislación de concesiones. Moisés estaba tratando con una gente dura de cerviz. Como Dios le explicó después al profeta Ezequiel, “Y hasta llegué a imponerles leyes que no eran buenas y mandamientos con los que no podían encontrar la vida” (Ez 20:25).

No es que Dios había abandonado la idea de que el pueblo debe ser santo. Exigiendo que Israel ofreciera en sacrificio los primogénitos de sus rebaños y hatos (cfr. Dt 15:19-20) en un santuario central (cfr. Dt 12:5-18), Moisés esperaba recordar a Israel su llamada a la santidad. Pero los estándares del pueblo eran muy bajos en comparación con los de los levitas.

Estudiosos han podido ver que mientras la alianza de Éxodo tiene semejanzas con las “alianzas familiares” del mundo antiguo, Deuteronomio se asemeja a los convenios hechos entre reinos y los estados vasallos que habían conquistado. Y Deuteronomio es un yugo muy duro, impuesto a Israel como una carga, para quebrantar el corazón duro del pueblo. Sin embargo, Moisés predice que esta ley no los salvará de las maldiciones consecuentes de no cumplir la alianza.

De hecho, él profetiza que todas las maldiciones de la alianza caerán sobre Israel un día (cfr. Dt 30:1-19; 31:16-29).

Primero, sugiere que las maldiciones son condicionales: “si no obedeces la voz de Yavé” (Dt 28:15), y describe con sombrío detalle los castigos del exilio, saqueo y otros sufrimientos (cfr. Dt 28:16-68).

Sin embargo, dos capítulos después, dice con seguridad que todas esas maldiciones caerán sobre Israel. Pero, cuando caigan, promete Moisés, Dios los salvará otra vez, mostrándose misericordioso, “si vuelven al Señor ustedes y los hijos de ustedes y lo obedecen” (Dt 30:1-2).

Las maldiciones que Israel tendrá que aguantar, profetiza Moisés, por último los llevará al arrepentimiento. Y entonces, dice él, “Yavé, tu Dios, circuncidará tu corazón y el corazón de tus



descendientes para que ames a Yavé con todo tu corazón y con toda tu alma y para que vivas” (Dt 30:6).

Fíjense que anteriormente, Moisés había ordenado al pueblo circuncidar sus corazones (cfr. Dt 10:16). Sin embargo, aquí al final del Deuteronomio, reconoce que Israel no es capaz de hacerlo, que solamente la gracia de Dios puede cambiar los corazones del pueblo.

Esta es la promesa que los profetas enseñaron esperar a Israel durante sus años de exilio y cautividad.

Ezequiel promete que Dios le dará al pueblo un nuevo corazón, quitando sus corazones de piedra (cfr. Ez 36:22-28). Jeremías, en el único pasaje del Antiguo Testamento que habla específicamente de la “Nueva Alianza,” dice que Dios escribirá su ley en el corazón del pueblo (cfr. Jer 31:31-33).

Estas promesas esperarán su cumplimiento hasta la venida de Jesús. Moisés había profetizado la venida de “un profeta como yo” (cfr. Dt 18:15). Jesús será ese profeta (cfr. Jn 6:14; 7:40; Hech 3:22; 7:37).

Pero el libro de Deuteronomio termina con la muerte de Moisés, de 120 años, encima del Monte Nebo. La tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob estaba a la vista, pero no le tocó entrar.

V. Preguntas para estudio

1. ¿Cuáles son algunos paralelos entre la vida de Moisés y la de Cristo?
2. ¿De cuál alianza está acordándose Dios cuando Él rescata a Israel de la esclavitud de Egipto?
3. ¿Por qué podemos decir que Dios se retrata en Éxodo como un Padre cariñoso de Israel, su primogénito hijo?
4. ¿Por qué la crucifixión y la resurrección de Jesús se llaman la “Pascua del Señor”? ¿Por qué podemos decir que la Pascua del Señor es semejante a la Pascua de Israel en el Éxodo?

Para orar y reflexionar:

Lee el discurso del Señor sobre el Pan de Vida (Jn 6:27-59) y después lee de nuevo la historia del maná en el Éxodo (Ex 16:1-5, 9-15). Pide en tu oración entender más profundamente el sentido de las palabras del Señor: “Sus antepasados comieron el maná en el desierto, pero murieron: aquí tienen el pan que baja del cielo, para que lo coman y ya no mueran” (Jn 6:49-50).



Lección Cinco

Hasta que venga el reino

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

- I. Resumen y Visión de Conjunto
- II. Entrando en la Tierra Prometida
 - A. Josué en Jericó
 - B. Aún quedan espinas y púas
 - C. Juzgando por sus debilidades
 - D. Nacido en Belén
- III. Aciertos y Errores de los Reyes
 - A. Ana la sierva
 - B. Forjando una monarquía
- IV. Pastor de Israel, Sacerdote y Rey
 - A. El Ungido del Señor
 - B. Jerusalén la Capital
 - C. Una Alianza Eterna
 - D. Recordando la alianza con Abraham
- V. Entrando en el Reino
 - A. Salomón
 - B. Salmos y Sabiduría
- VI. Dos Naciones bajo Dios
 - A. La división entre el Norte y el Sur
 - B. Suscitando Profetas
 - C. Buenos Reyes, Malos Reyes
 - D. Castigo por Babilonia
 - E. Escribiendo en el exilio
- VII. Después del exilio
 - A. Restauración y Reconstrucción
 - B. Persecución y Rebelión
 - C. Los tiempos de los Hasmoneos
 - D. La consolación de Israel
- VIII. Preguntas para estudio



I. Resumen y Visión de Conjunto

Esta lección es larga. Iremos del libro de Josué hasta el libro de Malaquías.

No hay que leer todo de un tirón. Pero una vez completada la lección, habremos terminado el Antiguo Testamento. Habrán leído cada libro del Antiguo Testamento en su contexto histórico y según la interpretación religiosa de la Iglesia Católica.

Al terminar esta lección vamos a tener una vista a grandes rasgos de toda la historia de la salvación relatada en el Antiguo Testamento. De aquí vamos a estar listos para un entendimiento más profundo del Nuevo Testamento, el tema de la próxima y última lección.

Antes de continuar la historia de la peregrinación de Israel a la Tierra Prometida, queremos recordarles las metas de este curso para principiantes:

Queremos darles un esquema, una guía básica, para su caminar por la Biblia. No vamos a ir versículo por versículo en cada libro. Pero si estudian y repasan estas lecciones tendrán un buen conocimiento de los temas claves y las cuestiones más importantes de cada libro y un buen entendimiento de la historia que narra la Biblia, desde su primera página hasta la última.

Para sacar provecho de estas lecciones, estudien con su Biblia abierta y busquen todas las citas que mencionamos. Hemos seleccionado y organizado estas citas para que vean cómo la Biblia es unida por ciertos temas y propósitos bien definidos, y sabrán cómo relacionar un libro con los otros. Con tan sólo leer las citas de cada estudio, habrán leído una porción significativa de la Sagrada Escritura.

Volvamos a la historia de nuestra salvación.



II. Entrando en la Tierra Prometida

Josué en Jericó

Reiniciemos con la historia de Josué, el sucesor que Moisés escogió personalmente (cfr. Dt 31:14-15, 23; 34:9).

El libro de Josué es puente entre el Pentateuco (nombre del conjunto de los cinco libros de Moisés: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) y los demás libros del Antiguo Testamento.

Bajo la dirección de Josué, el pueblo cruza el río Jordán y conquista mucha de la Tierra Prometida a Abraham, Moisés y los Israelitas (cfr. Gen 17:8; Ex 3:8) en una serie de campañas militares contra los reyes cananeos (cfr. Jos 1-12).

La batalla más famosa, en el sitio de Jericó, no fue siquiera una batalla (Jos 6). Conocemos la historia: por seis días los Israelitas marcharon alrededor de la ciudad presedidos por el Arca de la Alianza que Dios había mandado a hacer a Moisés en Sinaí para acompañar al pueblo en su peregrinación (cfr. Éx 25:10, 21-22; Num 10:22; 14:44) llevada por siete sacerdotes. El séptimo día, dieron siete vueltas a la ciudad, después sonaron las trompetas, dieron un gran grito y vieron las murallas derrumbarse.

La victoria fue un precedente de la conquista de la Tierra Prometida por los Israelitas: en cada etapa, se ganó las batallas no por poder militar sino por medio de los sacerdotes y la religión.

Como los Israelitas cruzaron el Mar Rojo a pie enjuto, siguiendo el pilar de humo, simbolizando la presencia de Dios, así Josué aparta las aguas del Jordán y el pueblo pasa a la Tierra Prometida, siguiendo el Arca de la Presencia de Dios (cfr. Ex 12-14; Jos 3:13-14). Se cruza el Jordán en el mismo mes que se había cruzado el Mar Rojo (cfr. Jos 3:15; 5:10) y, también como Moisés y el Éxodo, se realizan las circuncisiones y celebran la Pascua antes de pasar el río (Jos 5).

El Arca de la Alianza del Señor es crucial para entender el carácter religioso de la misión de Josué. Se verá que en los libros de Josué, Jueces, Reyes y Crónicas, el Arca de la Alianza es el símbolo definitivo de la elección de Israel por Dios como su pueblo escogido.

Dentro del Arca iban signos de la alianza de Dios con Moisés: las tablas de la Ley; la vara de Aaron, y el maná del desierto (Heb 9:4). El Arca fue el signo de la presencia real de Dios con Israel, su habitación.

Es importante notar que en el libro de Josué, el Arca no es solamente el símbolo de una deidad tribal o nacional, como las que tenían los paganos, sino signo del Señor del Universo, el único Dios, que quiere convivir con todos los pueblos.

Dice Josué: “¿Quieren una señal de que Yavé, el Dios vivo, está en medio de ustedes?...El Arca de la Alianza del Señor de toda la tierra va a atravesar el Jordán delante de ustedes” (cfr. Jos 3:10-11).



Aún quedan espinas y púas

A pesar de las victorias de Josué, Israel había conquistado mucho pero no toda la Tierra Prometida cuando él murió (Jue 1:27-36; 3:1-6).

El hecho de que no asegurara la tierra entera tendrá sus consecuencias en la historia del pueblo de Dios

Dios ordenó a Israel expulsar a todos los habitantes de Canaán y destruir todos los ídolos (cfr. Num 33:50-52). Si quedaran cananeos entre ellos—Dios los había amonestado—“serán para ustedes como espinas en los ojos y agujones en los costados, y yo los trataré a ustedes en la forma en que pensaba tratarlos a ellos” (cfr. Num 33:55-56).

A veces tenemos dificultad en comprender por qué Dios podría ordenar o permitir a los Israelitas hacer una guerra genocida contra los pueblos que habitaban en la Tierra Prometida (cfr. Dt 20:16-17).

Masacre, por supuesto, no es el camino de Dios. De hecho debemos entender estas órdenes como renuentes concesiones del Padre divino, su triste aceptación de la debilidad espiritual de su primogénito.

Más tarde, durante la monarquía de David y Salomón, y por la palabra de los profetas, el verdadero carácter de Israel se revelará. Su misión es ser un pueblo entre las naciones como signo de la providencia y sabiduría de Dios, un pueblo enviado a enseñar y convertir las naciones al camino del Dios vivo.

Dios sabía que sus hijos escogidos no estaban preparados espiritualmente y moralmente para vivir entre los paganos idólatras en la tierra al otro lado del Jordán. Ellos nunca iban a poder convivir entre los paganos sin sucumbir a la idolatría (cfr. Dt 20:18).



Juzgando por su debilidad

La historia que leemos en el libro de Jueces corrobora esto.

El “argumento” del libro de Jueces enseña la infidelidad de Israel, sus repetidas caídas en la trampa de idolatría de los dioses de los cananeos. El libro entero, de hecho, consiste en la prueba de la fidelidad de Israel a su alianza con Dios.

El narrador del libro de Jueces nos dice que Dios permitió a los paganos quedarse en la Tierra Prometida para probar la fidelidad de Israel a su alianza “para probar por ellos [los paganos] a



Israel... a ver si guardaban los mandamientos que Yavé había prescrito a sus padres por medio de Moisés” (Jue 3:1, 4).

Josué había previsto la debilidad de Israel. Al final de su vida, como Moisés, Josué llamó a Israel a renovar su alianza con Dios (cfr. Jos 24:13-28). Le dijo al pueblo que tenían que escoger: “digan hoy mismo a quién servirán, si a los dioses que sus padres sirvieron en Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos que ocupaban el país en que ahora viven ustedes” (Jos 24:15).

Sin embargo, Josué, como Moisés, había predicho que no iban a poder cumplir la alianza (cfr. Jos 24:19; Dt 31:16, 24-29).

Tenía razón. Israel no pasó la prueba. Este es el mensaje del libro de Jueces. Por eso, la historia que leemos aquí se repite en un ciclo de pecado, castigo, arrepentimiento y otra vez recaída.



Nacido en Belén

Sin embargo, en medio de la corrupción y debilidad de su pueblo, Dios continuaba desarrollando su plan de salvación. Esto es lo que aprendemos del libro de Rut, una historia real del “tiempo de los jueces” (Rt 1:1).

Rut aparece en este punto del canon de la Biblia para recordarnos que Dios estaba trabajando silenciosamente, de manera oculta y no solamente en los grandes eventos políticos y militares de la historia de Israel, sino también en las vidas escondidas de la gente ordinaria, incluyendo la de los no-israelitas, para cumplir las promesas de su alianza.

Durante la conquista de la Tierra Prometida por Josué, Dios ocupa a Rahab, una mujer, pagana y prostituta, para asegurar el éxito de su plan (cfr. Jos 2; Heb 11:31; Sant 2:25). Así mismo, en el tiempo de los jueces, Dios otra vez escoge a una mujer pagana, esta vez a la sirvienta Rut, para avanzar su plan de salvación, de la misma manera que también había involucrado a Rahab.

Rahab tiene la fe para reconocer el Dios de los Israelitas como un Dios verdadero (cfr. Jos 2:11; 6:25). Rut igualmente hace voto al Dios de Israel ocupando lenguaje de una alianza: “Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (Rt 1:16).

Rut se casa con Boaz, un hombre justo de Belén quien es, nos dice, hijo de Rahab (cfr. Rt 1:1, 19; Mt 1:5-6). Boaz engendra un hijo a Rut, Obed, que será el padre de Jesé. En el último párrafo del libro de Rut nos dice que Jesé “fue padre de David” (Rt 4:17).

Esta es la primera mención de David en la Biblia.



III. Los aciertos y errores de los reyes

Ana la sierva

El establecimiento del reino eterno de David, tema que ocupa el resto de la Biblia, incluyendo el Nuevo Testamento, es introducido por Samuel, el último de los jueces de Israel.

Samuel es nacido en un tiempo de caos político y moral como el de los jueces, del cual dice la Sagrada Escritura: “pues en aquel tiempo, no había rey en Israel y cada uno hacía lo que mejor le parecía” (cfr. Jue 17:6; 18:1; 19:1; 21:25).

La infidelidad de Israel, simbolizada por la corrupción del sacerdocio de Heli (cfr. 1 Sam 2:12-17, 27-36; 3:11-14) es castigada cuando los filisteos atacan matando a 4,000 soldados de Israel, incluyendo a los dos hijos malos de Heli, Jofni y Finjas y se llevan el Arca de la Alianza. Al oír de la captura del Arca, Heli se cae en su silla hacia atrás, se rompe la nuca y muere (1 Sam 4).

Samuel, que nació como respuesta de las oraciones de una mujer estéril y fue consagrado a Dios (1 Sam 1), asume el puesto de Heli.

La madre de Samuel, la fiel Ana, prepara el camino para María, la madre de Jesús (cfr. CIC n. 489). Tres veces se presenta como la sierva del Señor, ocupando la misma palabra que María usará al responder a la Anunciación (cfr. 1 Sam 1:11, 16; Lc 1:38). En el gran cántico de María, el *Magnificat*, escuchamos numerosos ecos de la acción de gracias que canta Ana (cfr. 1 Sam 2:1-10; Lc 1:46-55).



Forjando una monarquía

Samuel, hijo de Ana, crece y se vuelve un hombre bueno y santo. Logra volver “todo Israel” al Señor (cfr. 1 Sam 7:2-3).

Sin embargo, en su vejez, el pueblo demanda que Samuel les dé un rey, “como es costumbre en todas las naciones” (1 Sam 8:5).

La petición de Israel es pecaminosa y blasfema. Muestra que todavía no han entendido su carácter especial de ser el pueblo escogido por Dios, su primogénito.

Dice Dios a Samuel, “No es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que yo no reine sobre ellos” (cfr. 1 Sam 8:7; 12:12, 17, 19-20).

Moisés había predicho que el pueblo iba a querer un rey. Él hizo hasta la provisión que cualquier rey tendría que copiar la entera Ley y leerla cada día todos los días de su vida (cfr. Dt 17:14-20).



Sin embargo, los Israelitas no buscaban un rey santo. Querían uno que “nos dirigirá e irá al frente de nosotros en nuestros combates” (cfr. 1 Sam 8:19-20). No dicen nada de Dios en esta ocasión, ni de su culto. Se olvidaron de la alianza de ser un pueblo sacerdotal y santo (Ex 19:5-6).

Saúl es el tipo de rey que quieren, un hombre según su corazón, un rey-guerrero experto en batalla pero sin cuidado sobre el culto correcto o los mandamientos de Dios. Con respecto a esto es muy notable que Saúl desobedece las instrucciones de Samuel y ofrece sacrificios como un sacerdote, algo que Dios no quiso para los reyes (cfr. 1 Sam 13:8-13).



IV. El Pastor de Israel, Sacerdote y Rey

El Ungido del Señor

El Señor rechaza a Saúl como rey, aunque deja que su reinado siga hasta su amargo fin. Mientras tanto, le manda a Samuel secretamente a ungir un sucesor, un hombre “a su gusto” (cfr. 1 Sam 13:14), un desconocido pastor de Belén, David, hijo de Jesé, nieto de Obed, hijo de Rut.

El Espíritu del Señor “permaneció sobre David desde aquel día” (1 Sam 16:13) quien posteriormente llega a la corte del rey Saúl. David es valiente, pero temeroso de Dios, como se ve en el famoso episodio de Goliat. Conoce que la batalla está en las manos del Señor y “Yavé no necesita espada o lanza para dar la victoria” (cfr. 1 Sam 17:32-51).

En el primer libro de Samuel, la humildad y mansedumbre de David, su fidelidad a Dios, contrasta con la creciente envidia y paranoia de Saúl, quien planea varios atentados contra David (cfr. 1 Sam 18:11; 19:9-17).

En dos oportunidades David puede matar a su enemigo declarado, Saúl, pero no lo hace. ¿Por qué? Porque Saúl, aunque es un sinvergüenza, sigue siendo “el ungido del Señor” (1 Sam 24:26).

Cuando Saúl y sus hijos encuentren su vergonzosa muerte a manos de los filisteos (cfr. 1 Sam 31), David lo lamenta y se vuelve al Señor pidiendo consejo (cfr. 2 Sam 1:1-2:4).

Después de derrotar contundentemente a las fuerzas leales a Saúl, David fue ungido por todas las tribus de Israel, quienes se someten a él con un voto de alianza: “Mira que somos sangre de tu sangre” (cfr. 2 Sam 5:1).

Lo llaman el pastor-rey escogido por Dios (cfr. 2 Sam 5:2). Esta es la primera vez que esta imagen es usada en la Biblia para describir al líder de Israel. Se volverá una imagen importante en profecías posteriores y en el auto-entendimiento de Jesús.



Jerusalén la Capital

David es un gran líder político y espiritual, a la vez pastor y rey.

Subordinando su poder militar y estrategia a propósitos religiosos, derrota a los jebusitas y establece su capital en Jerusalén.

¿Por qué Jerusalén? La Biblia no nos lo dice exactamente. Tal vez David recordaba la historia de Melquisedec, el rey-sacerdote de Salem, quien celebró una liturgia para Abraham con pan y vino (Gen14:17-23).



Tal vez entendió que Moisés se refería a Jerusalén cuando mandó construir un santuario central en el “lugar que Él escoja para poner allí su Nombre y habitar en él” (cfr. Dt 12:4-5, 11). Aunque Moisés nunca dijo el nombre de Jerusalén, los rabinos enseñaban que la ciudad del Nombre de Dios era la de Melquisedec, que en los salmos se identifica como Jerusalén (cfr. Sal 76:3).

De todos modos, David llama a Jerusalén “Sión” y la “Ciudad de David”. Una vez conquistada la ciudad, recupera el Arca de la Alianza del Señor que, como dice sin rodeos, “ya que no nos hemos preocupado por ella en tiempos de Saúl” (cfr. 1 Cro 13:3).

Vestido con un efod de sacerdote, David dirige a todo Israel en una celebración religiosa del retorno del Arca, ofreciendo sacrificios, bendiciendo al pueblo y repartiendo comida (2 Sam 6:13-19; 1 Cro 15:25-29).

Una vez establecida la presencia de Dios en Jerusalén: “Yavé el Dios de Israel mora en Jerusalén” (cfr. 1 Cro 23:25), David re-establece el sacerdocio. Nombra a los descendientes de Aarón para ser encargados del lugar santo y oficiales de la presencia divina (cfr. 1 Cro 24:3, 5, 19).

Ordenó a los sacerdotes levíticos servir delante del Arca de Yavé para “celebrar, glorificar y alabar a Yavé, Dios de Israel” cada mañana y cada tarde y en los días festivos (cfr. 1 Cro 16:4; 23:25-32).

David es retratado en el primer libro de Crónicas especialmente como un sacerdote santo y un rey justo y valiente.

Los dos libros de Crónicas deben leerse a la par con los libros de Samuel y Reyes. Cuentan la misma historia desde dos perspectivas diferentes. Las Crónicas no son una mera recopilación de los dramas políticos y personales de los otros libros.

El cronista empieza con Adán y nos da una historia litúrgica del Antiguo Israel, mostrándonos que desde el inicio Dios quería que su pueblo fuera sacerdotal, para ofrecer alabanza y sacrificios y vivir según sus decretos.

Crónicas pinta a David como el líder ideal de Dios, un rey-sacerdote, un gobernador justo que compone salmos, preside el pueblo en el culto y es maestro de la sabiduría de Dios. En el reino davídico, se vislumbra el mundo como Dios lo quiere, una comunión de lo sagrado con lo secular, de la ley y el culto, de la religión y la cultura, de la Iglesia y el Estado.



Alianza Perpetua

En el Antiguo Testamento la última alianza que hace Dios es con David. El Señor promete establecer el reino de David con una dinastía perpetua y eterna. Además jura que el heredero de David se sentará en su trono real para siempre y que considerará como su propio hijo al hijo de David.



Lean el juramento de la alianza cuidadosamente (cfr. 2 Sam 7:8-16; 1 Cro 17:7-14). Estos son unos de los versículos más importantes de toda la Biblia.

Las promesas de Dios que leemos aquí dan forma, esperanza y drama al resto de la narrativa bíblica hasta el final del Nuevo Testamento.

Si esto suena difícil de creer, vayan adelante a las últimas páginas de la Biblia. Leerán lo que dice Jesús sobre esta alianza: “Yo soy el Brote y el Descendiente de David” (Apoc 22:16).

Preguntarán: ¿Por qué lo llamamos alianza cuando Dios no usa esa palabra? David mismo dice más tarde que Dios juraba una “alianza eterna” con él (cfr. 2 Sam 23:5). La alianza de David es celebrada en los salmos de David (cfr. Sal 89:4-29; 132:12).

Desglosemos las partes de las promesas de la alianza:

1. “*Yavé te edificaré una casa*” (1 Cro 17:10): “Casa” quiere decir una dinastía real, entonces el reino de David tendrá una dinastía.
2. “*Afirmaré después de ti a uno de tus descendientes, a uno de tu sangre, y aseguraré tu reino*” (1 Cro 17:11): El hijo de David gobernará su reino.
3. “*El me edificará una Casa*” (1 Cro 17:12): el hijo de David construirá un templo para el Arca de la Alianza.
4. “*Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo*” (1 Cro 17:13): El hijo de David será adoptado como hijo de Dios. Es la primera vez en la Biblia que tenemos una referencia a la filiación divina con respecto a un individuo. Mientras Dios ha llamado a Israel “su hijo primogénito” nadie hasta este punto se ha individualmente llamado “hijo de Dios.”
5. “*Si hace mal, yo lo corregiré y le castigaré como se hace con los niños, pero lo seguiré queriendo*” (2 Sam 7:14): Si el hijo de David rompe la ley, Dios le mandará castigos pero nunca lo desheredará como hizo con Saúl.
6. “*Tu casa y tu reino estarán... hasta la eternidad*” (2 Sam 7:16).



Alianza Recordada

Esta alianza no es simplemente un premio a David por su fiel servicio.

Es la última alianza en la serie que Dios ha venido haciendo con su pueblo en el transcurso de la historia de salvación. En efecto, la alianza con David es el cumplimiento de la alianza entre Dios y Abraham.



¿Recuerden por qué Dios libera a los Israelitas de Egipto? Por su alianza con Abraham (cfr. Ex 2:24; 6:5).

Dios prometió a Abraham hacerlo padre de muchas naciones, y además que dentro de sus descendientes saldrían reyes. Juró que Él sería su Dios y ellos su pueblo para siempre y que todas las naciones del mundo encontrarían bendición a través de sus descendientes (cfr. Gen 17:4-8; 22:15-18).

La alianza con Moisés, hecha por Dios en el Monte Sinaí, señaló el fin de lo que podemos llamar “la primera etapa” del plan divino de cumplir la alianza con Abraham (cfr. Éx 33:1; Núm 32:11; Dt 1:8; 9:5; 30:20).

La alianza con David avanza el plan de la alianza con Dios que promete a todo el mundo ser queridos y bendecidos hijos e hijas de Abraham (2 Re 13:23; Sal 102:45; Jer 33:26).

Hay que notar las razones que Dios da para hacer la alianza con David. No es por “David” sino por “mi pueblo Israel” (tres veces se repite la fórmula: 2 Sam 7:8, 10, 11).

Esto recuerda el lenguaje que Dios ocupó en el proceso de la liberación de Israel de Egipto (cfr. Ex 3:7, 10; 5:1; 6:7; 7:17; 9:1; Lv 26:12).

Escuchen cuidadosamente a la oración de David en respuesta al oráculo del Señor. Es su voto de adhesión a la alianza de Dios.

Hay muchos ecos y citas de Moisés, haciendo énfasis que, como dice David: “Tú has puesto y afirmado a tu pueblo Israel, para que sea siempre tu pueblo, y tú, Yavé, has llegado a ser su Dios” (2 Sam 7:24 cfr. 1 Sam 8:22-25; Éx 15:11-13, 16-17; Dt 4:7, 34; 7:6; 26:17; 29:12).

La alianza con David es una continuación de la gran obra redentora del Éxodo, el establecimiento del pueblo santo de Dios, Israel. Esta obra salvífica cumple las promesas de la alianza de Dios con Abraham.

Como dice David: “Recuerda eternamente su alianza, la promesa que hizo a tantas generaciones... que estableció como ley con Jacob su alianza eterna con Israel” (cfr. 1 Cro 16:14-18).



V. Entrando al Reino

El Reinado de Salomón

La alianza con David es el evento culminante en la historia de salvación del Antiguo Testamento. Por supuesto, el cumplimiento del plan divino espera la venida de Jesús y el establecimiento del Reino de Dios, la Iglesia Católica.

Sin embargo, podemos detectar en el reino davídico, especialmente como toma forma bajo el gobierno del rey Salomón, hijo de David, las cualidades y la naturaleza que Dios quiere para su familia en la tierra, algo solamente realizado en la Iglesia Católica.

La monarquía de Salomón gobernada por el hijo de Dios (cfr. Sal 2:7), quien es a la vez sacerdote y rey (cfr. Sal 110:1, 4). A la derecha del rey está su madre, la reina que intercede por el pueblo ante el rey y es consejera de confianza de él (cfr. 1 Re 3:19-20; Pro 31).

Los asuntos cotidianos del reino los administra el primer ministro, que es llamado administrador o superintendente o maestro del palacio. Él es considerado un “padre para los habitantes del reino” (cfr. 1 Re 16:9; 18:3; 2 Re 15:5; 18:18, 37; 19:2; Is 22:22).

El reino davídico es un imperio internacional, que se extiende hasta los confines de la tierra y abarca a todas las naciones y pueblos (cfr. Sal 2:8; 72:8, 11).

Es un eco de la promesa de Dios a Abraham y sus descendientes. Las Sagradas Escrituras nos dicen que por el rey davídico y su reino, “serán benditas todas las razas de la tierra” (Sal 72:17).

El reino, con su capital en Sión, Jerusalén, se volverá madre de todas las naciones, “porque en ella todos han nacido” (Sal 87:5) o sea: todos son hechos hijos e hijas de Dios en una familia mundial.

Es un reino que gobierna, no por poder militar, sino por liturgia y oración, por sabiduría y ley. La liturgia y el culto del reino se conforman alrededor de la presencia de Dios en el Arca de la Alianza en el Templo de Jerusalén.

Salomón construyó el Templo en el Monte Moria (cfr. 2 Cro 3:1). Recuerden que Dios mandó a Abraham al Monte Moria para el sacrificio de su querido hijo Isaac (Gen 22:2). Es muy interesante que la Biblia menciona Moria solamente dos veces y que el Calvario, donde Jesús fue crucificado, es una de las colinas en la cordillera de Moria.

El Templo, encima del monte santo Sión, es la “morada” del Dios de los dioses (cfr. Sal 84:2, 8; 1 Re 8:27-30). El cielo y la tierra se encuentran en su santuario (cfr. Sal 78:68-69).

Otro aspecto relevante del reino es el “sacerdocio perpetuo” que Dios prometió a Fineas, el nieto de Aarón (cfr. Num 10:13). Salomón lo restauró cuando instituyó a Sadoc como Sumo Sacerdote, y a sus hijos oficiales del Lugar Sagrado y de la Divina Presencia (1 Re 2:35).



El Templo más que ser un santuario para el pueblo escogido de Israel iba a ser una casa de oración para todos los pueblos. Esto es lo que Salomón pidió, que “Así todos los pueblos de la tierra conocerán tu Nombre y te temerán como te teme Israel” (cfr. 1 Re 8:41-43).

Un nuevo culto caracteriza el Templo de Salomón y el reino davídico.

La oración en el reino se vuelve un encuentro personal con el Dios vivo: “a tu santa montaña me conduzcan, al lugar donde habitas. Al altar de Dios me acercaré...jubiloso con arpa cantaré al Señor mi Dios” (cfr. Sal 43:3-5).

La liturgia de Moisés y el Sinaí incluía sacrificios de animales y ofrecimientos por el pecado del pueblo. En la liturgia de Sión, el pueblo ofrece un sacrificio de acción de gracias, en hebreo *todab*, traducido después en griego como *eucaristía* (cfr. 1 Cro 16:4, 7-37).

La Pascua, la fiesta modelo de la liturgia del Sinaí, recordaba la obra salvadora del Éxodo. El *todab*, también es una celebración de memoria, frecuentemente incluyendo pan ázimo y vino. Es una oración en que el creyente proclama la obra salvadora de Dios, da gracias por haber sido salvado, y promete una vida de alabanza y entrega.

Ecós del *todab* se oyen en el libro de los Salmos, las oraciones reales y los cantos del reino davídico. En el Salmo 116 escuchamos: “Has librado mi alma de la muerte...Te ofreceré el sacrificio de acción de gracias...Cumpliré mis promesas al Señor” (cfr. Sal 116:8, 17-18; 50:13-15; 40:1-12; 51:17).

En los sacrificios de acción de gracias del reino davídico vemos la verdadera dimensión del culto, lo que Dios deseaba de los hombres y las mujeres desde el inicio. No quiere un sacrificio en abyección y esclavitud, ni la sangre de animales, sino pide vidas entregadas a la voluntad y corazón de Dios en alabanza y acción de gracias.

“Un sacrificio no te gustaría, ni querrás si te ofrezco un holocausto. Mi espíritu quebrantado a Dios ofreceré, pues no desdeñas a un corazón contrito” (Sal 51:18-19).

“No quisiste sacrificios ni ofrendas, sino oídos abiertos a obediencia...holocaustos ni víctimas pediste...He elegido, mi Dios, hacer tu voluntad, y tu Ley está en el fondo de mi ser” (cfr. Sal 40:7-9).



Salmos y Sabiduría

Busquen este espíritu de entrega y acción de gracias mientras leen el Libro de los Salmos.

Tradicionalmente los salmos son asociados con David, y muchos sin duda fueron escritos por él. Todos reflejan su corazón, que, como hemos visto, refleja el mismo corazón del Señor (1 Sam 13:14).



Los salmos, rezados diariamente-- hasta a veces hora por hora—tenían el propósito de dar al pueblo de la alianza con Dios un nuevo corazón, ese corazón de David, el corazón del Señor.

Los salmos nos enseñan a los hijos e hijas regios de Dios cómo alabar, agradecer, pedir y prometer fidelidad a su Padre. Los salmos ilustran al pueblo de Dios la historia de la salvación y de la fidelidad de Dios al plan de su alianza (cfr. Sal 78; 105-106; 135-136).

Subyacente en todos los tipos de salmos está el deseo del Padre de infundir en sus hijos un amor por su camino y su ley: “Me enseñarás la senda de la vida, gozos y plenitud en tu presencia” (cfr. Sal 1:11).

Los salmos instruyen al pueblo de Dios a buscar su sabiduría en su ley (cfr. Sal 37:31; 90:12). Así los salmos están muy vinculados con el otro legado espiritual del reino davídico, la literatura sapiencial de la Biblia.

Los Salmos se relacionan con David. La literatura sapiencial de la Biblia—los libros de Job, Proverbios, Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, Sabiduría y Sirácides—la tradición la atribuye al hijo de David, Salomón, de quien se cree proceden cuatro de esos libros.

La sabiduría de Salomón fue un don otorgado por Dios (cfr. 1 Cro 1:7-12). Y su reputación de ser un sabio atrajo a la Reina de Sabá y a “todos los reyes de la tierra” a pedir audiencia con él y darle tributo (cfr. 1 Re 10:1-13, 24-25).

Los libros sapienciales recuerdan las cosas que Salomón les platicó a la reina y a los reyes de las naciones.

Leídos en su lugar en la Biblia, los libros sapienciales funcionan como una instrucción paternal: Dios Padre, por medio de su divino hijo el rey, enseñando a su familia universal cómo vivir. Esto se ve claramente en Proverbios, que es presentado como el consejo de un padre a su hijo (menos el capítulo 31, que es la enseñanza de la Reina Madre para su hijo).

En su lectura de la literatura sapiencial, recuerden que como los salmos, estos libros tienen el propósito de instruir y formar a los hijos de la familia universal de Dios.

Esto es el sentido del extraño pasaje en la oración de acción de gracias que David ofrece por su alianza, “esta también es la ley del hombre” (cfr. 2 Sam 7:19). La frase en hebreo es “*torah ‘adán*” literalmente “la ley de la humanidad.” Esto es lo que es la sabiduría, la ley de Dios, dada por su rey, para toda la humanidad.

El reino davídico fue establecido como un reino universal, mundial y eterno. La literatura sapiencial es para la formación moral y espiritual de este reino. Es el estauto de la nueva familia humana que Dios quiso crear por medio de su alianza con David.

Los libros sapienciales pueden instruir a gente como Job, un gentil justo que en sus sufrimientos extraordinarios busca un conocimiento que salva y la redención: “¿De dónde viene la sabiduría?” pregunta él, “¿Dónde se encuentra la Inteligencia?”



Finalmente llega a la conclusión: “El temor del Señor es sabiduría” (cfr. Job 28:20, 23, 28).

Es el refrán que se oye en todo el consejo práctico de estos libros: “El inicio de la sabiduría es el temor del Señor” (Pro 9:10).

Por supuesto, “temor del Señor” no significa miedo de Él. Quiere decir reverencia y asombro, la confianza amorosa de un niño: “Toda la sabiduría está en honrar al Señor y en cumplir su ley” (Sir 19:20).

La ley otorgada a Moisés es vista en la literatura sapiencial como un reflejo perfecto de la sabiduría divina. A veces, se ve la Sabiduría retratada como una Persona, una comunicación de Dios quien la creó y “la derramó sobre todas sus obras” (Sir 1:7-8; Pro 8).



VI. Dos Naciones Bajo Dios

La división norte-sur

El reino se desintegró después de Salomón. De hecho el mismo rey sabio había sembrado las semillas de su destrucción.

Siempre hubo otro lado de Salomón y su sabiduría: un apetito insaciable por riqueza, poder y mujeres.

Cargó impuestos muy pesados a las tribus de Israel para financiar sus grandes proyectos de construcción, y tuvo un ejército muy grande (cfr. 1 Re 9; 12:3). Recibió un inmenso tesoro cada año (666 talentos de oro; cfr. 1 Re 10:14). Es interesante notar que 666 es el número de la bestia en el último libro de la Biblia, que menciona que “se requiere sabiduría” para entender su significado (cfr. Apoc 13:17-18).

Como su padre David, Salomón tuvo una debilidad en cuanto a las mujeres. Recuerden que Salomón nació de Betsabé, la esposa que David tomó después de cometer adulterio con ella y matar a su esposo para ocultar su culpa (cfr. 2 Sam 11:1-12:25).

La lujuria de Salomón superó la de su padre. Aunque la ley de Dios prohibía casarse con mujeres no judías, la Biblia nos dice: “El rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras...700 mujeres con rango de princesas y 300 concubinas...las mujeres de Salomón desviaron su corazón tras otros dioses” (1 Re 11:1-3).

Cuando Salomón murió, su hijo Roboán rechazó la petición de las tribus de reducir los impuestos. Se rebelaron. Diez de las doce tribus, bajo el liderazgo de Jeroboán, formaron el Reino del Norte, dejando a Roboán con solamente dos pequeñas tribus, Judá y Benjamín en el sur.

La división del reino davídico es un dato crucial para entender a los profetas y el resto de la Biblia.

Desde este punto, cuando lean “Israel” piensen: “Reino del Norte”, o sea, las diez tribus que se separaron con Jeroboán. A veces se refiere a Israel o el Reino del Norte como “Efraín” o “Samaria” o también “José”.

Y cuando lean de “Judá” o “Benjamín” o “la casa de David” piensen: el Reino del Sur o sea las dos tribus que continuaron adorando a Dios en Jerusalén. Leerán también “todo Israel”, especialmente en Crónicas (cfr. 1 Re 12:1; 1 Cro 13:6, 8.; 15:3; 2 Cro 12:1; 18:16). Esto refiere al reino como Dios lo había establecido, antes de la división bajo Roboán. Este es el reino de David que Dios promete un día restaurar.

“Israel se rebeló contra la casa de David hasta el día de hoy” dice la Sagrada Escritura (cfr. 2 Cro 10:19; 1 Re 12:19).



Esto quiere decir que por el cisma de las diez tribus del reino del norte bajo Jeroboán, ellas se habían separado de la alianza de Dios con David. Bajo esta alianza, el hijo de David iba a ser rey de todo Israel, y todo Israel iba a dar culto en el santuario de Jerusalén.

La alianza con David no justificó la conducta cruel y escandalosa de Salomón. La alianza con Dios nunca puso al rey davídico por encima de la ley de Moisés.

David mismo le había explicado esto a Salomón (cfr. 1 Re 2:2-4; 8:25; 9:45; Sal 132:12). La promesa de Dios no es un cheque en blanco. Si Salomón o cualquier rey davídico violara la ley de Dios, sería castigado, aunque su reino no exterminado (cfr. 2 Sam 7:15).

Siempre fiel a su palabra, Dios castigó el pecado de Salomón y permitió la rebelión de Jeroboán (cfr. 1 Re 11:31-39).

Casi inmediatamente, las tribus del norte cayeron en la apostasía. Jeroboán construyó altares a dioses paganos en Betel y Dan. Llegó a hacer de nuevo el gran pecado del becerro de oro (cfr. 1 Re 12:28-29; Ex 32:4).



Suscitando profetas

La idolatría de Jeroboán, desgraciadamente, empezó un patrón de conducta que podemos ver en lo que queda de los libros de Reyes y Crónicas. No se aflijan si no pueden seguir la sucesión de los reyes y reformadores en los libros que faltan del Antiguo Testamento. Vale más discernir los patrones de pecado, castigo y reforma.

Fíjense que David es la medida para evaluar a cada rey (cfr. 2 Re 16:2; 22:2).

Y pongan atención, especialmente, a cómo Dios siempre intenta ser padre para su familia, a pesar de su debilidad, su infidelidad y desorden.

El período de la monarquía dividida es cuando Dios empieza a suscitar profetas para hablar su palabra a su pueblo, criticando sus violaciones de la alianza y llamándolo al arrepentimiento, a volver a Él. Los profetas juegan un papel vital en ayudar a fortalecer la esperanza del pequeño resto que queda fiel.

Así vemos a Elías profetizar en el Reino del Norte, denunciando al malvado rey Ajab y a su idólatra esposa, Jezabel. También se enfrenta dramáticamente con los falsos profetas de Baal (cfr. 1 Re 17-2 Re 1:16). Su trabajo continúa con Eliseo (2 Re 2-13).

También por mediados del siglo octavo antes de Cristo, en el reinado de Jeroboán II (cfr. 2 Re 14:23-29), el profeta Oseas denuncia “el becerro de Samaria” y habla de la prostitución religiosa y otros ultrajes del culto de Baal (cfr. Os 4:14; 8:4-6; 10:5-6; 13:1-2).



El profeta Amos, en este mismo período denuncia las infidelidades e injusticias económicas en el Reino del Norte y también de los pecados de las naciones (cfr. Am 1:3-2:3).

Amós nos recuerda que aunque Israel y Judá parecen estar lejos de Él por el momento, Dios siempre quiere cumplir con su plan paternal para “la entera familia que hice subir del país de Egipto” (Am 3:1).

El Reino del Norte fue destruido en 722 a.C. por las crueles tropas asirias. Un documento asirio de ese tiempo describe la deportación de 30,000 israelitas.

La Biblia nos dice por qué tuvo que pasar eso: “Esto sucedió porque los israelitas habían pecado contra el Señor su Dios... pues adoraron a otros dioses... y despreciaron la alianza que había establecido con sus padres y las exigencias que les había impuesto” (cfr. 2 Re 17:7-18).



Buenos Reyes, Malos Reyes

Cuando el reino de Israel cayó, el Reino del Sur de Judá gozó brevemente de paz y fidelidad religiosa bajo el buen rey Ezequías, guiado por el profeta Isaías y el fogoso predicador Miqueas (cfr. Jer 26:17-19).

Sin embargo los dos profetas vieron la corrupción tanto moral como religiosa que venía del norte al sur. Cuando los asirios invadieron Judá en el 701 a.C., Isaías los vio como un instrumento de Dios: “el palo con que yo en mi ira castigo” (cfr. Is 10:5-6).

Y las cosas empeoraron en Judá como había sucedido en Israel. El hijo de Ezequías, Manasés, construyó altares a dioses falsos en el templo, “arrojó su hijo a la pira de fuego” y “derramó tanta sangre inocente que inundó Jerusalén de punta a punta” (2 Re 21:1-9, 16 también 2 Re 16:3; 17:17).

Por los pecados de Manasés, Dios juró: “voy a acarrear tal desgracia sobre Jerusalén y Judá que a quienes lo oigan les zumbarán los oídos” (2 Re 21:15).

Cerca de este tiempo, el profeta Sofonías hablaba de un “día del Señor” y el castigo por la maldad y las prácticas paganas que mancharon a Judá (cfr. Sof 1:4-6, 14).

Sin embargo, tardó una generación en realizarse.

Durante el reinado del buen rey Josías, “el libro de la alianza” fue descubierto en el Templo (cfr. 2 Re 22:8). Lean la historia. El pueblo ha caído tanto, que se han olvidado de que sus padres habían recibido la Ley.

Josías es celoso y quiere una reforma, y el pueblo “se comprometió a mantener esta alianza”. El rey limpia el templo de prostitutas y otras abominaciones. Finalmente ordena la celebración de la Pascua. Increíblemente, es la primera vez que la fiesta se ha celebrado desde el tiempo de los jueces (cfr. 2 Re 23).



En toda esta reforma, Josías tiene el fuerte apoyo de uno de los grandes profetas, Jeremías (cfr. Jer 1:1-6:30).

Las cosas estaban mejorándose en Judá. Tanto que el profeta Nahúm profetizó la destrucción del temido enemigo de Judá, la despiadada Asiria. Proclamó: “Celebra tus fiestas, Judá, cumple tus promesas. Nunca más te invadirán...” (cfr Nah 2:1).

Pero como Jeremías recordó en gráfico detalle, las reformas de Josías duraron corto tiempo. El hijo de Josías, Joaquín, “sus hechos fueron malos en los ojos del Señor, igual que los de sus antepasados” (2 Re 23:37). El estado de la vida espiritual en Judá bajo Joaquín es documentado por el profeta Jeremías (Jer 7-20).



Castigo por Babilonia

En el 597 a.C. el Rey Nabucodonosor de Babilonia invadió Jerusalén, ejecutando así el juicio de Dios contra Judá por los pecados de Manasés (cfr. 2 Re 24:3-4).

Antes de la invasión, el profeta Habacuc había predicho que Babilonia iba a ser levantada por Dios para castigar a Jerusalén, “Ay de la rebelde, la impura, la ciudad opresora...sus sacerdotes profanan lo santo y violan la Ley” (Hab 1:6; Sof 3:1, 4)

Después de 10 años de estar ocupado el país, el rey de Judá, Sedecías, intentó rebelarse contra Babilonia. El imperio respondió con una crueldad arrolladora, aplastando la ciudad, destruyendo el Templo y exiliando a miles de personas (cfr. 2 Re 24-25).

Todo esto quedó documentado en Jeremías (cfr. Cap. 34). Una leyenda conservada en la Sagrada Escritura nos relata que el profeta escondió el Arca de la Alianza para guardarla de profanación por los babilonios, y profetizó que no sería encontrada otra vez hasta: “que Dios tenga compasión de su pueblo disperso y lo reúna” (2 Mac 2:4-8).

El patetismo y la desesperación que se vivían en la destrucción de Jerusalén se expresa de modo conmovedor por un testigo ocular en el libro de Lamentaciones, atribuido a Jeremías por la tradición.

Entre los exiliados a Jerusalén se encontraban dos profetas, Ezequiel y Baruc. Baruc fue secretario de Jeremías y quería fortalecer a los exilados, prometiendo el fin de su exilio y la restauración de Jerusalén (cfr. Ba 4:30-5:9).

Ezequiel, también, confortó a los afligidos, prometiendo la salvación futura de todo Israel con promesas proféticas que estudiaremos detenidamente adelante.



Escribiendo en el Exilio

Aunque la profecía de Daniel fue escrita unos 350 años más tarde, la historia que nos cuenta es algo que pasó durante la cautividad babilónica.

Daniel vive en Babilonia y es un sabio que aconseja a Nabucodonosor y sus sucesores. Estas partes del libro de Daniel (cfr. Dn 1-6) se asemejan a tres libros curiosos que se incluyen con los libros históricos de la Biblia: Tobías, Judit, y Ester.

En su lugar en el canon de la Biblia estos libros se vuelven meditaciones sobre cómo Israel tenía que conservar su fe e identidad religiosa fuera de la Tierra Prometida, en el exilio, a pesar de su sufrimiento no merecido y la persecución. En cada uno de estos libros, fíjense como israelitas comunes, una viuda, un ciego y su hijo, una novia, una virgen, mantienen su fe y rescatan al pueblo.

Por ejemplo, en el libro de Tobías la acción se desarrolla entre la comunidad de exiliados del norte viviendo en Nínive cerca del año 721 a.C. Enseña cómo una familia de Israel protege y nutre su fe.

El himno de alabanza que pronuncia Tobías como conclusión del libro promete que Dios es “Padre y Dios para siempre” y que, aunque ha castigado a los exiliados por sus pecados, los va a sacar de entre las naciones y va a restaurarlos (cfr. Tob 13:4-5).



VII. Después del Exilio

Restauración y Reconstrucción

Jeremías profetizó que el exilio en Babilonia iba a durar 70 años (cfr. Jer 25:12; 29:10). De hecho solo duró un poco menos que el tiempo profetizado. En el 538 a.C. Babilonia fue derrotada por los Persas bajo el rey Ciro.

Ciro emitió un edicto permitiendo al pueblo de Dios regresar a Jerusalén y hasta ayudó en la reconstrucción del Templo destruido por Nabucodonosor (cfr. Es 1:2-4; 6:3-5; Is 44:24, 28; 45:1-3, 13).

El remanente o resto que regresó a Jerusalén no era necesariamente el pueblo más piadoso y temeroso de Dios. El profeta Malaquías nos da una única ventana al estado espiritual de los exiliados que regresaron, cuando critica la corrupción del sacerdocio y el relajamiento de la moral de la gente común.

La historia completa del regreso de Judá y la restauración de Jerusalén se cuenta en Esdras y Nehemías. Si quieren reconstruir la historia de este tiempo, lean los libros en este orden: Esdras 1-6; Nehemías 1-7; 11-13; Esdras 7-10; Nehemías 8-10.

La primera tarea fue reconstruir el Templo, que a veces es referido como el Segundo Templo, siendo el primero el de Salomón. Dos profetas de la era de la restauración animaron el trabajo para construir el nuevo, Ageo y Zacarías (cfr. Esd 5:1-2; Ag 2:1-9; Zac 1:16).

Cuando terminó la construcción, Esdras hizo que el pueblo renovara su alianza con Dios solemnemente (cfr. Neh 8-10).

Incluida en la ceremonia había una larga oración de Esdras que resume la historia del amor de alianza de Dios y su plan salvífico, empezando con la creación del mundo (cfr. Esd 9:6-10:1).

La oración de Esdras es un resumen muy fino del mensaje de la historia bíblica: “en tu inmensa ternura no los acabaste, porque eres tú Dios clemente y lleno de ternura. Ahora, pues, oh Dios nuestro, tú, Dios grande, poderoso y temible, que mantienes la alianza y el amor... Has sido justo en todo lo que nos ha sobrevenido, pues tu fuiste fiel, y nosotros malvados” (cfr. Neh 9:31-33).

Fue un tiempo de renovado patriotismo y optimismo en Judá. Los profetas Abdías y Joel anticiparon la exaltación de Sión y un juicio venidero de las naciones (cfr. Abd 5, Jl 4). El profeta Jonás predicó lo impensable: la conversión de Nínive, la capital del enemigo más terrible de Israel.



Persecución y Rebelión

El relativamente benévolo imperio persa cayó en el 331 a.C. conquistado por los griegos bajo Felipe de Macedonia y su hijo, Alejandro Magno.

La Tierra Santa estuvo bajo el control de una serie de reyes extranjeros y cada vez más hostiles. Los dos libros de Macabeos clausuran el Antiguo Testamento y nos acercan hasta 100 años antes del nacimiento de Cristo.

Los libros de Macabeos, como los otros libros de historia de la Biblia, ofrecen una interpretación religiosa del período.

El mensaje es familiar: cómo Dios ocupa a reyes extranjeros para castigar a Israel por violar la Ley, y cómo el pueblo de Dios se salva regresando a la fe de la alianza de sus padres (cfr. 2 Mac 6:12; 7:32-38; 1 Mac 2:20, 27, 50; 4:10).

El más desgraciado de los reyes “helenísticos” (de cultura griega) de ese período fue Antíoco IV que asumió el poder en el 175 a.C. Él se auto-nombró “Epifanes” que quiere decir “dios manifestado”.

Antíoco inició una despiadada persecución de los judíos, bajo el disfraz de un ecumenismo falso que pretendía borrar las diferencias religiosas entre los varios pueblos del reino. Intentó hacer “un pueblo, exigiendo que cada grupo abandonara sus costumbres particulares”.

Antíoco profanó el Templo dedicándolo al dios Zeus de los griegos. Trajo prostitutas para celebrar ritos paganos de fertilidad. Quemó todos los ejemplares de la Ley que pudo, prohibió a los judíos observar el sábado, los forzó sacrificar y comer cerdos y otros animales impuros, y no los dejó hacer la circuncisión, el rito de la alianza, a sus hijos recién nacidos. El castigo por no obedecer sus edictos fue tortura y muerte (cfr. 1 Mac 1:41-50, 57, 61-62; 2 Mac 7:1-11).

Frente a los apuros y la persecución, muchos en Israel abandonaron la alianza y las leyes rituales. Sin embargo, otros se negaron abandonar a Dios, prefiriendo “morir antes de... profanar la alianza santa” (cfr. 1 Mac 1:11, 14-15, 52).

De hecho hemos visto en los libros de Macabeos los principios de una nueva definición de Israel, no según identidad étnica o tribal, sino de acuerdo a la alianza: “[la persecución obligó] a los verdaderos Israelitas a vivir en refugios y ocultarse como podían” (cfr. 1 Mac 1:53; Rom 9:6-8).

Habla de *verdaderos israelitas* que implica una distinción: *Israel* es constituido por los que mantuvieron la fe, aún hasta cuando era exigido morir por ella.

Las historias del martirio de Eleazar, que tiene 99 años, y de la madre que forzaron a ver a sus siete hijos torturados y muertos antes de ser ejecutada ella misma, son unos de los pasajes más conmovedores de la Sagrada Escritura (cfr. 2 Mac 6:18-7,42).



El Tiempo de los Hasmoneos

Los israelitas, bajo el mando de Judas Macabeo, el hijo de un sacerdote anciano, montaron una serie de rebeliones y batallas contra Antíoco y otros después de él.

Judas fue un guerrero adiestrado y muy piadoso. Purificó el Templo y enseñó a la gente a pedir por las almas de los fieles difuntos, y a esperar la resurrección de los muertos (2 Mac 10:1-8; 12:38-46).

Bajo la dirección de Judas y sus hermanos, Israel pudo --contra de lo que pareciera posible-- echar a todos los poderes extranjeros de Jerusalén.

Israel gozó de independencia bajo el gobierno de los sumos sacerdotes por un período de 100 años, empezando con Juan Hircano (1 Mac 16).

Este fue el tiempo de la dinastía hasmonea (por el nombre del tatarabuelo de Judas Macabeo). Durante este período vemos el desarrollo de las dos sectas de Israel prominentes en los evangelios: las de los fariseos y los saduceos.

Bajo los hasmoneos parecía que Dios había contestado la oración que marcó el inicio de la historia de los Macabeos, “Que Dios los llene de bienes y recuerde su alianza con Abraham, Isaac y Jacob, sus fieles servidores” (2 Mac 1:2).

Pero había un problema—de hecho varios problemas—con la dinastía de los hasmoneos.

Esto fue: ¿Qué había pasado con la promesa que Dios había hecho a David? Porque Dios había otorgado un “trono para siempre” a David.

Un poco antes de la caída de Jerusalén, Jeremías había reafirmado que la alianza de Dios con David era eterna. No podía cesar, como el sol y la luna no podían dejar de brillar, dijo.

Jeremías dijo que los descendientes de David iban a ser más numerosos que las estrellas en los cielos y la arena de la orilla del mar—un eco de la promesa de Dios a Abraham (cfr. Jer 33:14-23, 26; Gen 22:17).

Pero esa profecía se había dado 500 años antes del tiempo de los hasmoneos. Los sacerdotes hasmoneos no eran reyes y no eran de la descendencia de la línea de David, ni de la tribu de Judá y tampoco eran descendientes de Aarón, como requería la ley de Moisés.

Muy pronto, el pueblo parecía sentir el problema. Acordaron vivir bajo este gobierno sacerdotal y teocrático hasta “la aparición de un profeta digno de fe” (1 Mac 14:41).

Sin embargo, con el paso del tiempo, los hasmoneos intentaron consolidar y legitimar su poder y las expectativas populares de un nuevo profeta disminuyeron.



Pero siempre en este período había gente que escudriñaba la Sagrada Escritura y recordaron los escritos de los profetas y las poderosas promesas que no se habían cumplido del todo.

Su búsqueda se intensificó después de que Pompeyo invadiera Tierra Santa en el 63 a.C. y la conquistó en nombre del Imperio Romano, eventos no recordados en la Biblia.

Había varias corrientes de expectativas proféticas en el tiempo entre el Antiguo y Nuevo Testamentos, como se puede ver en los debates sobre si Jesús era o no el Mesías en los evangelios.

Muchos esperaban el cumplimiento de la profecía de Moisés, que Dios iba a suscitar un profeta como él para el pueblo (cfr. Dt 18:15-19).

Al inicio del Nuevo Testamento, el pueblo está esperando que Dios haga surgir un hijo de David para restaurar el reino davídico (cfr. Jn 1:21; 7:42).



La Consolación de Israel

El pueblo esperaba el cumplimiento de las promesas. Éstas enseñaron a Israel a esperar por un “nuevo David” que será su salvador, su “Mesías,” el “ungido,” como David que fue ungido con aceite y el Espíritu Santo (cfr. 1 Sam 16:13).

Isaías, había profetizado la venida de un hijo de David, un niño nacido de la descendencia de David, quien iba a congrega al pueblo disperso de Dios y constituir un nuevo reino que iba a gobernar el mundo con la Ley de Dios desde Sión (cfr. Is 2:2-3; Am 9:11).

Miqueas dijo que un niño iba a nacer en Belén y que iba a ser gobernador y pastor que facilitara el regreso de todos los “hijos de Israel”. Además, Miqueas profetizó que el nuevo rey gobernará “hasta el fin de la tierra” (cfr. Miqueas 5:1-4).

Daniel, en una profecía formulada durante la persecución de Antíoco, tuvo una visión celestial del hijo de David gobernando desde lo alto: “A él se le dio poder, honor y reino, y todos los pueblos y las naciones de todos los idiomas le sirvieron. Su poder es poder eterno y que nunca pasará; y su reino jamás será destruido” (cfr. Dn 7:14).

Isaías proclamó que el hijo de David iba a llamarse “Consejero admirable, Dios fuerte, Padre Perpetuo, Príncipe de Paz” (cfr. Is 9:1-7; 7:14; 11:1-5, 10; Jer 23:5-6).

Ezequiel, también, había tenido una gran visión del nuevo David, un rey-pastor que gobernará sobre Israel para siempre en la tierra que Dios ha prometido a Abraham.

Dijo que Dios haría una nueva alianza con el pueblo, una alianza eterna de paz y viviría para siempre con ellos en el santuario.



“Mi habitación estará con ellos,” Dios prometió por Ezequiel, “Seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (cfr. Ez 16:59, 63; 34:24-30; 37:23-28).

Ezequiel no fue el único que habló de la nueva alianza. Jeremías no ocupó la misma frase pero sí la misma idea.

Isaías esperó con impaciencia el día cuando Dios renovaría la alianza perpetua, los beneficios prometidos a David.

Insinuó que la alianza iba a ser el Mesías mismo, con el nombre “una alianza del pueblo” (cfr. Is 55:3-5; 42:6).

Oseas evocó las imágenes del Cantar de los Cantares, profetizando que el Mesías vendría como el novio buscando su amada. En la nueva alianza Dios esposará a Israel para siempre (cfr. Os 2:18-25; Is 5:1-7; 54:4-9; Jer 2:32; Ez 16:23; Cant 3:2, 11).

Finalmente, el profeta Jeremías hizo esta amplia promesa, que Dios reunirá el reino del norte y del sur, congregándolos de todas las tierras a donde habían sido exiliados.

“Ya llega el día, dice Yavé, en que yo pactaré con el pueblo de Israel y con el de Judá...Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Jer 31:31-34; 32:36-41).

Ya en el umbral del Nuevo Testamento, los devotos y los justos confiaban en estas profecías, esperando el consuelo de Israel, la venida de un nuevo hijo de David y la resurrección de su reino caído (cfr. Lc 1:69; 2:25, 38; Mc 11:10; Is 40:1; 52:9; 61:2-3).

VIII. Preguntas para estudio

1. ¿Por qué permitió Dios a los cananeos quedarse en la Tierra Prometida, según el autor del libro de los Jueces?
2. ¿Cuál es el problema de que los israelitas pidan un rey a Samuel?
3. Antes que David hiciera a Jerusalén su capital, ¿en cuál otro momento de la historia de la salvación se menciona a esta?
4. ¿Cuáles son las distintas perspectivas de los autores de los libros de los Reyes y los de Crónicas?
5. ¿Cuáles son los seis elementos esenciales de la alianza davídica?
6. ¿Por qué se puede decir que la alianza con David avanza el cumplimiento de la alianza con Abraham?
7. ¿Por qué es importante el Monte Moría en la historia de la salvación?
8. ¿Qué significa *todáb*?



9. ¿Cuáles son algunos nombres que ocupa la Biblia para hablar del reino del norte?
10. ¿Qué profetizaba Ezequiel sobre el “nuevo David”?
11. ¿Quién es el único profeta que ocupó la frase “nueva alianza”?



Lección Seis

Entrando en el reino del Hijo

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Resumen y visión de conjunto

- A. El cumplimiento del plan de la alianza
- B. Hacia el Nuevo Testamento

II. El Nacimiento del Mesías

- A. Anunciación y Visitación
- B. La Natividad y el Templo

III. El Reino está a la Puerta

- A. Bautizando al Hijo Amado
- B. Tentando al Nuevo Moisés
- C. Las Bendiciones del Reino
- D. El Buen Pastor
- E. Las Llaves del Reino

IV. Un Nuevo Éxodo en Jerusalén

- A. Con Moisés y Elías
- B. Entrando como un Rey
- C. Pascua, la Antigua y la Nueva
- D. Nuestro Cordero Pascual
- E. Muerte del Hijo Amado

V. El Fin de la Historia

- A. Empezando con Moisés
- B. El Reino del Espíritu
- C. Los Sacramentos de la Infancia
- D. Completando la Palabra de Dios
- E. Revelando el Fin

VI. Preguntas para estudio



I. Resumen y Visión de Conjunto

El Cumplimiento del Plan de la Alianza

Con la venida de Jesús, la historia del plan de salvación de Dios llega a su conclusión. Jesús cumple las promesas de cada una de las cinco alianzas que hemos estado estudiando en este curso, con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David.

Pero, ¿qué quiere decir cumplir una alianza? Cada una de las alianzas anteriores fue un compromiso, un juramento de Dios para hacer algunas cosas. En su alianza con Noé, juró nunca jamás destruir el mundo con agua otra vez; también prometió a Abraham que por sus descendientes todas las naciones serán bendecidas.

Sin embargo, si la Biblia terminara con el último libro del Antiguo Testamento (recuerden “testamento” es otra palabra para “alianza”) parecería que Dios no había cumplido sus promesas.

Ciertamente, al final del Antiguo Testamento, todas las naciones del mundo todavía no habían encontrado su bendición por medio de los descendientes de Abraham. De hecho, los descendientes de Abraham, las doce tribus de su nieto Jacob, fueron dispersados a los cuatro puntos cardinales.

La última alianza de Dios, en la que todas las demás serán cumplidas, la alianza perpetua con David, parecía tristemente abandonada al terminar el Antiguo Testamento en nuestra última lección.

En resumen: Dios había hecho una alianza perpetua (cfr. 2 Sam 23:5) con David, prometiendo que suscitaría un hijo de David al trono y que reinaría para siempre (cfr. 2 Sam 7:8-16; 1 Cro 17:7-14), y que su reino se extendería sobre todas las naciones (cfr. Sal 2:8; 72:8, 11). Él prometió que este hijo de David sería su propio hijo, el hijo de Dios (cfr. Sal 2:7), y que construiría un Templo en honor del nombre de Dios y sería sacerdote para siempre, como Melquisedec, el sacerdote que ofreció el sacrificio de pan y vino por la victoria de Abraham sobre sus enemigos (cfr. Sal 110:1-4)

Sin embargo, después del reinado del hijo de David, Salomón, todo se desmoronó. El reino se dividió en dos, y el pueblo sufrió corrupción, invasión y exilio. Cuando el pueblo regresó del exilio, siglos pasaron sin ningún signo del rey davídico que Dios había prometido.

Cuando nació Jesús, no había un reino que mereciera el nombre y ningún heredero de David a mano. Sin embargo, los devotos esperaban el cumplimiento de las promesas de Dios y la consolación de Israel con la venida del nuevo hijo de David y la resurrección de su reino caído (cfr. Lc 1:69; 2:25, 38; Mc 11:10; Is 40:1; 52:9; 61:2-3).



Hacia el Nuevo Testamento

Pero con Jesús viene el cumplimiento del juramento de Dios a David. Como veremos, el Nuevo Testamento nos muestra a Jesús como el “nuevo David,” y su Iglesia como el reino restaurado prometido a David.

También veremos cómo Jesús es presentado cumpliendo todas las promesas de las alianzas anteriores de Dios. Él es el nuevo Adán, que trae una nueva creación, restaurando a la humanidad al paraíso prometido en el principio. Él es el nuevo Noé, pero esta vez el diluvio salva, por las aguas son bautismo. Él es el nuevo hijo de Abraham, en quien las naciones del mundo hallarán bendición. Es también el nuevo Moisés, ofreciendo al pueblo escogido de Dios una nueva Pascua, la Eucaristía, y dirigiendo un nuevo éxodo, la liberación del pecado por medio de su cruz y resurrección que abren una nueva tierra prometida, el cielo.

En la primera frase del Nuevo Testamento podemos ver una referencia a tres de esas alianzas anteriores:

“Libro de la *genealogía de Jesucristo, el hijo de David, el hijo de Abraham*” (cfr. Mt 1:1).

En sus primeras palabras, el Nuevo Testamento nos está refiriendo a la creación, a Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento. La palabra que es traducida acá “genealogía” es literalmente génesis, u “origen”.

También hallamos referencias a las alianzas de Dios con Abraham y con David. Recuerden que la alianza con Abraham incluyó el don de un hijo, Isaac, cuyos descendientes iban a ser la fuente de bendición para toda la tierra (cfr. Gen 22:18).

Finalmente, Jesús es llamado “el Cristo” que es la palabra griega para Mesías o “ungido”. Esta palabra señala la alianza con David; el Mesías o Cristo fue la figura davídica que muchos de los profetas de Israel anunciaron que sería enviado para liberar a Israel y restaurar su reino.

Entonces en la primera frase del Nuevo Testamento tenemos alusiones a tres de las cinco alianzas de la historia de salvación que hemos estudiado en nuestras lecciones previas: Adán, Abraham y David.

Es también un resumen de lo que el Nuevo Testamento nos enseña sobre Jesús. El Nuevo Testamento es el libro sobre el nuevo mundo creado por Jesús, el Mesías, el prometido hijo de David en quien Dios cumple su promesa a Abraham de bendecir a todos los pueblos a través de su descendencia.



II. El Nacimiento del Mesías

Anunciación y Visitación

La historia de salvación del Antiguo Testamento llega a su apogeo en la alianza de Dios con David. Podríamos decir que la esperanza de Israel en el tiempo en que nació Jesús se centraba en la promesas de Dios a David.

En el desarrollo de la historia de Jesús en los evangelios, veremos que la trama y tensión de la narración giren sobre de la pregunta: “¿No será este el hijo de David?” (cfr. Mt 12:23; 20:30-31; 21:9, 15; 22:44-45).

En las escenas más familiares de la vida de Jesús, los evangelios están diciéndonos, que sí, Jesús es el esperado hijo de David, el hijo de Dios mandado a restaurar el reino a Israel.

Este es el mensaje de la Anunciación, cuando el ángel Gabriel anuncia a María que Dios le dará a Jesús: “el trono de David su padre y gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás” (cfr. Lc 1:32-33).

¿Que está diciendo el ángel? Que Jesús es el hijo de David, que Él gobernará el restaurado reino de Israel (la casa de Jacob) para siempre.

En la Visitación de María a su pariente Isabel, otra vez escuchamos ecos de las promesas de la historia de la salvación.

María proclama que la venida de Jesús es la respuesta que Dios ha dado a las oraciones de Israel, en cumplimiento de “como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes para siempre” (cfr. Lc 1:55).

Su madre quiere que sepamos que este hijo de David, que es también hijo de ella, cumplirá la promesa de la alianza con Abraham, que “en sus descendientes todas las naciones de la tierra hallarán su bendición” (cfr. Gen 22:18).

Esto es aún más claro en el cántico que proclama Zacarías, el esposo de Isabel al nacer su hijo, Juan el Bautista (cfr. Lc 1:67-79).

Lo que está pasando, profetiza Zacarías, es nada menos que Dios visitando y salvando a su pueblo. Está cumpliendo todo lo que “había dicho desde tiempos antiguos por boca de sus santos profetas”

En Jesús, Zacarías declara, Dios ha levantado una fuerza salvadora en la casa de David ... recordando su santa alianza, el juramento que juró a Abraham nuestro padre” (cfr. Lc 1:72-73).



La Natividad y el Templo

La historia del nacimiento de Jesús se narra en clave davídica.

Lucas nos dice que José y María fueron a “la ciudad de David que se llama Belén, por ser él [José] de la casa y la familia de David” (cfr. Lc 2:4). Como hemos visto en la lección anterior, fue en Belén que David nació y fue ungido con aceite por Samuel (cfr. 1 Sam 16:1-13).

Mateo, en la narración del nacimiento en su evangelio, nos enseña que Jesús es el Mesías esperado por largo tiempo, el “rey de los Judíos” (cfr. Mt 2:2, 4).

Así vemos cuando los sumos sacerdotes y escribas contestan al cruel Herodes (cfr. Mt 2:5-6). Citan dos pasajes del Antiguo Testamento (Mí 5:1-2 y 2 Sam 5:2), y dicen al rey malvado que el Mesías nacerá en Belén y que será un “pastor” para el pueblo escogido”.

Uno de los pasajes más conocidos del evangelio: “Miren que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel” (cfr. Mt 1:23) se refiere a un prometido hijo de David.

Mateo está recordando la profecía de Isaías, quien, en el período cuando el reino de Israel fue dividido, sirvió como profeta a “la casa de David,” los herederos de la descendencia davídica (Is 6-7).

En un tiempo de aflicción, Isaías había profetizado el nacimiento de un rey salvador de la casa de David, de una madre virgen, que se llamará “Emmanuel,” un nombre que literalmente quiere decir “Dios con nosotros” (cfr. Is 7:13-14).

Muchos creyeron que esta profecía había sido cumplida con el nacimiento del rey Ezequías, un grande y justo gobernador de Judá (cfr. 2 Re 18:1-6).

Mateo, sin embargo, nos dice que el nacimiento de Ezequías fue nada más un cumplimiento parcial o provisional de la promesa del profeta. Jesús es el verdadero y máximo cumplimiento de la profecía.

Escuchamos la voz de Isaías otra vez en la historia de la Presentación de Jesús en el Templo, especialmente en el cántico de Simeón.

Simeón ve en Jesús la salvación prometida por Dios. Noten que la promesa que Simeón considera cumplida no es solamente para el pueblo de Israel. Es una salvación que es “gloria de tu pueblo Israel” pero también “luz para iluminar a las naciones”, o sea para todos los pueblos del mundo.

Como en eco de la promesa de Dios a Abraham, la Sagrada Escritura nos dice que por medio del rey davídico y su reino “en él serán benditas todas las razas de la tierra” (cfr. Sal 72:17).

Es notable que las dos últimas historias de la infancia de Jesús tengan que ver con el Templo.



Dios prometió no solamente que el hijo de David sería su hijo, sino también que éste construiría una “casa”, un Templo en honor del nombre del Padre celestial. Por supuesto, esa promesa fue cumplida parcialmente cuando el hijo de David, Salomón, hizo el glorioso Templo de Jerusalén.

Como nuevo y verdadero Hijo de David, Jesús también construiría un “templo” en honor del nombre de Dios. Ese templo será su cuerpo y la Iglesia (cfr. Jn 2:21; Mt 16:18).

Esto vemos presagiado en la historia sobre María y José encontrando a Jesús en el Templo. ¿Qué les dice Jesús? Como un hijo cumplido de David, contesta: “¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (cfr. Lc 2:49).



III. El Reino está a la puerta

Bautizando al Hijo Amado

El inicio de la “vida pública” de Jesús es su bautismo en el río Jordán por Juan el Bautista.

En la historia del bautismo es importante notar las palabras del cielo que se escuchan: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (cfr. Mc 1:11). Las palabras hacen eco de la promesa que Dios hizo al hijo de David, que él sería el hijo de Dios y gobernaría las naciones (cfr. Sal 2:7-9).

Después de su bautismo, el Espíritu empuja a Jesús al desierto donde fue tentado por el diablo.

Aquí vemos surgir otro tema de la representación de Jesús en el Evangelio: Jesús el nuevo Moisés, el representante del nuevo Israel, el nuevo “Hijo amado” de Dios (cfr. Ex 4:22).

Esta identificación de Jesús con Moisés empieza muy luego en el evangelio de San Mateo. Si escudriñan el evangelio, verán muchos paralelismos entre las vidas de infancia de Jesús y Moisés.

Herodes mata a los hijos de los hebreos en el tiempo del nacimiento de Jesús. El Faraón, en el tiempo del nacimiento de Moisés, también había ordenado la matanza de todos los niños varones recién nacidos (cfr. Ex 1:15-16; Mt 2:16-18).

Moisés fue rescatado por un miembro de su familia (cfr. Ex 2:1-10). Así también pasa con Jesús, quien es llevado al mismo Egipto donde Moisés, el primer libertador del pueblo de Dios fue criado (cfr. Mt 2:13-15; Ex 2:5-10).

Como Moisés, Jesús también es llamado a volver donde nació, después de un tiempo de exilio (cfr. Mt 2:20; Ex 4:19).

Moisés liberó a los israelitas, llevándolos a un éxodo fuera de Egipto. El bautismo de Jesús en el Nuevo Testamento es el inicio de un “nuevo éxodo”. Como Israel, Jesús es llamado el “Hijo amado” de Dios y tiene que pasar por el agua (cfr. Mt 3:17 y Éx 4:22; Sal 2:7; Is 42:1; Gen 22:1).

Israel, después de cruzar el Mar Rojo, entró en el desierto para ser probado por cuarenta años. Jesús sale de las aguas bautismales del Jordán y es empujado al desierto para ser tentado por el diablo por cuarenta días y cuarenta noches (cfr. Mt 2:1-2 y Ex 15:25; 16:1; también Dt 8:2-3; 1 Co 10:1-5).

¿Estas son meras coincidencias? No es posible. Meditemos la historia de la tentación de Jesús en el desierto (cfr. Lc 4; Mt 4).



Tentando al Nuevo Moisés

En el desierto, Jesús enfrenta tres tentaciones, igual a Israel.



Como Israel, se enfrenta con hambre. Es tentado a murmurar contra Dios, como Israel (cfr. Ex 16:1-13).

Después, Satanás reta a Jesús a poner a Dios en prueba, exigiendo que muestre su promesa de cuidarlo. Israel experimentó la misma tentación cuando el pueblo empezó a pelear con Moisés en Masá (cfr. Éx 17:1-6; Num 20:2-13; Sal 95:79).

Por último, Jesús es tentado a adorar a un dios falso, como hizo Israel cuando moldeó el ídolo del becerro de oro (cfr. Éx 32).

Jesús contesta a cada tentación con una cita del Antiguo Testamento, cada vez con palabras de Moisés. Y no es por casualidad.

Todas las citas son del libro de Deuteronomio, exactamente de la parte donde Moisés explica las lecciones que Israel tenía que aprender de sus años en el desierto (cfr. Mt 4:4 y Dt 8:3; Mt 4:7 y Dt 6:16; Mt 4:19 y Dt 6:12-15).



Las Bendiciones del Reino

Jesús, entonces, es el hijo de David y el hijo de Dios, el Mesías esperado por largo tiempo por los fieles de Israel.

Viene a su pueblo como libertador y Salvador, como Moisés, el primer libertador y salvador de Israel.

Como Moisés, Jesús ayuna por 40 días y 40 noches solo en el desierto (cfr. Mt 4:2; Éx 34:28).

También como Moisés, termina su ayuno subiendo a un monte para dar al pueblo la ley de Dios, pronunciando lo que llamamos el “Sermón de la Montaña” (cfr. Mt 5-7; Dt 5:1-21; Éx 24:12-18).

La Ley dada por Moisés en el monte Sinaí fue una Ley según la cual el pueblo tenía que vivir en la “Tierra Prometida”. Esta nueva ley que Jesús da en su Sermón del Monte es la ley para la nueva tierra prometida, “el reino del cielo” (cfr. Mt 5:3, 10).

Jesús insiste en que su nueva ley no abolía la antigua ley de Moisés ni las enseñanzas de los profetas. En vez de esto, Él vino a “cumplir” la Ley y los profetas (cfr. Mt 5:17).

La Ley de Moisés se hace la ley de toda la humanidad con Jesús, una ley para el corazón humano, una ley para el Reino de Dios que es más grande que cualquier otra nación, un reino que se extiende hasta los confines de la tierra.

La enseñanza sobre el reino de Jesús es una ley “familiar” dada por un Padre a sus hijos.



El tema dominante en el gran sermón de Jesús es el Reino. Pero el Reino presentado es mucho más que una institución política. El Reino de Dios es la Familia de Dios.

Es por esto que en medio del sermón, Jesús enseña al pueblo a rezar el “Padre nuestro” y pedir “venga tu reino, hágase tu voluntad” (cfr. Mt 6:9).

El “reino del cielo” o el “reino de Dios” fue el centro de toda la prédica y los milagros de Jesús. Es el tema central de la misión de enseñanza de sus apóstoles (cfr. Lc 10:9, 11).

Jesús nos da muchas pistas para que entendamos que su “reino” es el mismo prometido a David. Por ejemplo, le dice al pueblo que es “la sal de la tierra” (cfr. Mt 5:12).

Aquí Jesús está recordando algo dicho por Abías, que la alianza de Dios con David es eterna: “¿No saben que el Señor, el Dios de Israel, ha dado el reino de Israel a David para siempre, a él y a sus hijos, por una alianza hecha en sal?” (2 Cro 13:5).

Mateo también dice que el Nuevo pueblo de Dios será “la luz del mundo” y una “ciudad situada en la cima de un monte” (cfr. Mt 5:14).

Está evocando aquí las profecías de Isaías sobre el reino restaurado, que será “la luz de las naciones” (cfr. Is 42:6; 49:6).

La capital espiritual sería la ciudad de Jerusalén (Sión), la ciudad de David y del Templo, situada en el monte santo, la sede de la sabiduría de todas las naciones (cfr. Is 2:2-3; 11:9).

Curaciones milagrosas acompañan la predica de Jesús sobre su reino, señales de que Él es el Mesías esperado.

Hace que los sordos oigan y los mudos hablen (cfr. Is 35:4-5; Jer 31:7-9; Mc 7:31-37). Da la vista a los ciegos quienes le gritan: “Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí” (Mc 10:47, 49).



El Buen Pastor

David fue pastor de ovejas, y, como predijeron los profetas, Jesús el Mesías fue un buen pastor para rescatar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (cfr. Jn 10:11; Heb 13:20; Mt 10:6; 15:24; Ez 34:23; 37:24).

Esto es clarísimo en el milagro de la multiplicación de los panes cuando les dio a comer a 5,000 (cfr. Mc 6:34-44). La historia inicia con Jesús expresando su compasión para la multitud, “pues estaban como ovejas que no tienen pastor” (cfr. Mc 6:34).

Marcos quiere que veamos a Jesús como el Buen Pastor prometido por Ezequiel y otros.



Pero así como vemos profecías pasadas cumplidas en los milagros de la multiplicación de panes, el Evangelio quiere que veamos más allá el milagro continuo del cuidado del Buen Pastor por su rebaño en la Eucaristía.

Es importante notar las acciones exactas de Jesús cuando les da de comer a las multitudes: *Toma* el pan; lo *bendice*; lo *parte*; y lo *da*.

Busca adelante en las narraciones de la Última Cena. ¿Qué vemos hacer a Jesús? *Toma* el pan; lo *parte*; y lo *da* (cfr. Mc 6:41 y 14:22; Mt 14:19 y 26:26; Lc 9:16 y 22:19. También 1 Co 11:23, 26).

El Buen Pastor no solamente busca a sus ovejas extraviadas, sino promete alimentarlas y nutrirlas, darles su pan de cada día.



Las Llaves del Reino

Como Salomón designó a 12 oficiales para administrar su reino (cfr. 1 Re 4:7), Jesús tiene 12 apóstoles para el liderazgo en su reino (cfr. Mt 19:28).

Nombra a Simón, a un puesto especial, cambiando su nombre a Pedro. Esto viene del griego *petros* que quiere decir “piedra”. Jesús le dice: “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (cfr. Mt 16:18).

Esto puede ser una referencia a Salomón, quien construyó el Templo, la casa de Dios, sobre una gran piedra (cfr. Is 28:16).

Anteriormente, Jesús había hecho otra referencia a Salomón y la piedra, diciendo que la gente que viviera por su nueva ley son como “el hombre sabio que construyó su casa sobre roca” (Mt 7:24). Salomón fue conocido por ser sabio (cfr. 1 Re 3:10-13) y construyó el Templo sobre roca (cfr. 1 Re 5:17; 7:10).

Mi Iglesia es el nombre que Jesús da al Reino que ha venido a anunciar.

Y Jesús le da a Pedro autoridad suprema en su Reino, su Iglesia. Le da a Pedro, las “llaves del reino del cielo” y los poderes de “atar y desatar”.

El único otro lugar en la Sagrada Escritura donde se mencionan “llaves,” es una profecía sobre el reino davídico en Isaías (cfr. Is 22:15, 24).

En ese entonces Isaías profetizó el traspaso que Dios hizo de la “llave de la Casa de David” del corrupto administrador del palacio, Sobna, a un servidor justo, Eliaquim. De él dice el profeta:

Será un padre para los habitantes de Jerusalén y para la familia de Judá. Pondré en sus manos la llave de la Casa de David; cuando él abra, nadie podrá cerrar, y cuando cierre, nadie podrá abrir. (Is 22:21-23).

Esto suena muy parecido a lo que Jesús dice a Pedro:



Yo te daré las llaves del Reino de los cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo. (Mt 16:19).

En el reino davídico, el rey nombró, en efecto, un primer ministro para manejar los asuntos cotidianos del gobierno. Se llamaba el gran visir o mayordomo, superintendente o administrador del palacio. Se consideraba, como dijo Isaías, “un padre para los habitantes” del reino (cfr. 1 Re 4:1-6; 16:9; 18:3; 2 Re 15:5; 18:18, 37; 19:2; Is 22:22).

Jesús nombra a Pedro para ser su “primer ministro” del restaurado Reino de David, del Reino del Cielo que Jesús proclamó, la Iglesia.

Las “llaves” son símbolos del poder, autoridad y control del rey (cfr. Apoc 1:8; 22:16; 3:7).

La referencia de Jesús, de “atar” y “desatar” es alusiva a la autoridad de los rabinos en el tiempo de Jesús. Los rabinos tenían el poder de “atar” y “desatar” decisiones sobre la interpretación y aplicación de la Ley. Ellos declaraban lo que es permitido y no es permitido de acuerdo de la Ley.

Como primer ministro del Reino, roca de la Iglesia, Pedro, en efecto, es el rabino principal, con la suprema autoridad para enseñar.



IV. Un Nuevo Éxodo en Jerusalén

Con Moisés y Elías

Pedro, con Santiago y Juan, fueron escogidos para ver a Jesús “transfigurado” en gloria en el monte.

La Transfiguración se refiere a eventos anteriores de la historia de la salvación. En la cima de la montaña, Jesús habla con Moisés y el profeta Elías. Es un eco de lo que Jesús dijo en el Sermón del monte: que Él había venido a cumplir la Ley de Moisés y de los profetas.

¿De qué hablaban los tres en la montaña? “De su ‘paso,’ que iba a cumplir en Jerusalén” (cfr. Lc 9:31).

La palabra griega es “éxodo”. Sin embargo, están hablando de algo más que una partida genérica. El Evangelio se refiere deliberadamente al éxodo de Israel de Egipto.

Los profetas habían profetizado sobre el “retoño justo” o, el hijo de David, que dirigiría un nuevo éxodo que recogiera todos los dispersos hijos de Israel en un nuevo reino administrado por los pastores nombrados por Dios.

Como el primer éxodo resulta en la alianza entre Dios e Israel en el Sinaí, el nuevo éxodo, que Jeremías había profetizado, producirá una “nueva alianza” (cfr. Jer 23:3-8; 31:31-34).

Lo que iba a pasar a Jesús en Jerusalén, su pasión, muerte y resurrección, constituía ese nuevo éxodo profetizado por los profetas.

Como el primer éxodo liberó a Israel, el nuevo éxodo libraré cada raza y pueblo. El primer éxodo libró a Israel de la esclavitud de Faraón, el nuevo éxodo va a liberar toda la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte.



Entrando Como un Rey

Para empezar el cumplimiento de este nuevo éxodo, Jesús entra a Jerusalén en una escena que recuerda la coronación de Salomón como rey (cfr. 1 Re 1).

Jesús es proclamado “hijo de David” (cfr. Mt 21:9, 15) como Salomón (cfr. Pro 1:1). Entra en la ciudad montado en un pollino (cfr. Mt 21:7) como Salomón entró en la mula de David (cfr. 1 Re 1:38, 44).

Salomón fue declarado rey por la multitud en medio de regocijo (cfr 1 Re 1:39-40), la muchedumbre saluda a Jesús con un gesto bíblico de homenaje para un rey, extendiendo sus mantos por su camino (cfr. Mt 21:8; 2 Re 9:13).



Pascua, Antigua y Nueva

La noche antes del éxodo de los israelitas de Egipto, celebraron una comida simbólica y ceremonial. Fue mucho más que una comida, porque iba a ser un memorial, un recuerdo ritual de esa noche para todo los siglos.

Vamos a repasar aquí algo que vimos en la Lección Cuatro (cfr. “La Pascua y Nuestro Cordero Pascual”). Solo que hoy vamos a ver cómo Jesús, al celebrar su última cena pascual con sus apóstoles, reveló el sentido pleno de la Pascua.

La Pascua recuerda la noche cuando Dios eliminó todos los primogénitos de Egipto para poder rescatar a “su hijo primogénito” Israel (cfr. Ex 4:22).

Esa primera noche de Pascua, todas las familias de Israel sacrificaron un cordero sin mancha (cfr. Ex 12:5) y untaron los postes de la puerta con la sangre del cordero usando un hisopo (cfr. Ex 12:7; 12:22). Entonces comieron la carne asada del cordero con panes ázimos (cfr. Ex 12:8).

Cuando el Señor vino esa noche por los primogénitos de los egipcios, pasó por encima de cada casa con la sangre del cordero en sus postes (cfr. Ex 12:12-13, 23).

Los israelitas recibieron instrucciones de recordar esta noche para siempre “como ley perpetua para ustedes y para sus hijos” (cfr. Ex 12:24).

Cada año, revivirían esa noche, como ordenó Moisés, leyendo la narración bíblica de la primera Pascua y comiendo el cordero sin mancha con pan ázimo.

La Pascua marcó su nacimiento como pueblo de Dios con la alianza hecha en el Sinaí.

Esa alianza fue ratificada por la sangre de animales ofrecidos en sacrificio. Rociándolos con la sangre, Moisés dijo: “Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, de acuerdo con todas estas palabras” (Ex 24:8).

Jesús tomó todo esto en cuenta en la Última Cena, que fue una cena pascual, y se celebró la noche antes de su “éxodo.”

Él dice a los apóstoles que el pan es su cuerpo y el vino es “mi sangre de la alianza” (cfr. Mc 14:24).

Es una cita de las palabras de Moisés en el Sinaí (cfr. Ex 24:8). En el evangelio de Lucas la copa se llama “de la nueva Alianza en mi sangre” (cfr. Lc 22:20).

Explicando la eucaristía, Jesús hizo la comparación implícita con la celebración de la Pascua, diciendo que el pueblo ha de “comer mi carne” como los israelitas tuvieron que comer la carne asada del cordero (cfr. Jn 6:53-38).



Diciendo “hagan esto en memoria mía” (cfr. Lc 22:19), Jesús instituyó la eucaristía como un memorial de un nuevo “pasar por encima” (pashah) y una nueva alianza.

Nosotros que creemos en Jesús recordamos nuestra salvación también por medio de una comida ritual, exactamente como los israelitas conmemoraron su liberación de Egipto.



Nuestro Cordero Pascual

La verdadera “Pascua” de Jesús ocurre en su pasión, muerte y resurrección.

Aquí hemos visto a Jesús identificado tanto con el cordero pascual como con el sacerdote que ofrece el sacrificio.

Juan el Bautista había identificado a Jesús con el curioso título “el Cordero de Dios” (cfr. Jn 1:29).

Cuando Cristo es condenado, el evangelio dice, es “el día de preparación para la Pascua, cerca de medio día”. ¿Por qué este detalle? Porque era el preciso momento cuando los sacerdotes de Israel sacrificaban los corderos para la cena pascual (cfr. Jn 19:14).

Más tarde los soldados burlones le dan a Jesús una esponja empapada con vino. Se lo levantan con una rama de hisopo. Es el mismo tipo de rama que los israelitas ocuparon para untar los postes de sus puertas con la sangre del Cordero Pascual (cfr. Jn 19:29; Éx 12:22).

Y ¿por qué los soldados no quiebran las piernas de Jesús (cfr. Jn 19:33, 36)? Juan explica esto con una cita de Éxodo, que dice que a los corderos pascuales no había que quebrarles los huesos (cfr. Ex 12:46; Num 9:12; Sal 34:21).

Jesús llevaba una túnica “tejida de una sola pieza de arriba abajo” (cfr. Jn 19:23). Esto recuerda un ornamento del Sumo Sacerdote que no podía ser roto (cfr. Lev 16:4; 21:10). Los soldados dicen “No la rompamos” (cfr. Jn 19:24).

Estos detalles están en la narración para mostrarnos cómo la Cruz representa una Nueva Pascua.

En la primera Pascua, Israel fue liberado por la sangre del cordero sin mancha que fue untada en los postes de las puertas. El cordero murió en lugar del primogénito, fue sacrificado para que el pueblo viviera (cfr. Ex 12:1-23, 27).

La Pascua del Señor es igual. El Cordero de Dios muere para que el pueblo de Dios viva, salvado de sus pecados por “la sangre del cordero” derramada en la Cruz (cfr. Apoc. 7:14; 12:11; 5:12).

“Nuestro Cordero Pascual, Cristo, ha sido sacrificado,” dice San Pablo (cfr. 1 Co 5:7). En la cruz, San Pedro nos dice, Jesús fue “el Cordero sin mancha ni defecto.” Por su “Sangre Preciosa” fuimos “rescatados” de la cautividad de pecado y muerte (cfr. 1 Pe 1:18-19).



Muerte del Hijo Amado

Más que eso, lo que pasa en la cruz es el cumplimiento del juramento que Dios hizo a Abraham en el Monte Moria.

Aquí recordamos lo que dijimos en Lección III (cfr. Atando a Isaac)

En la cruz, Jesús está actualizando la historia de Abraham sacrificando su amado hijo Isaac (cfr. Gen 22).

El Calvario, donde Jesús fue crucificado, es una de las colinas de Moria, la sierra donde pasó el drama de Abraham e Isaac.

Recuerden la repetición de las palabras “padre” e “hijo” en la historia de Abraham e Isaac, repetidas veces se le dice a Isaac que es el único y amado hijo de Abraham (cfr. Gen 22:1, 12, 16).

Jesús, también, es llamado “Hijo amado” en dos puntos cruciales de su vida: su Bautismo y su Transfiguración (cfr. Mt 3:17; 17:5).

Como Isaac llevaba la leña para su propio sacrificio, y fue atado al madero, así Jesús llevó su cruz y dejó que los hombres lo ataran a ella.

Abraham había dicho a su hijo antes de atarlo en el altar: “Dios mismo proveerá el cordero, hijo mío” (cfr. Gen 22:8).

Y así Dios hizo siglos después en el Calvario. En el Calvario, Dios aceptó la muerte sacrificial de su amado Hijo único.

Abraham recibió a su hijo, libre ya de una muerte anunciada, “el tercer día” (cfr. Gen 22:4). El tercer día Dios Padre también recibió a su Hijo de la muerte (cfr. 1 Cor 15:4).

Probando la fe de Abraham, Dios nos había mostrado la cruz antes del tiempo, revelando el misterio de su amor paternal, de su fidelidad a las promesas de la alianza.

Dos veces Dios alabó la fidelidad de Abraham: “ya que no me has negado a tu hijo, el único que tienes” (cfr. Gen 22:12, 15).

Cuando Pablo habla de la crucifixión, ocupa las mismas palabras traducidas en griego: “Él ni siquiera perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (cfr. Rom 8:32).

Por la fe de Abraham, Dios hizo un juramento de alianza que los hijos de Abraham “serán tan numerosos como las estrellas del cielo” y que por ellos serían bendecidas “todas las naciones de la tierra” (cfr. Gen 22:15-18).



Como hemos dicho, esta es la alianza que Dios honró cada vez en la historia de salvación, cuando, por ejemplo, libera a los descendientes de Abraham de Egipto (cfr. Ex 2:24), y cuando establece el reino de David como una dinastía perpetua (cfr. 2 Sam 7:8, 10, 11).

Y en la cruz, esa promesa a Abraham finalmente es cumplida. Dios, en fidelidad a su promesa de alianza, ofrece *Su* amado Hijo único, y así hace posible que todos los pueblos sean “hijos de Abraham” y herederos de las bendiciones prometidas.

Como Pablo dijo, el Hijo amado dio su vida para que “las bendiciones de Abraham se extendieran a los gentiles” o sea todos los pueblos del mundo, los que no eran hijos de Abraham por nacimiento (cfr. Gál 3:14).

Por la fe en el Evangelio, por medio de creer en Jesús el Mesías, el hijo de David y el hijo de Abraham, todos los hombres y mujeres son hechos “los descendientes de Abraham, herederos de acuerdo con la promesa” que Dios hizo a Abraham en Moria (cfr. Gál 3:29).



V. El Fin de la Historia

Empezando con Moisés

¿Cómo sabemos todo esto? ¿Cómo podemos estar seguros que esta es la correcta interpretación de lo que pasó en la cruz?

Fácil. Porque la Iglesia, basándose en el testimonio de los apóstoles, nos lo ha dicho.

Porque Jesús les había enseñado cómo descubrirlo en la Sagrada Escritura.

El tercer día, cuando resucitó de la muerte, ¿qué hizo? Según el evangelio de San Lucas, Se apareció a dos muy tristes discípulos que iban camino a Emaús.

Caminando con ellos, les explicaba la Sagrada Escritura, “comenzando con Moisés y siguiendo por los profetas, les interpretó lo que se decía de Él en todas las Escrituras” (cfr. Lc 24:27).

Cuando estaba interpretando las Escrituras para ellos, Él celebró la eucaristía. Hemos observado el patrón en los milagros de la multiplicación de los panes y en la Última Cena. En Emaús, “*tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio*” (cfr. Lc 24:30).

Más tarde, la noche de Pascua, se apareció a los apóstoles. Otra vez, “les abrió la mente para que entendieran las Escrituras” (cfr. Lc 24:45).

Por las Escrituras, por supuesto, Lucas quiere decir los libros de lo que llamamos nosotros el Antiguo Testamento. En ese momento no había escritos del Nuevo Testamento.

Pero Jesús estaba estableciendo algo muy importante: que lo que Él había dicho y hecho, el sentido de su vida, muerte y resurrección, no se entiende aparte de lo escrito en el Antiguo Testamento.

Les dijo que Dios había predicho su venida en cada parte del Antiguo Testamento y les explicó que “tenía que cumplirse todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (cfr. Lc 24:44).

Jesús enseñó a sus escogidos apóstoles cómo interpretar las Escrituras. Y, como había prometido, les mandó el “Espíritu de la Verdad” para guiarlos “hasta la verdad completa” (cfr. Jn 16:13).

Lo que aprendieron y lo que les iba a ser revelado en la “fracción del pan” está inscrito en cada página del Nuevo Testamento y en la liturgia de la Iglesia.

De hecho, no hay una página en el Nuevo Testamento que no esté empapada con alusiones o citas del Antiguo Testamento. Hasta las epístolas menores, como la de San Judas, contiene lecciones extraídas del Antiguo Testamento.

Escuchen los ecos de la historia de la salvación mientras que leen el Nuevo Testamento.



Escucharán a los apóstoles haciendo lo que Jesús les enseñó hacer, interpretando el Antiguo Testamento, explicando cómo todas las grandes palabras y eventos del pasado señalaban a Jesús, el Mesías, la Palabra de Dios, encarnado (cfr. He 8:26, 39; Jn 1:14).

En los Hechos de los Apóstoles, hay que leer los grandes discursos misioneros de San Pedro (cfr. He 2:14-36; 3:12-26; 11:34-43); y de San Pablo (cfr. He 13:16-41) y San Esteban (cfr. He 7:1-51).

Escucharán todas las grandes historias que hemos estudiado en este curso sobre las promesas de Dios a Abraham, y sobre Moisés y el Éxodo, los cuarenta años en el desierto y más. Más que cualquier otra figura, escucharán sobre David.



El Reino del Espíritu

En el centro de la enseñanza bíblica de Jesús pos-resurrección está David y el “reino de Dios” (cfr. He 1:3).

En la Iglesia, Dios restauró el reino a Israel (cfr. He 1:6).

La Ascensión de Jesús al cielo está descrita como una entronización real. Jesús es llevado al cielo a sentarse a la derecha de Dios para toda la eternidad (cfr. He 2:22-36).

Sentado en el trono de David, Jesús gobierna su reino (cfr. He 13:22-37). Más que un rey celestial, Cristo es también “un gran sacerdote encargado de la casa de Dios” (cfr. Heb 10:21)

El Mesías davídico, recordamos, iba a ser “un sacerdote para siempre” (cfr. Sal 110:4). Y ahora Jesús está entronizado en el Templo y santuario del cielo “sentado a la derecha del Dios de Majestad en los cielos” (cfr. He 8:1; también He 7).

Jesús reina ahora como Rey y Sumo Sacerdote en un reino que es terrestre y celestial a la vez, un reino temporal e histórico, pero también espiritual y eterno. Es un reino que empezó entre los hijos de Israel y se ha extendidos a los confines de la tierra.

Lo hemos visto en los Hechos de los Apóstoles. El desarrollo de Hechos enseña la Iglesia extendiéndose de Jerusalén (He 1-7) hacia el norte, para restaurar el antiguo reino del norte (He 8), y de allá desplegándose hacia todas las naciones más allá de Israel (cfr. He 10-28).

Mientras leen Hechos, hay que notar que el “Reino de Dios” es un tema constante de la prédica de los apóstoles (cfr. He 8:12; 14:22; 19:8; 20:25; 28:31).

Este Reino es la Iglesia. Y la Iglesia es el destino de la familia humana. Por enviar su Espíritu sobre María y los apóstoles en Pentecostés (cfr. He 1:14; He 2), Dios anuncia la coronación de todas sus obras poderosas de la historia de la salvación.



La fiesta de Pentecostés convocaba a los devotos judíos a Jerusalén para celebrar su nacimiento como pueblo escogido de Dios, en la ley de la alianza dada a Moisés en el Sinaí (cfr. Lv 23:15-21; Dt 16:9-11).

El Espíritu dado a la Iglesia en Pentecostés sella la nueva ley y la nueva alianza que trajo Jesús, una alianza no escrita en tablas de piedra sino en los corazones de los creyentes, como prometieron los profetas (cfr. Jer 31:31-34; 2 Co 3:2-8; Rom 8:2).

En el inicio, el Espíritu vino como un “viento fuerte” que aleteaba por encima de la faz de la tierra (cfr. Gen 1:2). Y en la nueva creación de Pentecostés, el Espíritu otra vez viene como “una violenta ráfaga de viento” (cfr. He 2:2) para renovar la faz de la tierra.

Dios formó a Adán, el primer hombre, del polvo y lo llenó con su Espíritu (cfr. Gen 2:7).

Jesús es el “Nuevo Adán” (cfr. Rom 5:12-14, 17-19).

Jesús sufrió la tentación por el Diablo, igual a Adán. Fue tentado una última vez en un jardín (cfr. Lc 22:39-46), en la “hora y el poder de las tinieblas”, el último recurso del Diablo (Lc 22:53).

El primer Adán, por su desobediencia, trajo pecado, división y muerte al mundo.

Por su obediencia a Dios, por despojarse de todo y venir entre nosotros como un hombre y ofrecerse en sacrificio en la cruz, Jesús restauró nuestra relación con Dios (cfr. Fil 2:6-11).

Lo vemos en la cruz. ¿Qué dice Jesús al buen ladrón? “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (cfr. Lc 23:42).

Paraíso, como sabemos más tarde en el Nuevo Testamento (cfr. Apoc 2:7), es el “Jardín de Dios,” el lugar donde la historia de la salvación empieza y termina, y la familia humana otra vez es digna de comer del “árbol de la vida” (cfr. Apoc 22:1, 14, 19).

“Del mismo modo que por Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” dijo San Pablo (cfr. 1 Cor 15:22).

Adán fue hecho ser viviente por recibir el aliento-espíritu de Dios, el Nuevo Adán se hizo “espíritu que da vida” (cfr. 1 Cor 15:45, 47).

Él insufló su propia vida y poder a los apóstoles después de la resurrección (cfr. Jn 20:22-23). Y empezando en Pentecostés, como un río de agua viva, derramará su Espíritu sobre su cuerpo, la Iglesia (cfr. Jn 7:37-39).



Sacramentos de la Infancia

Los apóstoles a su vez derraman ese Espíritu sobre el mundo, a través del ministerio divino de los sacramentos.

Los sacramentos, como explicaron los apóstoles, continúan las maravillosas obras de Dios en la historia de la salvación, ubicándolas, haciéndolas personales, asegurando que todos podrían estar unidos con la obra salvadora de Jesús hasta el fin de los tiempos.

Los sacramentos, como todo en la Nueva Alianza, estaban ya ocultos en el Antiguo Testamento y revelados en el Nuevo.

El Bautismo cumple la alianza que Dios hizo con Noé. Ya el agua no destruye al pecador sino lo salva, destruyendo el pecado (cfr. 1 Pe 3:20-21). Pero mientras el diluvio y el arca salvó a solamente ocho personas, toda la humanidad puede encontrar salvación en las aguas del bautismo y el arca que es la Iglesia.

Las aguas del bautismo son también como el milagro de las aguas que se partieron en el Mar Rojo. Cuando Moisés dirigió al pueblo al cruzar las aguas del mar, y les dio comida y bebida espiritual, fue para darnos un modelo de la vida de la Iglesia.

Nos salvaremos por las aguas del bautismo, guiados por el Espíritu, nutridos por la eucaristía en el desierto del mundo (cfr. 1 Cor 10).

Recibiendo el Espíritu en el bautismo, cada hombre y mujer es hecho una “nueva creación” (cfr. 2 Cor 5:17; Gal 6:15). De acuerdo con Santiago: “Nos engendró por su propia voluntad, con palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas” (cfr. Sant 1:18).

Este nuevo nacimiento es celebrado en todo el Nuevo Testamento: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios” (cfr. 1 Jn 3:1).

Es por esto que los apóstoles, como San Pablo, se declararon “padres” espirituales (cfr. Film 10) y se refirieron a los nuevos conversos como “hijos” (cfr. 1 Tes 2:11) y hasta “niños recién nacidos” (cfr. 1 Pe 2:2).

Esto fue la razón de la historia de la salvación desde el inicio, el sentido y trayectoria de cada alianza fue hacernos hijos de Dios. Este propósito es cumplido en Jesús y la Iglesia. En la Iglesia, todos se hacen lo que San Pablo llama “la familia de la fe” (cfr. Gal 6:10).



Completando la Palabra de Dios

En Jesús, vemos el desvelamiento del eterno propósito de Dios. Su plan desde “el principio” de hacer a todos los hombres y mujeres sus hijos por “adopción” (cfr. Ef 3:11; 1:4-5).

Cada uno de los bautizados han recibido ser “partícipes de la naturaleza divina” (cfr. 2 Pe 1:4). Se han hecho “hijos de Dios, y si hijos, también herederos de Cristo” (cfr. Rom 7:15-16), herederos de las bendiciones prometidas desde el amanecer de la historia de la salvación.

Bebiendo del único Espíritu en la eucaristía (cfr. 1 Cor 10:4), los creyentes en la Iglesia son las primicias de una nueva y universal familia de Dios, formada escogiendo de todas las naciones bajo el cielo, sin distinciones de riqueza o lenguaje o raza, un pueblo nacido del Espíritu.

La Iglesia, el Reino restaurado, da “cumplimiento a la palabra de Dios, al misterio Escondido desde siglos y generaciones” (cfr. Col 1:26).

En el Reino, en la Iglesia, los gentiles, los no-judíos ya no son “extranjeros” sino “conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (cfr. Ef 2:19; 3:5-9).

Mucho del drama del libro de los Hechos, la tensión en la comunidad que también se nota en las Cartas a los Romanos y a los Gálatas, tiene que ver con el propósito de Dios de incluir en Su reino a los no-judíos, y el mandato de la predicación del evangelio “a los gentiles para que se salven” (cfr. 2 Tes 2:16).

Y por todo el Nuevo Testamento, vemos el crecimiento de la Iglesia como institución visible.

Bajo el liderazgo de San Pedro, enseñando e interpretando la Escritura con máxima y final autoridad (He 15:24-29).

Escribiendo cartas inspiradas y en la trasmisión de tradiciones orales (cfr. 2 Tes 2:15).

Bautizando y celebrando la eucaristía y otros sacramentos (cfr. He 10:44-48; 2:42).

Creando instituciones permanentes, en la ordenación de sacerdotes, obispos y diáconos, para continuar la obra (cfr. Ti 1:5-9; 1 Tim 3:1-9; 4:14).



Revelando el fin

El Nuevo Testamento promete que el Reino visible en la actualidad será llevado a perfección en el reino celestial (cfr. 2 Tim 4:18).



Vislumbramos ese reino celestial en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis.

La Biblia empieza con la historia de la creación del mundo. Termina con la destrucción del mundo como lo conocemos, y con un “Nuevo cielo y nueva tierra” (cfr. Apoc 21:1).

En Apocalipsis, el Apóstol Juan cae “en éxtasis el día del Señor” (Apoc 1:10). Por ser día del Señor es posible que la visión ocurriera durante una eucaristía dominical.

Lo que se le revela es el destino de la historia, la “meta” o fin del plan salvífico de Dios.

Jesús es revelado como el “león de la tribu de Judá, de la estirpe de David” (cfr. Apoc 5:5; 3:7; 22:16) o sea como el Hijo de David.

Es el “Hijo varón que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro (cfr. Apoc 12:5), nacido de una Reina Madre quien es “vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza” (cfr. Apoc 12:1).

Él es revelado como “el Cordero degollado” entronizado en el cielo (cfr. Apoc 5:6-24). Es vestido como sumo sacerdote y rey (Apoc 1:13) y es llamado “la Palabra o Verbo de Dios” (cfr. Apoc 19:13) y “Rey de reyes y Señor de señores” (cfr. Apoc 19:16; 11:15).

Jesús es visto llamando a la gente a culto, a entrar en su Reino y comer con Él, a ser entronizados con Él en el cielo (cfr. Apoc 3:20-21).

La Iglesia es revelada como “un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (cfr. Apoc 1:6).

Recuerden que esto fue el propósito de Dios al sacar a los israelitas de Egipto para hacer de ellos una nación (cfr. Éx 19:6). El Reino de la Iglesia, nacido del nuevo éxodo de Cristo, hoy cumple el propósito de Dios de hacer una familia santa de pueblo sacerdotal (cfr. 1 Pe 2:9).

La Iglesia es fundada sobre “los doce apóstoles del Cordero” y abierto a las “doce tribus de los israelitas” (cfr. Apoc 21:12, 14). Está compuesta por judíos y gentiles, como Juan lo ve. Hay 144,000 “marcados con el sello, ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel,” además “miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas” (cfr. Apoc 7:7, 9).

Todos están en asamblea ante un gran trono y el Cordero, y el cielo lleno de los sonidos y acciones de culto. Apocalipsis, de hecho, es un retrato de la eterna liturgia del cielo, una liturgia que se parece a la Misa que la Iglesia sigue celebrando en la tierra.

En las visiones que Juan escribe, hay escenas de tribulación y guerra, mientras la Iglesia lucha contra Satanás, la gran y antigua serpiente “el seductor del mundo entero” desde el inicio de la historia de la salvación (cfr. Apoc 12:9).

La primera creación terminó con la frustración del plan de Dios causada por el pecado. La Biblia termina con el triunfo y victoria “un nuevo cielo y una nueva tierra” (cfr. Apoc 21:1).



Al fin, toda la Iglesia está cantando el gran “aleluya” ante el trono de Dios, en la celebración de las “bodas del Cordero” (cfr. Apoc 19:6, 7, 9).

El Novio de la fiesta es el Cordero, Cristo. La Novia es la Iglesia, descrita como “la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia que se adorna para recibir a su esposo” (cfr. Apoc 21:2).

La Iglesia es presentada en el Nuevo Testamento como una figura femenina, por ejemplo como “la Dama Elegida” (cfr. 2 Jn 1), la novia hecha “una carne” con Cristo (cfr. Ef 5:2), y, finalmente, como “madre” de cada cristiano nacido en el bautismo (cfr. Gal 4:26).

Haciendo estas comparaciones, San Pablo especialmente, siempre refería sus lectores a la historia de Adán y Eva. La Iglesia es “un solo cuerpo” con Cristo en la misma manera que Adán y Eva y cada pareja casada, son “una sola carne” en matrimonio (cfr. Gen 2:24; Ef 5:30-31).

Recuerden que Cristo nos fue presentado en el Nuevo Testamento como el “Nuevo Adán”. La Iglesia, su Novia, la Nueva Eva.

Vemos esta imagen también en la cruz. En el evangelio de San Juan, inmediatamente después que Jesús entregó a su madre María al cuidado del discípulo amado, el Apóstol Juan (cfr. Jn 19:26-27), un soldado atraviesa su costado con una lanza y “salió sangre y agua” (cfr. Jn 19:34).

La Iglesia primitiva vio en esto una alusión a Cristo el Nuevo Adán. Como Dios hizo dormir a Adán y después sacó una de sus costillas para formar a Eva, la Iglesia creyó que en la misma manera, Dios sacó a la Iglesia del costado de Cristo que colgaba “dormido” en la muerte de la cruz. La sangre y agua simbolizan los sacramentos de la Iglesia, el bautismo y la eucaristía.

En el jardín en el principio, con el “matrimonio” de Adán y Eva, Dios estuvo dibujándonos una imagen de lo que las cosas podían aparecer al final.

Enseñaba la relación que Él desea para la raza humana—una plena comunión y amor íntimo. La única relación humana que se puede comparar con esto es la alianza del matrimonio.

Varias veces en el transcurso de la historia de la salvación, Dios hizo la comparación entre su alianza y el matrimonio (cfr. Os 2:16-24; Jer 2:2; Is 54:4-8). Esto explica por qué Cristo se presenta como el “novio” en los evangelios, e hizo su primer milagro en una boda (cfr. Jn 2; 3:29; Mc 2:19; Mt 22:1-14; 25:1-13).

La Nueva Alianza cumple las promesas matrimoniales de Dios a su pueblo. Él se ha hecho “un solo cuerpo” con su pueblo en la Iglesia. Esta alianza es renovada en cada eucaristía, en que nos unimos a Su Cuerpo.

Como Él prometió a través de sus profetas (cfr. Ez 27:26-27), Dios ha hecho su habitación con la raza humana: “Él habitará en medio de ellos; ellos serán su pueblo y él será Dios con ellos” (cfr. Apoc 21:3).

Esto es la realidad que vivimos ahora, según el último libro de la Biblia.



Somos herederos de la victoria ganada por Cristo, una victoria prevista por Dios desde antes de la fundación del mundo.

Somos los hijos espirituales, nacidos del matrimonio del Cordero y la Iglesia. Hemos recibido el divino don de “agua que da vida” en el bautismo, y escuchado a Dios decir a cada uno de nosotros: “Yo seré Dios para él y él será hijo para mí” (cfr. Apoc 21:7).

Por su poder, hemos recibido el derecho de “comer del árbol de la vida que está en el Paraíso de Dios” (cfr. Apoc 2:7).

Esperamos con gozo la venida del Señor en gloria, algo que anticipamos en cada celebración de la eucaristía (cfr. 1 Cor 10:26).

Esta es la historia de la Biblia. Y como hemos visto en este curso, es la historia del amor del Dios de la alianza, de un Dios Padre. Es su plan salvífico desde el principio del tiempo, hacer de cada uno de nosotros una parte de su familia.

Y ahora, podemos decir que la Biblia es un libro—un oráculo de Dios—que hemos leído, comprendiéndolo, de pasta a pasta.

VI. Preguntas para estudio

1. Explica de qué manera el Nuevo Testamento retrata a Jesucristo como el cumplimiento de todas las promesas de Dios en la historia de la salvación. Haz referencia específica a las alianzas que hizo Dios a Adán, Noé, Abrahám, Moisés, y David.
2. ¿Qué quiere decir María cuando dice que el Niño Dios cumple las promesas de Dios “a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia” (cfr. Lc 1:55).
3. El Nuevo Testamento presenta a Jesús como el Mesías davídico prometido en varias maneras. Describe cómo la Sagrada Escritura enseña esto en: a) el nacimiento e infancia de Jesús; b) en su bautismo; c) en su ministerio público.
4. Explica cómo el Nuevo Testamento está presentando a Jesús como un Nuevo Moisés en: a) las circunstancias de su nacimiento; b) en su tentación en el desierto.
5. ¿Por qué se puede decir que la muerte y la resurrección de Jesús es un nuevo éxodo y una nueva pascua? Explica cómo la eucaristía es un memorial de esta nueva pascua y nuevo éxodo.
6. Explica los paralelismos entre el sacrificio de Isaac y la crucifixión de Jesús. ¿Por qué se puede decir que la cruz cumple la promesa de Dios a Abraham?
7. ¿Cuándo y cómo enseñó Jesús a los apóstoles a interpretar el Antiguo Testamento?
8. ¿De qué manera enseña el Nuevo Testamento que la Iglesia es el restaurado Reino de David y la familia universal de Dios?